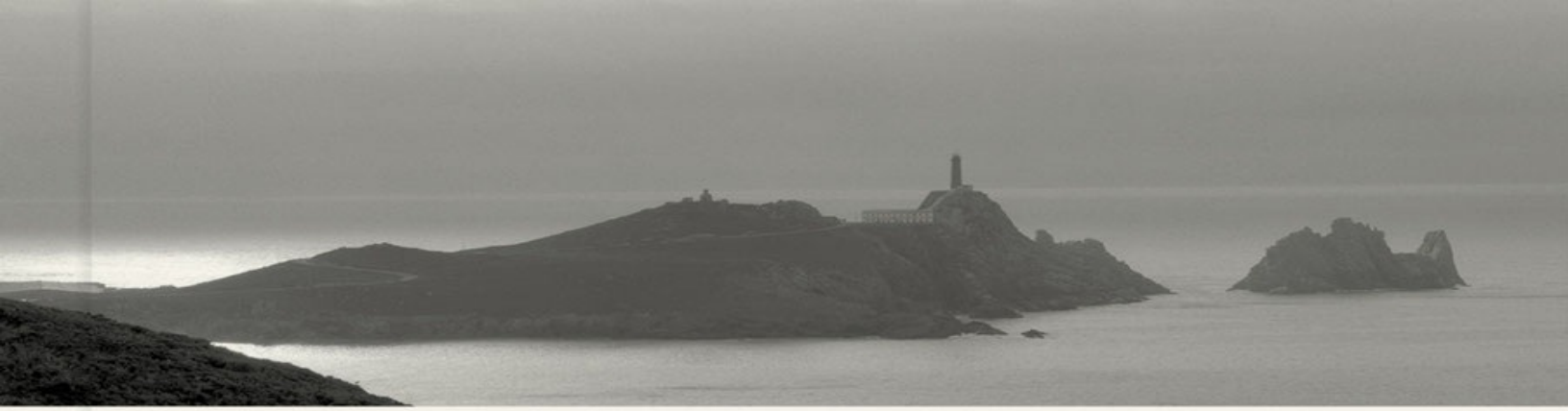
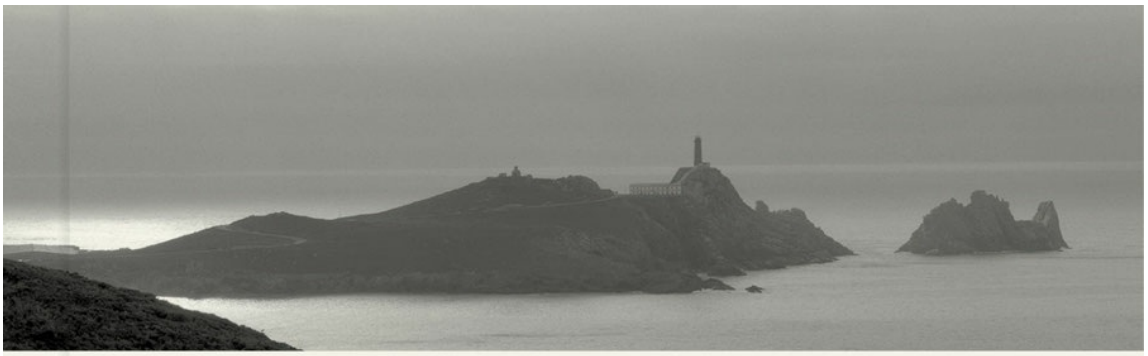


El ojo de Goliat

Diego Muzzio

El albatros negro gira alrededor del faro. Sé que me ha detectado. Soy una sombra detrás de los paneles de vidrio de la linterna. Su vuelo circular se estrecha aún más, como si quisiera asfixiarme con sus alas. En cada circunvalación su ojo izquierdo parece abismarse en un odio antiguo, casi sobrenatural. He decido matarlo. Le cortaré la cabeza.

las afueras



El ojo de Goliat

Diego Muzzio

El albatros negro gira alrededor del faro. Sé que me ha detectado. Soy una sombra detrás de los paneles de vidrio de la linterna. Su vuelo circular se estrecha aún más, como si quisiera asfixiarme con sus alas. En cada circunvalación su ojo izquierdo parece abismarse en un odio antiguo, casi sobrenatural. He decido matarlo. Le cortaré la cabeza.

las afueras

El ojo de Goliat



Diego Muzzio

El ojo

de goliat

las afueras

© Diego Muzzio, 2021
Publicado por primera vez en Entropía, Argentina, 2021

© de esta edición, Editorial las afueras, 2024
Av. Diagonal, 534, 2º, 2ª
08006 Barcelona

ISBN: 978-84-127570-9-5

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer
Imagen de la cubierta: Far Cabo Vilán, de Ferran Freixa.
© Ferran Freixa, VEGAP, Barcelona, 2024
Maquetación: María O’Shea

Para Peggy

i. El nadador psicótico

Debo seguir una senda tenebrosa. Pesa sobre mí un castigo
que no me es dado describir, y corro un peligro
del que no debo hablar.

Robert L. Stevenson
El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde

… si soy el mayor de los pecadores,
también soy el mayor de los penitentes.

Robert L. Stevenson
El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde

Aquella tarde, mientras hipnotizaba al «antropófago», el doctor Edward Pierce volvió a sentir el avance de la neuralgia. Comenzaba siempre del mismo modo: un destello de calor en la sien derecha. Enseguida, con la insidiosa velocidad de una conflagración, el dolor se expandía, devastando a su paso cualquier posibilidad de reflexión y dejando al psiquiatra inerme frente a su propio sufrimiento. En los peores momentos, el trozo de metal que provocaba las cefaleas parecía transformarse en un ente vivo: una rata de hierro royendo las paredes internas de su cráneo. Existían sólo dos antídotos capaces de aliviar el suplicio: la morfina y el sueño. A las cuatro de la tarde, Pierce suspendió las tareas programadas para ese día, subió a su cuarto en el tercer piso del sanatorio y se dejó caer sobre la cama.

La afección tenía por origen la herida que Pierce había recibido en 1916, en la batalla del Somme. Durante seis días las líneas alemanas temblaron bajo un diluvio de fuego. El primero de julio, veintiséis divisiones británicas, apoyadas por catorce divisiones francesas, atacaron al enemigo entre Gommecourt, al norte, y Fouquescourt, al sur. El combate duró ciento cuarenta y un días. Edward Pierce formaba parte del contingente de psiquiatras que el alto mando británico había diseminado en el frente con la misión de estudiar cierta alteración que venía causando un importante número de bajas entre las tropas: shell shock, la llamaban, o neurosis de guerra.

Asentado en las cercanías de Ovillers-la-Boisselle, el doctor Pierce pasó algunos meses estudiando los síntomas en el terreno —ataques de histeria, mutismo, parálisis, apatía, trastornos del sueño, convulsiones musculares, alucinaciones—, mientras que, al mismo tiempo, recibía instrucción acelerada sobre el modo en que una ráfaga de Shrapnel o las balas de una Maschinengewehr 08 podían modificar en un instante la anatomía humana. Una tarde opacada por la lluvia, mientras analizaba un caso en la segunda línea de trincheras, un obús explotó a pocos metros. Sintió una punzada en la sien y se tocó la cara: un hilo de sangre corría sobre su mejilla. El dictamen del cirujano que lo examinó fue concluyente: corría un riesgo mayor sometiéndose a una intervención quirúrgica para extirpar la esquirla que dejándola allí. De todas maneras, debía permanecer unos días en observación. Los hospitales de la retaguardia estaban colapsados y lo ubicaron en la única cama disponible, en una sala atiborrada de moribundos. Pasado un lapso razonable, Pierce abandonó el hospital. No sentía ninguna molestia en particular. Olvidó la limadura de hierro alojada en el parietal derecho y volvió a su trabajo científico bajo el estruendo de las explosiones. Tiempo después, ya de regreso del frente, una noche en que asistía a la interpretación de El holandés errante en la Royal Opera House de Edimburgo, sintió por primera vez la irrupción del dolor.

A partir de ese momento convivió con aquella tortura recurrente, que se presentaba de improviso, sin ningún motivo en particular, y que lo incapacitaba durante horas, confinándolo a la oscuridad. En la penumbra de la habitación, Pierce apretaba los párpados; al dolor se sumaba el estruendo del bombardeo, los géiseres de barro, la sangre, el caos, las macabras imágenes de la carnicería. Una, sobre todo, seguía inquietando sus sueños: la cabeza de un caballo y la de un soldado emergiendo de la tierra. Enfrentadas, las bocas abiertas y colmadas de gusanos, hombre y animal proferían un aullido mudo. Entonces los gritos provenientes del pasado se confundían con los del presente, ya que el sanatorio que dirigía estaba lejos de ser un lugar silencioso.

El viejo edificio de piedra se encontraba al oeste de Edimburgo, a pocos kilómetros de Broxburn. Un muro y un jardín poblado de robles, cedros y abetos protegían el sanatorio de miradas indiscretas. Hasta que el doctor Pierce se hizo cargo de la institución, el lugar era apenas un depósito de dementes conocido con la apelación genérica de Lunatic Asylum. Su primera acción como director fue la de reemplazar la placa de bronce de la entrada. A esta variación simbólica le siguieron otras de orden material y clínico. Desde entonces el St. Bartholomew

Sanatorium —denominación con la que se lo conoció a partir de entonces— se había transformado en una exclusiva, casi secreta, institución mental. Allí recalaba un grupo selecto de los muchos alienados que había dejado la guerra; casos desahuciados por la psiquiatría convencional, vástagos de la nobleza, o de comerciantes e industriales que, mancomunados con la monarquía y políticos de toda extracción y calaña, regían el Imperio y su persuasivo garrote colonial.

La confianza que aquellos clanes depositaban en el doctor Pierce se debía tanto a su proverbial discreción como a los nuevos tratamientos que empleaba para paliar el sufrimiento de sus doce pacientes. En su sanatorio no se los confinaba en celdas. Cada interno contaba con su propia habitación, amueblada con sencillez, de la que entraban y salían a voluntad —ni siquiera de noche se los encerraba, a no ser en casos de fuerza mayor— como si habitaran un exclusivo hotel de reposo. De manera que no era inusual que tanto Pierce como su asistente, el doctor Hastings, e incluso alguna de las enfermeras encontraran, a veces en los jardines, otras en la cocina o los pasillos, a algún interno que no lograba dormir y abandonaba su cuarto para un paseo nocturno. Tampoco, desde luego, se los torturaba con hidroterapia, electricidad, cepos, cadenas, jaulas o tundas. Pierce propiciaba un nuevo método basado en una batería de tratamientos: hipnosis, narcosis, psicoterapia y psicoanálisis, sin descuidar la higiene, la alimentación y el esparcimiento de los alienados. Por otro lado, en el asilo tenían la posibilidad de ocuparse en modestos trabajos manuales como carpintería, jardinería y mecánica, tomar clases de pintura o de piano, e incluso beneficiarse de las discretas visitas de ciertas damas que practicaban su profesión en una casa de citas de Edimburgo y que una vez al mes hacían el viaje hasta el sanatorio campestre para prestar sus servicios. Los encuentros se llevaban a cabo en un cuarto especial, ubicado junto a las antiguas caballerizas, conocido en el asilo con el nombre de «habitación de las rosas», no en razón de las actividades sexuales que allí se desarrollaban sino por otro motivo, mucho más prosaico: el estampado del papel que cubría las paredes. El sanatorio contaba también con una considerable biblioteca, poco frecuentada por los internos, aunque bien provista de obras de filosofía, historia, psicología, biografías y relatos de viaje (Pierce desaconsejaba la ficción; consideraba que la lectura debía ser una actividad intelectualmente provechosa y no un simple pasatiempo) y con un salón destinado a conciertos y conferencias.

Entre médicos, enfermeras y personal subalterno —encargado de la cocina, la limpieza y el mantenimiento del jardín—, trabajaban en el asilo diez personas. Para los padres que se resistían a arrojar lo que quedaba de sus hijos en algún atestado manicomio militar, la elección del St. Bartholomew era casi inevitable. El oneroso emolumento anual que abonaban a la institución aplacaba sus conciencias. Sin embargo, a la hora de tomar una decisión, había otro motivo, inconfesado y no menos importante que los anteriores: la muy conveniente y excéntrica ubicación del asilo. «Edimburgo no es Londres», repetía en la intimidad el doctor Pierce, insinuando una sonrisa.

Algunas horas más tarde la neuralgia se había transformado en un latido remoto. Su cabeza, pesada y etérea al mismo tiempo, parecía envuelta en una esfera de algodón. Antes de abrir los ojos, Pierce imaginó su propio cuerpo como una crisálida a punto de eclosionar. El reloj marcaba las once menos diez de la noche. Miró la silla donde se amontonaban diarios, historias clínicas y los libros en los que había estado enfrascado la víspera: Stevenson, uno de los pocos autores que escapaba a la suspicacia que le inspiraba en general la ficción, y también un curioso volumen escrito por un tal William H. Hudson, abierto aún en el sitio donde había abandonado la lectura. Era aquel una especie de relato de viaje o de memoria —que incluía, disperso entre sus páginas,

un incipiente tratado ornitológico sobre aves sudamericanas— en donde el autor narraba las peripecias de una prolongada estadía en la Patagonia. Sus ojos cayeron, como al descuido, sobre un pasaje que había marcado en el margen con dos líneas paralelas: «El cambio producido en mí era tan grande y maravilloso que parecía haber convertido mi identidad en la de otro hombre o animal».

Estaba por volver a dormirse con esas palabras resonando en su cerebro; unos golpes en la puerta se lo impidieron. Paul Hastings, su colaborador, le anunció la llegada de un visitante. Pierce era consciente de que el reducido número de privilegiados con derecho a trasponer las puertas de la institución no debía preocuparse por nimiedades como solicitar antes una cita o presentarse a una hora respetable, pero aquello era inusual.

Después de asearse y componer su ropa, Pierce bajó al vestíbulo. El recién llegado era un anciano de estatura media, rubicundo, de abundante pelo blanco y patillas bien recortadas. Llevaba un ajado cartapacio bajo el brazo, y no se percató de la llegada del doctor porque en ese momento estaba abstraído en la contemplación del único óleo que decoraba el hall: Dante y Virgilio en el infierno. Se trataba de una copia del trabajo del artista francés William-Adolphe Bouguereau, encargada por Pierce a un amigo pintor que no carecía de talento para la imitación. El cuadro estaba inspirado en un episodio del octavo círculo, en el que Dante y Virgilio asisten al combate entre dos almas condenadas: Schicchi mordiendo el cuello de Capocchio.

Pierce avanzó y estrechó la mano del visitante. Los dedos del anciano eran suaves y fríos como peces. Aguardó a que el desconocido se presentara, pero este se limitó a entregarle una carta. En una esquina del sobre destacaba el monograma de la Cámara de los Comunes.

La esquela, que Pierce leyó allí mismo, era concisa y hubiese abierto puertas más importantes que las de una apartada institución psiquiátrica. Estaba escrita de puño y letra por una personalidad política que exigía, ante todo, discreción, y rogaba se brindara al portador —ingeniero David Alan Stevenson— la ayuda y el apoyo necesarios para que su protegido lograra sortear las dificultades de salud que lo aquejaban.

El doctor dobló la carta, se la devolvió al visitante y no resistió la tentación de comentar la coincidencia entre su apellido y el del escritor.

—No es casualidad, doctor —la voz del ingeniero era grave, potente, y su dueño había adoptado la costumbre de hablar casi en un susurro para mitigar su involuntaria vehemencia—. Robert era mi primo. Lo conocí muy poco: siempre estuvo muy enfermo. Murió en el Pacífico Sur, entre salvajes. Tiendo a pensar que la muerte es, en ocasiones, una liberación.

Pierce comentó que El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde era uno de sus libros de cabecera. Enseguida argumentó que, aunque no solía perder tiempo con novelas, tenía cierta debilidad por esta en particular porque trataba sobre un tema propio de la psiquiatría: el trastorno o desdoblamiento de la personalidad. Stevenson no hizo ningún comentario. Basándose en su observación anterior y en aquel inequívoco silencio, Pierce coligió que, por alguna razón, el parentesco con el escritor representaba para el anciano más un motivo de disgusto que de satisfacción. ¿O su mutismo se debía, quizás, a la breve exégesis crítica que acababa de proponer? Fuera como fuese, decidió no abordar otra vez el tema.

El doctor condujo al anciano hasta su despacho, en el primer piso. Hastings se había adelantado para encender luces y reavivar el fuego que ahora crepitaba en la chimenea. A los efectos de crear un clima propicio para la práctica de la hipnosis, a lo largo del día las cortinas del consultorio permanecían cerradas. En otro tiempo, antes de que volviera a encerrarse en su despacho a repasar historias clínicas o responder correspondencia atrasada, Anne —una joven enfermera con quien el psiquiatra había mantenido una desafortunada relación amorosa— las

descorría sistemáticamente; el jardín bajo la luz de la luna, sus árboles añejos, los senderos que lo recorrían, llevaban sosiego al ánimo del doctor Pierce y tenían la virtud de atemperar las fatigas de la jornada. Pero Anne ya no estaba allí, y las cortinas permanecían cerradas. La psiquiatría era para Pierce un sacerdocio; el sanatorium, un templo. Consciente de las responsabilidades que cualquier hombre contraía al desposar a una mujer, tiempo atrás había descartado la posibilidad del matrimonio, y si todavía se arrepentía de las falsas esperanzas que Anne había cifrado en aquella relación era porque, aun sin proponérselo, sabía que no había sido sincero con ella. La pasión que Anne le profesaba terminó por producir en él una respuesta proporcionalmente inversa, pero aquella frialdad tampoco alcanzó a desanimarla. Recién cuando la calculada apatía del psiquiatra fue mutando en crueldad, Anne reaccionó por fin y, sin siquiera prevenirlo, abandonó el St. Bartholomew. El detalle de las cortinas y muchos otros a los que Pierce de algún modo se había acostumbrado —las flores campestres que encontraba cada tanto en un vaso junto a su cama, los papelitos garabateados con frases de Alicia en el país de las maravillas, el libro preferido de Anne, que ella sembraba en sus cajones y bolsillos, los otros libros que compraba en sus viajes a Edimburgo y que le obsequiaba a su regreso— amplificaron, cuando ya era tarde para remediarlo, su ausencia irreparable.

Pierce se pasó una mano por la frente. Antes de sentarse detrás del escritorio descorrió las cortinas y echó una mirada a través de la ventana. Abajo, entre la bruma, distinguió el automóvil en el que había llegado el ingeniero.

Stevenson tomó asiento. Rechazó el té, el brandy y el whisky, pero aceptó una copa de agua. Pierce notó que la cercanía del doctor Hastings incomodaba a su visitante. A él, en otro tiempo, solía sucederle lo mismo. Tenía la teoría de que el rechazo que su asistente provocaba en algunas personas no se debía sólo a su impasibilidad general o a su aspecto físico —Hastings era un hombre calvo, pálido, de una escualidez sospechosa—, sino al peculiar olor a legumbres hervidas que despedía, ese insistente aroma a vejez prematura. Hastings no fumaba ni bebía; si hubiese podido vivir sin comer, se habría ahorrado la molestia de alimentarse. De vez en cuando, Pierce lo sabía, recurría al éter, pero lo hacía con tanta temperancia que dicha afición difícilmente podía ser catalogada de vicio.

El anciano debió suponer que la hora tardía lo obligaba a cierta brevedad. Vació su copa y, sin más preámbulos, abordó el motivo de su visita: trabajaba para la Northern Lighthouse Board, explicó, organismo encargado de la construcción y el mantenimiento de la red de faros de Escocia y de la isla de Man. Hacia finales de 1921 funcionarios consulares de la República Argentina habían entrado en contacto con la compañía. El gobierno de aquel país sudamericano estaba interesado en contratar los servicios del organismo con el objetivo de realizar un relevamiento técnico de ciertos faros implantados en los territorios australes de la Patagonia y Tierra del Fuego. El contrato incluía, además, una cláusula en la que se hacía referencia a la probable (la palabra aparecía debidamente resaltada en los documentos) construcción de dos nuevos faros en zonas aún a determinar. Esto último —precisó Stevenson— debía leerse a la luz del intrincado tejemaneje de negociaciones comerciales que Gran Bretaña mantenía con ciertos países; significaba, por un lado, que el rechazo de la primera comisión anularía de inmediato la posibilidad de la segunda; y, por otra parte —aunque esto, desde luego, sólo quedaba sugerido entre líneas— que, al poner una opción en la Northern Lighthouse Board por sobre los más económicos faros franceses, los funcionarios encargados de la contratación esperaban algún tipo de compensación, o cierta prioridad en…

En este punto, Stevenson se vio obligado a detenerse, interrumpido por un prolongado aullido proveniente de afuera. Pierce se puso de pie, se acercó a la ventana y miró hacia abajo.

En el asiento posterior del automóvil que había traído al ingeniero, iluminadas de soslayo por la luz de un farol, vislumbró dos siluetas que se agitaban, imprimiendo al vehículo un descompasado vaivén.

—Doctor, sepa disculparme —dijo el anciano, algo turbado, mientras Pierce regresaba al sillón detrás del escritorio—. Entiendo que mi llegada intempestiva y fuera de hora no debe ser lo habitual, pero créame: no he podido actuar de otra forma. El caso que nos ocupa es particular.

—Todos los casos lo son —acotó enseguida Hastings.

Stevenson ignoró el comentario. Un segundo grito resonó en el silencio de la noche, pero esta vez no provenía del automóvil sino del interior del asilo. El eco de aquel alarido informe parecía eterno, ubicuo. Al cabo de un momento, por debajo de su primacía, fueron brotando otros bramidos y lamentos, y el edificio entero se transformó de pronto en una inmensa caja de resonancia que parecía incrementar el delirio y la aflicción de una bestia fantástica, multifacética.

Contrariado, Hastings se excusó y salió del despacho.

—Lamento alterar la rutina de su sanatorio —se excusó Stevenson—. Creo que ahora sí aceptaré el whisky…

Pierce evitó decir que aquel tipo de sinfonía nocturna no era del todo inhabitual. Sirvió dos vasos y le extendió uno al anciano. Luego, en un tono que, para cualquiera que no lo conociera, podía sonar desenfadado, comentó:

—Bien, háble me de ese caso particular…

Stevenson bebió. Antes de responder, interpuso dos sorbos más.

—Se trata de un colega, el ingeniero David Bradley. Trabaja para la compañía —Stevenson se corrigió en el acto—: Trabajaba… Verá, doctor, yo mismo lo empujé a la situación en la que se encuentra y, desde luego, me siento responsable.

En el interior del asilo los gritos se apagaban poco a poco; Hastings y su séquito de enfermeras repartían generosas dosis de éter. Desde afuera les llegó otro aullido.

Stevenson sentenció:

—No se calmará, a menos que lo seden o lo dejen nadar…

Pierce giró la cabeza y observó al ingeniero. Estaba seguro de haber escuchado bien y, sin embargo, no pudo evitar la pregunta:

—¿Nadar?

El anciano reprimió un gesto de impaciencia y prosiguió con su relato: para llevar adelante la primera etapa del contrato con Argentina, una comisión de la Northern Lighthouse seleccionó a David Bradley. La elección no había sido arbitraria. Bradley era ya un joven y prometedor ingeniero cuando fue empleado por la compañía, pocos meses antes del estallido de la guerra. A finales de 1914, David decidió enlistarse. Se incorporó al Regimiento de Escoceses de Londres. En julio de 1917, en las cercanías de Gommecourt, quedó brevemente expuesto a los efectos de algún gas de combate. Estuvo al borde de la muerte, postrado y abúlico durante meses. Tiempo después regresó al frente y fue condecorado en tres ocasiones por actos de heroísmo. Al finalizar la guerra retomó sus funciones en la Northern Lighthouse. Pero David ya no era el mismo. Se volvió una persona taciturna, rígida, irritable. Rompió su compromiso con su prometida, Elizabeth Crane, una muchacha que lo adoraba.

—Poco después, ella se casó con otro. Luego de eso —prosiguió Stevenson—, las cosas empeoraron, como podrá usted imaginar. Pensé que ponerlo al frente de aquella labor en tierras remotas, el cambio de aire, la posibilidad de asumir nuevas responsabilidades, lo ayudarían a sobreponerse. Gracias a mis prerrogativas como presidente de la comisión logré que le asignaran la tarea. En un principio, David rechazó la propuesta. Perseveré, sin embargo, y en marzo de

1922 viajó a Buenos Aires, de allí a un puerto remoto en el extremo sur del continente, Ushuaia. Ciertos cambios imprevistos lo obligaron a recalar en el islote Schouten, una roca cercana a la isla de los Estados, donde se hallaba uno de los faros a supervisar. Bradley pasó en el lugar algunas semanas y fue rescatado de milagro por la tripulación del barco de reaprovisionamiento. Mientras la ballenera se acercaba al islote, vieron a Bradley saltar al agua e intentar huir a nado de aquella roca inhóspita. Se apresuraron a socorrerlo, antes de que muriera de hipotermia o de que las olas lo devoraran. Según los testimonios, una vez en cubierta Bradley siguió nadando como si todavía se encontrara debatiéndose entre el oleaje. Sin duda, ya estaba fuera de sí. No hubo modo de detenerlo; siguió nadando hasta caer rendido de agotamiento. El capitán y algunos de sus hombres desembarcaron por fin en el islote y recorrieron el faro. Allí encontraron una especie de diario que el ingeniero escribió durante su estadía. A Bradley lo repatrió nuestra embajada en Buenos Aires. Desde entonces, no ha pronunciado palabra y su única actividad, durante la vigilia, consiste en recostarse boca abajo en el suelo y nadar hasta desvanecerse de agotamiento.

Stevenson terminó el whisky de un sorbo, abrió el cartapacio, extrajo una libreta de tapas negras atada con varias vueltas de hilo sisal y la dejó caer sobre el escritorio:

—El diario de Bradley.

Pierce observó la libreta. Estaba húmeda, con signos de haber sido estrujada o enrollada repetidas veces. Estiró la mano; tuvo un instante de aprensión y encogió el brazo, como si aquellos apuntes incubaran entre sus hojas las huevas de un animal ponzoñoso.

—Le advierto, doctor, que lo que Bradley relata en estas páginas es tan perturbador como inverosímil —afirmó Stevenson.

—¿Qué edad tiene el ingeniero? —preguntó Pierce.

—Acaba de cumplir treinta años. Si me permite el comentario, la vida de David nunca ha sido fácil. Su madre falleció en el parto y su padre, que era un gran amigo mío, murió en el naufragio del barco que lo traía de regreso desde la India. Me hice cargo del muchacho desde que era un niño y lo eduqué como si fuera mi propio hijo. Lo conozco, o creía conocerlo bien, doctor. No entiendo cómo ha podido llegar a este estado. Más allá de las desgracias que jalonaron su existencia siempre ha sido una persona perfectamente normal.

Para el doctor Pierce, que compartía la misma historia temprana que su paciente —huérfano a la edad de diez años, educado por la hermana de su padre, una solterona melancólica y severa— aquella expresión, «persona perfectamente normal», era casi un oxímoron y por poco no le arrancó una sonrisa. ¿Qué era una persona «normal»? ¿Con qué parámetros se medía? Un carnicero, un maestro, una enfermera, un general podían parecer personas «perfectamente normales» en ciertos ámbitos, y transformarse sin embargo en algo menos «normal» según las circunstancias. Y, sin ir más lejos, ¿cuán normal es un hombre que acepta vivir en una trinchera infestada de ratas, que es capaz de saltar fuera de su agujero para matar a garrotazos a un semejante y que regresa luego a su posición, cubierto de sangre y barro, a comer un plato de sopa junto a un camarada muerto, mientras contempla una fotografía de su esposa y su hijo, que han quedado en casa? Era justamente a raíz de estas paradojas que apreciaba tanto la novela del otro Stevenson, primo del hombre que tenía enfrente.

No. Según le dictaba su propia experiencia como psiquiatra, la categoría «personas normales» era una falacia. Las «personas normales» no existían. Nunca habían existido. Ni antes ni después de la guerra. En todo caso, había dos clases de seres: los que prevalecían sobre sus demonios, encerrándolos bajo siete llaves en las regiones más remotas de sus psiquis, y aquellos que terminaban por ceder a su influjo. Las situaciones extremas —un hecho en apariencia

anodino, una tragedia personal o, por caso, un holocausto como el que recientemente había sacudido al mundo, horadando los cimientos de supuestas sociedades civilizadas— favorecían el desmoronamiento de esa fachada de normalidad debajo de la cual maduraba otro, un parásito en estado larval. Pierce solía referirse a la guerra como «La gran cerrajera del abismo». Desde aquella noche en la que Anne le había mostrado por primera vez las ilustraciones de Alicia en el país de las maravillas realizadas por John Tenniel, Pierce ya no lograba representársela como un dios griego o romano —armado de yelmo, lanza y escudo—, sino más bien como una niña de bucles y ojos alucinados que, con un tintineante manojo de llavecitas, iba abriendo las recámaras mentales que mantenían encerradas vociferantes legiones de demonios.

Nadie que no hubiese pasado una temporada en el frente, meditaba a menudo el doctor Pierce, podía ni siquiera imaginar el seísmo psíquico que la amenaza constante de la aniquilación puede producir en un ser humano. Karl Abraham (su teoría, avalada por Freud, era uno de los pilares en que se apoyaba el método aplicado por Pierce en el St. Bartholomew) ilustraba aquel estado como un conflicto entre el antiguo Yo pacífico del individuo y el nuevo Yo guerrero del soldado. La tensión entre ambos se volvía insostenible cuando el Yo de tiempos de paz advertía hasta qué punto las acciones de su doble parasitario ponían en riesgo su propia supervivencia. Por otro lado, nada de todo aquello era nuevo. Los traumas psíquicos provocados por la guerra habían sido registrados desde la Antigüedad. Heródoto citaba al guerrero ateniense Epicelo; durante la batalla de Maratón, según él mismo explicaba, un hoplita de gran estatura se irguió delante de él y su barba cubrió de sombra su escudo. El fantasma mató a uno de sus camaradas y pasó de largo sin tocarlo, pero Epicelo quedó ciego por el resto de su vida. El griego Hipócrates, en uno de sus Tratados, menciona casos de soldados que seguían combatiendo dormidos. A la misma suerte de sueños traumáticos alude Lucrecio, en un pasaje célebre de De rerum natura. Historiadores y narradores de siglos posteriores asentaron otros muchos casos. La diferencia consistía en que, desde finales del siglo xix, las alteraciones provocadas por la violencia extrema del combate ya no eran consideradas como un mero producto del miedo o la cobardía.

Cuando, a lo largo de la primera línea, bajo el estallido de los obuses, resonaban los silbatos de los oficiales al dar la orden de asalto, Pierce había presenciado escenas indescriptibles: hombres paralizados, orinándose, volándose un pie de un balazo, llorando y aullando de terror; y también soldados impávidos que trepaban las escalas con ojos vacíos, como si ya estuviesen muertos, y que cumplían insensatos actos de heroísmo. En una ocasión había sido testigo de un suceso que quedaría grabado en su memoria. Se encontraba en las inmediaciones de Bazentin, en la segunda línea de trincheras, observando el comportamiento de un oficial —un muchacho de Birmingham, estudiante de Teología—, a quien había estado tratando a causa de un profundo acceso de melancolía. El incesante bombardeo alemán duraba ya una semana. El firmamento, oscurecido por las explosiones y el humo, parecía duplicar el color del lodo que cubría la tierra. De pronto, el oficial levantó los ojos y señaló un punto lejano entre las nubes. Era un cuerpo que caía del cielo, algún piloto cuyo avión había sido derribado. El muchacho susurró: «Hemos asesinado al Señor»; entonces extrajo su revólver y, ante la mirada impotente de Pierce, se voló la cabeza.

Aquella guerra, en la que ambos bandos pusieron toda su imaginación al servicio de la aniquilación del prójimo, implementando tecnologías de exterminio nunca vistas hasta entonces, había sido una desgracia inédita en la historia de la humanidad. En sus campos de batalla el hombre había retrocedido en cuatro patas hasta la edad de piedra. Pero, por otro lado, el conflicto había allanado el terreno para el advenimiento de un saber más amplio y profundo en disciplinas como la medicina y la psiquiatría. Los cuatro años de carnicería fueron un fabuloso catalizador

de demencia, no sólo de la aburrida locura ordinaria, babeante y catatónica, sino sobre todo de las otras, las excepcionales —que eran, en definitiva, las que a Pierce le interesaban—, y los campos de batalla ya abandonados, aunque todavía saturados de cráteres, hierro y restos humanos, se extendían desde entonces ante la inteligencia del psiquiatra como una suculenta terra incognita de la enajenación.

Pierce hubiese podido mostrarle al anciano esa modesta sucursal del infierno (un invertido país de las maravillas) sobre la que reinaba; transformarse en Virgilio, invitarlo a cruzar el umbral de las habitaciones de sus pacientes, ilustrarlo con algunos casos singulares…

Aquel al que llamaban «el antropófago», por ejemplo, a quien el doctor intentaba hipnotizar esa misma tarde, en el momento en que le sobrevino la neuralgia, era el teniente William Andrew Cavendish, hijo del duque de Devonshire. El joven teniente Cavendish era una persona «perfectamente normal» hasta que uno de sus camaradas lo descubrió en un cráter de obús comiendo un hígado alemán. Su padre se vio obligado a repatriarlo en el más absoluto secreto. Desde entonces era uno de los internos del St. Bartholomew. En ocasiones, Pierce lo había encontrado en la cocina, a altas horas de la noche, masticando la pitanza de Mr. Pumpkins, el gato de la cocinera, una mezcla de vísceras y carne cruda.

El clérigo Thomas Ephistone, oriundo de Camden y capellán de la séptima compañía de fusileros galeses, asentada en las inmediaciones de Cambrai, era sin duda una persona «perfectamente normal» hasta la mañana en que recibió un mensaje divino; Abadón, el ángel, se le apareció para prevenirlo de un inminente ataque de gas. Alterado por el pánico, el capellán logró convencer a toda una compañía de su visión, obligándolos a salir de la trinchera y arremeter contra el enemigo. Abadón los comandaba y arengaba desde el cielo, afirmaba Ephistone. La compañía se lanzó al asalto. Fueron barridos por la metralla alemana. Sobrevivieron unos pocos, y el capellán. Era habitual encontrar a Ephistone predicando a los gritos en el jardín del asilo, la cabeza levantada hacia el firmamento, aún bajo el influjo del ángel exterminador.

Stephen Stanton, hijo de un acaudalado comerciante textil de Liverpool, era un caso fascinante. Aun ostentando un coraje excepcional, logró sobrevivir a los primeros tres años de guerra sin un rasguño. Era un muchacho alegre, extrovertido, siempre dispuesto a dar una mano a quien lo necesitase, a pesar de lo cual los soldados de su sección preferían mantenerlo a distancia. Su valor temerario era considerado una afrenta, una anomalía. Cuando se lanzaba al asalto sin dudar, o cuando se desplazaba por la trinchera sin tomar la precaución de cubrirse, en pleno ataque de la artillería alemana, o cuando se detenía en tierra de nadie a socorrer a algún herido —las balas silbando alrededor y los obuses estallando sobre su cabeza—, sus camaradas no sabían si aquel muchacho deseaba morir, si fingía estar loco para salir de allí o si, efectivamente, había perdido por completo la razón. Hacia finales de 1917 un obús de grueso calibre cayó sobre el refugio donde dormía y quedó sepultado bajo una montaña de tierra y escombros. Una docena de soldados cavaron en el lugar, sin esperanzas. Al cabo de diez horas de trabajo sacaron de aquel pozo seis cadáveres y a Stanton, todavía vivo. Desde el instante en que emergió de la tumba fue otro. No hablaba. Apenas comía. Pasaba largas horas sentado, los ojos hundidos en un punto lejano. Las ratas le pasaban por encima sin que él se molestara en espantarlas. Antes del incidente los otros soldados lo rechazaban; ahora, le temían. Lo apodaron «el resucitado». Por otra parte, había logrado desarrollar ciertas capacidades intuitivas o visionarias; antes de cada enfrentamiento anunciaba quiénes no regresarían. Para tales ocasiones organizaba una ceremonia peculiar; poco antes de la señal de ataque recorría la trinchera y marcaba a los condenados con un beso en la mejilla. Por lo general acertaba. Llegó al final de la

guerra sin sufrir otras heridas. Luego de la desmovilización, Stanton creó una sociedad espiritista. Sus cómplices, dos mujeres con las que vivía en concubinato, se encargaban de recolectar información en las iglesias. Los familiares de los caídos, privados de tumbas donde acudir a rezar o dejar un ramo de flores —una resolución de la Commonwealth War Graves Commission dictaminó que los cuerpos de los soldados británicos muertos en acción no fueran repatriados sino inhumados en cementerios militares del otro lado del canal, en tierra francesa—, buscaban consuelo en los templos. Haciéndose pasar por viudas o hermanas de algún soldado u oficial fallecido, las bellas secuaces de Stanton establecían contacto con las futuras víctimas, les sonsacaban información y las persuadían de asistir a una sesión de espiritismo. El médium, desde luego, era Stanton. Utilizando los datos recolectados días antes ponía en escena la serie de trucos habituales en estos casos: juegos de espejos, corrientes de aire, golpes, eclosiones ectoplasmáticas, mensajes, trances. La habilidad de su modus operandi, la maestría con la que componía el relato y dosificaba la información suministrada por los supuestos muertos, obligaba a los deudos a regresar una y otra vez, y a pagar precios cada vez más elevados por una nueva sesión. De este modo, Stanton logró embolsar miles de libras esterlinas. Desenmascarado por agentes de Scotland Yard, fue juzgado, declarado culpable y encarcelado en la prisión de Winchester, en Hampshire. El encierro sajó los delgados filamentos que aún lo retenían del lado de la cordura. Stanton se automutilaba: en dos años se cortó tres dedos de la mano izquierda y todos los del pie derecho. Lo enviaron a un manicomio atestado y tétrico. Su padre terminó apiadándose de él y lo confió a los cuidados del doctor Pierce. El delirio de Stanton era muy particular: se creía muerto. Sentía gusanos horadando su carne y sufría el asedio de unos seres pequeños, ágiles como monos, ensamblados con partes humanas y piezas de ametralladora.

Al otro lado del Mar del Norte, en instituciones ubicadas en Hamburgo, Leipzig o Berlín, casos similares eran estudiados y tratados por eminencias como los doctores Heinz, Stenheimer o Zimmermann. Sus colegas alemanes —el «Círculo de Múnich», como se los conocía en el mundo académico, con quienes Pierce solía entablar, en congresos y conferencias, prolongados debates teóricos— eran, como la mayoría de los psiquiatras europeos, escépticos respecto a los resultados del tratamiento con hipnosis en pacientes con alteraciones graves. El doctor Günther Stenheimer, por ejemplo, cabeza visible de aquel acotado grupo, especialista a cargo de la cátedra de Fisiología en la universidad de Múnich, antiguo discípulo de Wilhelm Wundt (de quien había tomado la idea de fundar un laboratorio de psicología experimental en el ámbito de la universidad, para luego confinar de aquel espacio cualquier atisbo de experimentación) afirmaba, no sin razón, que incluso Freud y sus acólitos —entre los que se encontraban Karl Abraham y Sándor Ferenczi— habían terminado por dejar de lado la hipnosis al considerarla un método poco satisfactorio o insuficiente para curar las diferentes neurosis provocadas por la guerra. El doctor Pierce mantenía con todos ellos una asidua correspondencia, pero era sobre todo con Stenheimer con quien más polemizaba. Entre ambos psiquiatras se había entablado una suerte de duelo intelectual. Pierce consideraba los métodos de su colega alemán, basados en la farmacología y la electricidad, ineficientes y obsoletos; Stenheimer afirmaba que el sistema de su colega británico era inconducente y estaba destinado al fracaso a corto plazo. Las vicisitudes de aquella batalla teórica eran seguidas de cerca por psiquiatras de Europa y Estados Unidos, y el alcance de sus colisiones verbales se difundía en artículos, tesis universitarias, debates, seminarios y congresos. Pierce tomaba nota, literalmente, de cada injuria que el alemán le dispensaba. La lista era extensa. En un congreso llevado a cabo en Ginebra, en 1920, Stenheimer se había referido a él en estos términos: «Ayer el doctor Edward Pierce nos ilustraba acerca de su teoría sobre la hipnosis. A mi humilde entender estamos en presencia de un nuevo Carl Hansen,

aquel famoso hipnotizador que, en sus espectáculos, maravillaba al público con rutinas como la del Hombre de las dos figuras —en la que los dos hemisferios de la cara expresaban emociones distintas—, o induciendo al sueño a un reducido grupo de voluntarios que subían a escena. Pierce ha superado al maestro danés: en sólo ocho minutos de exposición logró adormecer a los cincuenta y tres psiquiatras presentes en la sala».

Otro ultraje, urdido en alguno de los muchos artículos que Stenheimer publicaba en la prensa especializada, proclamaba: «Con sus elucubraciones pseudocientíficas el doctor Pierce ha conseguido fascinar a buena parte de la alta sociedad británica, del mismo modo que ciertos prestidigitadores, valiéndose de algunos aparatosos pases de mano mesméricos, hipnotizan gallinas en escena. Con esta observación no pretendo desmerecer a las gallinas, desde luego, aves de intelecto más bien acotado».

El último de sus oprobios, que encerraba un velado desafío, había sido lanzado apenas unos meses antes en la relativa intimidad de una reunión en casa del doctor Otto Rank, en Viena: «Afirman algunos que el inglés Pierce está perpetrando un libro donde vindica la hipnosis como medio de cura de las neurosis de guerra. Señores, yo no lo creo. Nadie puede llegar a tal extremo de estupidez».

Edward Pierce tenía claro que responder a cualquiera de esas afrentas era rebajarse al nivel de su antagonista. A su debido tiempo, él —o, mejor dicho, sus obras— devolvería cada golpe y cada burla. Por otro lado, era verdad que Pierce preparaba un libro en el que exponía su teoría y su método. Aún no estaba terminado, pero la Internationaler Psychoanalytischer Verlag le había transmitido ya su intención de publicarlo. Algo bueno —pensaba el doctor Pierce— podía rescatarse luego del prolongado descenso a los infiernos que había sido la guerra; más allá de las formas, aquel combate intelectual auguraba, para el campo de la psiquiatría, un salto epistémico imposible de mesurar.

Cuando Hastings volvió a entrar en el despacho llevaba puesto un guardapolvo blanco que no desentonaba con su palidez general. El ángelus del éter había sonado entre los muros del asilo: el silencio volvía a reinar.

—Doctor Hastings —dijo Pierce—, nuestro nuevo paciente aguarda en el auto. Por favor, encárguese de conducirlo a la sala de cristal.

Con aquel nombre algo ostentoso, Pierce hacía referencia a un salón circular de techo vidriado, que se encontraba en los fondos del edificio principal y en el que se practicaban consultas, curaciones y, de tanto en tanto, alguna autopsia. Pierce era el único en denominarlo así. Todos los demás lo llamaban «el invernadero».

Hastings asintió y volvió a salir del despacho. Pierce se acercó de nuevo a la ventana para controlar el desarrollo de las operaciones. Pocos minutos después pudo ver a Hastings acercarse al automóvil, acompañado de un par de enfermeras; antes de que su asistente tuviese tiempo de alcanzar la manija de la puerta trasera esta se abrió y del interior del vehículo emergió una silueta alta, envuelta en un hábito negro.

—Sor Rachel —la voz de Stevenson sobresaltó al doctor, que no había advertido que el anciano estaba ahora a sus espaldas, susurrando aquellas palabras cerca de su oído—: es una enfermera muy experimentada. Sin la ayuda de sus sedativos hubiese resultado imposible controlar las crisis de David durante el viaje.

Como si hubiese intuido la presencia de los dos hombres detrás de la ventana iluminada del primer piso, la monja levantó la cabeza. Su cara alargada, blanquísima, parecía una máscara de porcelana, y sus manos —entre las que el doctor Pierce vislumbró un estuche de cuero—, incluso desde aquella distancia, parecían enormes, desproporcionadas. Al cabo de un momento la monja

bajó la mirada hacia Hastings y permaneció inmóvil junto a la puerta del vehículo, controlando el desarrollo del procedimiento. Cuando lograron extraer a Bradley del automóvil, Pierce advirtió que su nuevo paciente no sólo estaba sedado sino también enfundado en una camisa de fuerza.

—¿Dice usted que Bradley nada? —preguntó Pierce.

—Así es —afirmó Stevenson—, como si le fuera la vida en ello.

—Sígame…

Salieron del despacho, bajaron las escaleras y recorrieron un pasillo de techo muy alto, cuyas paredes desnudas parecían angostarse a medida que se acercaban a la sala del fondo. Durante el trayecto, Pierce tuvo tiempo de reflexionar en la afirmación de su visitante. Lo que Stevenson había definido como «nadar» no debía ser otra cosa que uno de esos virulentos temblores musculares de los que ya había visto tantos, y que, al producirse estando el paciente acostado sobre el vientre, generaba en el observador la impresión de encontrarse frente a un nadador privado de su elemento natural.

Traspusieron las puertas de la sala. El paciente se hallaba ya sobre una camilla, iluminado por un hemiciclo de lámparas esmaltadas. Bradley, el rostro bañado en sudor, movía los labios sin emitir sonido, sin articular palabra alguna. Pierce se deslizó bajo el círculo de luz y se inclinó sobre él. Advirtió, de un solo vistazo, que el estado general de aquel hombre era lamentable. De una escualidez extrema, los ojos hundidos, el pelo escaso y gris, cualquiera hubiese afirmado que el paciente tenía más de cincuenta años.

El doctor ordenó que le retiraran la camisa de fuerza y que todos los presentes, salvo Stevenson, salieran de la sala. Luego de realizar la tarea, Hastings y las enfermeras se dirigieron hacia la puerta. La monja, en la que Pierce no había reparado aún, no se dio por aludida. Ahora que podía observarla de cerca se dio cuenta de que la mujer era muy alta, y el hábito negro que vestía acentuaba su desmesura. Sor Rachel permaneció de pie junto a un biombo, el estuche apretado aún contra su pecho y los ojos fijos en el hombre sobre la camilla.

—Doctor Hastings —volvió a llamar Pierce—, acompañe a la hermana y asígnele un cuarto donde pueda descansar. Debe estar exhausta.

La monja apretó los labios y observó a Stevenson, quien se desentendió del mudo reproche que brillaba en su mirada.

—El cuadro que cuelga en el vestíbulo… —susurró la mujer que, a causa de una prominente dentadura, parecía morder sus palabras; pero enseguida se interrumpió y sus dedos se cerraron con más fuerza alrededor del estuche que apretaba contra el pecho.

El psiquiatra sacudió la cabeza, como si volviera de un lugar muy lejano y le costara reconstruir la realidad circundante.

—¿El cuadro? —dijo—. Es una escena de la Divina comedia…

—Octavo círculo, décima fosa, Capocchio y Schicchi —puntualizó sor Rachel—. Es de un horror inimaginable, doctor. Inapropiado para exhibir en una institución mental. Buenas noches, caballeros…

Cuando la monja salió de la sala, el doctor Pierce carraspeó y cerró la puerta. En su opinión no había nada más apropiado que aquel óleo para presidir la entrada de la institución, pero se guardó el comentario y, evitando cruzar su mirada con la de Stevenson, se dirigió a una vitrina. Extrajo una pequeña llave que colgaba de la cadena de su reloj, abrió el armario y consultó las etiquetas adosadas a los frascos. En el cajón donde se guardaban las jeringas, debajo de los cilindros de vidrio, encontró una tira de papel: «La imaginación es la única arma en la guerra contra la realidad». ¿Cuántas más de aquellas notitas, escritas por Anne con su letra prolija, inclinada, seguiría encontrando en cajones y bolsillos? Agarró una jeringa, encajó la aguja en el

émbolo de vidrio y lo llenó hasta la mitad con la sustancia de uno de los recipientes. Giró para hacer una pregunta a Stevenson, pero se contuvo. El anciano estaba sentado cerca de la camilla, el mentón hundido en el pecho y los brazos abandonados sobre las rodillas. Pierce lo observó un momento y después sus ojos bajaron hasta los zapatos gastados y manchados de barro, y de pronto sintió por aquel hombre una rara mezcla de piedad y simpatía.

—Esto disipará los efectos del sedante —explicó, mientras inyectaba a Bradley en el brazo derecho.

Pierce se retiró unos pasos de la camilla y consultó la hora en su reloj.

Afuera, el viento nocturno silbaba entre las ramas de los árboles y barría los tejados de la clínica. Pierce levantó la cabeza. A veces, cuando la migraña era tan intensa que le impedía dormir, se refugiaba en aquel lugar para observar las estrellas. En esas ocasiones sentía que una parte de sí mismo abandonaba su cuerpo para estudiarse desde afuera. Lo que veía —un hombre indefenso bajo un techo de cristales, torturado por un fragmento de hierro alojado en su cráneo— siempre lo turbaba. Y era justamente en esos momentos de aflicción en que se había visto asaltado por ideas e intuiciones fulgurantes (o que en ese instante en particular lo parecían, aunque más tarde terminara descartándolas), como si el hecho de sufrir y pensar fueran indisociables y se presentaran siempre formando un organismo de dos cabezas, un ente dividido que sólo podía sentirse completo por un espacio de tiempo muy limitado y siempre en la aflicción extrema. Así, había llegado a discurrir que ciertas formas de locura tal vez se asemejaran al vértigo que experimentamos frente a lo infinito; con un agravante, pensaba el doctor: el contemplador ocasional de astros puede desestimar dicha percepción a voluntad, mientras que, en el enfermo, la misma experiencia debe ser incontrolable y permanente.

En ese instante hubo un cambio en la actitud de Bradley: emitió una serie de suspiros y gemidos apagados, parpadeó y movió los brazos. No se detuvo a contemplar nada. Su única urgencia al sentirse libre de la camisa de fuerza fue arrancarse con premura la ropa que llevaba encima. La atención del doctor Pierce se desvío enseguida hacia los ojos del paciente, todavía pesados de sueño: uno era negro, el otro azul oscuro. Pierce sabía que el color de los ojos está determinado por la cantidad y la distribución de melanina en el iris, y que la heterocromía, que produce ojos de distinto color, podía ser congénita o adquirida, en este último caso resultado de un traumatismo o una hemorragia. Pero no sólo los ojos llamaron la atención del psiquiatra: el torso, la espalda y los brazos del paciente estaban cubiertos de hematomas y heridas: estas últimas, dispersas en una constelación carmesí sobre la palidez general del cuerpo, eran unas marcas pequeñas y rojizas semejantes a mordiscos.

Al cabo de un momento, Bradley se recostó boca abajo y llevó el brazo derecho hacia atrás. Luego, con dificultad, lo proyectó hacia adelante, ejecutando lo que, en efecto, podía considerase una aparatosa brazada de crawl. A continuación realizó el mismo movimiento con el brazo izquierdo. Las piernas subían y bajaban, adquiriendo un ritmo particular, sincrónico, y de su boca salía un silbido ronco, casi un estertor, como si sus pulmones no expulsaran aire sino piedras y arena. Era en extremo perturbador: el ingeniero parecía un autómata atiborrado de engranajes invisibles, un Lázaro mecánico que, debajo de la cúpula de vidrio, huía a nado de la muerte.

David Bradley nadó durante horas.

Al amanecer, se desvaneció de cansancio.

ii. Diario del ingeniero David Bradley

… destruye todo lo que tiene, y no te apiades de él;
mata a hombres, mujeres, niños…

Primer Libro de Samuel, 15:3

… y yo te venceré, y te cortaré la cabeza.

Primer Libro de Samuel, 17:46

Ushuaia, 7 de julio de 1922

El viaje desde Buenos Aires insumió más tiempo del previsto. Desembarqué en el puerto de Ushuaia con seis días de demora. Me irrita este retraso inesperado. Puede dar una imagen errada de mí. Soy un hombre puntual, metódico. Cualquiera que me conozca podrá dar fe de ello.

En el muelle, bajo la nevada, me recibe un funcionario voluminoso, sonriente. Uribe me da la bienvenida en un inglés titubeante. Luego chasquea los dedos, llama a un muchacho que empuja una carretilla, le indica adónde llevar mi equipaje y emprendemos la marcha.

Dejamos atrás el muelle, subimos una calleja empinada. Cada tanto, Uribe tuerce la cabeza y me observa. Tose, jadea, sonríe, se detiene. Señala un edificio rojo y chilla, con alegría:

—*¡Penitentiary, penitentiary!*

Recordé la advertencia del cónsul, en Buenos Aires: «La cárcel y Ushuaia son la misma cosa. Toda actividad nace o gira en torno al penal».

El edificio está rodeado de torres de vigilancia y de un alambrado. Guardias con fusil al hombro recorren el perímetro. De improviso se abre un portón: la prisión expulsa un tren de vía angosta, idéntico a los que usábamos en la retaguardia para transportar pertrechos y proyectiles. Los vagones, bajos y abiertos, van cargados de presidiarios y guardias. Al pasar, uno de los presos me mira; dibuja, con el dedo, un signo incomprensible en el aire. Y el tren, echando humo, se aleja hacia el bosque.

Arribamos a un edificio lindero a la prisión. Subimos una escalera y entramos a una habitación mal caldeada, los muros percudidos de humedad. De cada lado de la ventana que mira a la bahía, dos escribientes trabajan. Llevan abrigos negros y gorras descoloridas. Ambos se parecen, de manera asimétrica. Lo que abunda en uno se reduce en el otro. El primero es obeso, de ojos exorbitados y nariz chata; el segundo raquítico, de ojitos hundidos y nariz aguileña. Inclinados sobre sus escritorios, asientan en sus libros de registro nombres, números, signos indescifrables. Lo único que se oye en el lugar es el viento y el roce de sus plumas sobre el papel. No parecen viejos, sino antiguos, como monjes medievales. Tal vez escriben desde el inicio del tiempo y aquí seguirán hasta el Apocalipsis.

Uribe solicita el informe y los documentos a firmar. El más delgado señala un archivador. Las manos del funcionario hurgan en los cajones y extraen un legajo. Me entrega los documentos, firmo papeles. Uribe controla que todo esté en regla. Interpela:

—¿Noticias de Burkhart?

Ninguno de los escribientes responde. A punto estoy de preguntar quién es Burkhart. Uribe se adelanta a despejar mis dudas:

—Burkhart es el capitán del barco que lo llevará al Ojo de Goliat.

Mi desconcierto lo incita a continuar. Mezclando inglés y español, con una incomprensible jocosidad que ya me parece un rasgo de estupidez, declara:

—Con ese nombre se conoce al faro aquí, en Ushuaia: El ojo de Goliat o Goliat, a secas.

Protesto. Debe haber un error. Mi primer destino, tengo entendido, es el faro de la isla Observatorio. Uribe aduce un cambio de planes. Exijo saber quién imparte las nuevas directivas.

Con más calma, explico:

—No me agradan las modificaciones de último momento.

—Las modificaciones de último momento son habituales en este país, ingeniero. Nosotros, los subalternos —el funcionario enfatiza esta última palabra—, nos adaptamos lo mejor que podemos a las circunstancias.

Uribe observa su reloj.

—Lo acompañaré hasta el barco —declara—. Su equipaje ya debe estar a bordo.

Salimos del edificio y emprendemos el mismo camino, pero de regreso al muelle. Por segunda vez pasamos frente a la prisión. En su inglés híbrido, abrupto, Uribe afirma que la penitenciaría es un modelo en su género. Todavía molesto, guardo silencio. Mi indiferencia suscita en él un desdén inverso, afable y locuaz. Con alguna dificultad, voy adivinando sus explicaciones: Hay cinco pabellones distribuidos de manera radial. En el número uno, condenados por robos y hurtos; dos, defraudación y estafa; tres, presos con enfermedades infecciosas; cuatro, homicidas; en el quinto: invertidos, revolucionarios, anarquistas… Cada pabellón cuenta con dos pisos. Cada piso, con treinta y ocho celdas. Cada celda mide cuatro metros cuadrados. Los muros tienen sesenta centímetros de espesor. Hay una biblioteca, una enfermería. También talleres de herrería, mecánica y carpintería. Señala Uribe, con su eterna sonrisa:

—En la carpintería, los presos construyen sus propios ataúdes.

El barco que debe llevarme a destino, el Wulaia, se encuentra anclado al final del muelle. Uribe ahueca las manos y llama. Un marinero se asoma por la borda; informa que el capitán aún no ha regresado.

Uribe me apremia hacia la pasarela que lleva a cubierta:

—Buen viaje, ingeniero, y salude a Evans de mi parte.

Se aleja deprisa, sin mirar atrás.

El camarote es exiguo. Mi equipaje ya está allí. Sin nada mejor que hacer, me siento en la litera y abro el legajo. Dentro hay un plano del faro y el último informe sobre su estado; un expediente escueto, firmado por el ingeniero Teófilo Bustos en noviembre de 1917. Nadie pensó en traducirlo. Con todo, mis rudimentarios conocimientos de español y el diccionario bilingüe que traigo conmigo me bastan para descifrarlo.

El faro —treinta metros de granito que «emergen como un cíclope insomne de las aguas del océano», apunta mi predecesor— está situado a ciento quince millas marítimas al este de Ushuaia, en el estrecho de Le Maire: 54° 38’ 17’’ de latitud sur, 64° 51’ 28» de longitud oeste. Fue construido sobre una roca inhóspita y escarpada, el islote Willem Schouten.

En su informe, Bustos dejó asentado: «Las instalaciones han sufrido en estos últimos tiempos importantes averías que exigen un examen minucioso». La lista de daños: desprendimientos, deformaciones, filtraciones. El más importante: «Una fisura de media pulgada en la base de la torre, visible a la altura del depósito de carbón». La última anotación, sin nexo directo con el estado del faro, me asombra: «Al desarreglo material es preciso agregar el desorden espiritual del elemento humano a cargo del lugar».

Extraña frase para un informe técnico. Mi traducción, apresurada y necesariamente pobre, tal vez no sea del todo exacta.

Poco a poco, me voy quedando dormido.

Sueño con un barco atiborrado de camas de hospital. Con una monja acercando una cuchara a mi boca. Con el revólver entre los instrumentos de medición, en el fondo de la maleta. Con una ciudad, amalgama de Londres y Edimburgo…

Del sueño me arranca el ruido de un portazo. Alguien acaba de abrir mi camarote. Bajo el vano asoma un hombre alto, enjuto, de barba abundante, ojos verdes, cabeza alargada. Tiene un tajo en la frente. La sangre chorrea de la herida y le mancha la cara, la barba, la chaqueta. Burkhart, supongo. El capitán me observa desconcertado, tambaleándose. Murmura algo, toca con dos dedos la visera de su gorra. Y lo escucho alejarse, con paso vacilante.

Más tarde…

Madrugada. Salgo a tomar aire a cubierta. Nada se escucha en el buque, nada se mueve. Ya no nieva. Todo es blanco: techos, bosques, montañas. El silencio, como una sustancia viscosa, envuelve esta blancura sobrenatural. De a ratos asoma la luna entre las nubes y la nieve adquiere un tono azulado. La prisión escupe por sus chimeneas un humo acre. Un portón lateral se abre de pronto. Salen dos guardias. Cada uno tira de las riendas de una mula; cada animal arrastra un trineo; cada trineo carga un ataúd. La oscuridad se los traga. Poco después reaparecen bajo la luz de uno de los faroles de la calleja que corre paralela al mar. Hombres, mulas y féretros avanzan con lentitud. Se alejan hacia el oeste, dejando surcos en la nieve.

Escucho pasos en la escalera. Burkhart. La cabeza vendada, algo más sobrio.

El capitán se reclina en la baranda. Dice, sin preámbulos:

—A los faros situados en alta mar se los llama «infiernos»; después vienen los «purgatorios», más cercanos a la costa; y, por último, los «paraísos», construidos en tierra firme. El ojo de Goliat es la vanguardia de los primeros. El «infierno de los infiernos». Pero usted, por lo que sé, ya estuvo en un lugar semejante: el frente occidental.

—Las noticias corren rápido por aquí —comento. Nos estrechamos las manos.

—Sé lo que se está preguntando, ingeniero. No, no soy alemán. Mi padre lo era. Un típico alemán de Baviera, la estampa misma de un tiránico Von Bismarck rural —el capitán esboza una sonrisa, prosigue—: Valga la aclaración. Las heridas aún están frescas y lo estarán, supongo, durante mucho tiempo. Yo soy argentino, ingeniero, signifique eso lo que signifique. Mi hermano sí era alemán. Miento: era argentino, nacido en Buenos Aires, pero decidió convertirse en alemán, y lo logró. No es una tarea difícil, después de todo. Sólo hay que saber cultivar cierta rigidez mental y hacer de la disciplina una profesión de fe. Mi hermano Rodolfo hasta cambió de nombre y pasó a llamarse Rudolph Burkhart. Parecía más alemán que el Káiser Guillermo, si eso es posible. Se alistó en la embajada y se fue a luchar por esa Vaterland que, hasta entonces, nunca había pisado. A decir verdad, yo también estuve a punto de enrolarme: luego recobré la cordura y decidí que me daba igual morir en cualquier parte, pero anciano y lleno de recuerdos.

El aliento de Burkhart entibia el aire. Se expresa en un inglés correcto y a veces arcaico, como si hubiese leído mucho a Shakespeare o a Milton.

—¿Tiene hambre? —pregunta de pronto—. Acompáñeme.

Bajamos hacia las entrañas del barco. En la cocina, Burkhart saca de un armario carne fría, galleta, una botella de whisky.

Un solo vaso.

—¿Qué le sucedió? —señalo el corte en la frente.

—No es nada. Un intercambio de opiniones con un chileno. Él quería irse a dormir con su esposa, y yo también.

Burkhart corta unas lonjas de carne. Tose. Mira la botella.

—¿A qué hora zarparemos? —pregunto.

—Por la mañana, si el clima lo permite.

—La inspección no me llevará más de tres días. Entonces podrá regresar por mí.

—¡Un optimista! —exclama—. En esta parte del globo pretender establecer un plazo es una prueba de inocencia o de arrogancia. El océano se ríe de nuestras pretensiones…

Y entonces se echa a reír, como si él mismo encarnara todos los mares del mundo. Explica que atracar en aquella roca, el islote Willem Schouten, es una empresa riesgosa.

—El ojo de Goliat no es cualquier faro, ingeniero. ¿Nadie se lo advirtió? Supongo que tampoco le han hablado de Evans…

Mira otra vez la botella. Le tiemblan las manos.

—Uribe lo mencionó rápidamente. ¿Quién es?

—El guardián del faro.

—¿Quiere decir, entonces, que el faro está en actividad?

—Hace mucho tiempo que nadie pone el pie allí —dice, y enseguida desvía la conversación —: ¿Lo han herido en la guerra, ingeniero?

La pregunta me toma por sorpresa. Muevo dubitativo la cabeza, lo que puede significar cualquier cosa.

Sigue un silencio. Después, Burkhart murmura:

—El Fokker que piloteaba mi hermano fue derribado en Francia. No sobrevivió. No tuvo tanta suerte como usted, ingeniero.

Suerte. ¿Por qué no? Estiro la mano hacia la botella. Con deliberada lentitud, la inclino hacia el vaso. El incitante sonido rebota entre las paredes de la cabina, se desliza como una serpiente ambarina hacia el interior del cerebro del capitán.

—¿Me acompaña?

Burkhart rechaza la tentación. Se pone de pie, da unos pasos alrededor de la mesa. Murmura cifras, años, meses. Tal vez intenta establecer con precisión la fecha en que el faro fue desafectado.

No lo logra. En cambio, dice:

—Un faro fuera de servicio no es de mucha utilidad, ¿no cree? Una torre abandonada en el océano es un dislate, una aberración…

—No entiendo por qué su gobierno insiste en rehabilitar este faro en particular —comento—. El de la isla Observatorio está activo.

—¿Mi gobierno? Yo no tengo gobierno, ingeniero: soy un mercenario. De todos modos, tengo entendido que no es Argentina la interesada en rehabilitar el faro del islote Schouten. Ciertas sociedades científicas y geográficas, entre ellas la Real Sociedad Geográfica de Londres, pretenden reanudar las expediciones hacia la Antártida y solicitaron su reactivación. De manera que ha sido su propio gobierno, ingeniero, y los belgas y los noruegos y los holandeses los que consideraron que el faro de la isla Observatorio resultaba insuficiente para cubrir el futuro tráfico marítimo e insistieron, del modo en que los poderosos saben hacerlo, en rehabilitar también El ojo de Goliat. De todas maneras, tarde o temprano la Marina Argentina tendrá que enfrentarse al mismo dilema que tuvieron en el pasado, antes del inicio de la guerra: no lograron obligar a nadie a ocupar el puesto de guardián del faro. A último momento los designados caían enfermos, pedían licencia o traslados. «Infiernos», faros de alta mar, nadie quiere recalar allí. Enterados en Ushuaia de las dificultades que encontraba la Marina para llenar la vacante, el director de la prisión tuvo la buena idea de echar mano de un convicto. Aquí, entre nosotros, tengo entendido que tanto él como el gobernador recibieron una buena recompensa por la iniciativa —Burkhart sonríe, se pasa una mano por la frente, allí donde la venda húmeda de sangre se pega a la piel—. Se propuso el puesto a los más capacitados, un grupo, como imaginará, muy limitado. A pesar de que se ofreció una reducción de pena a quien aceptara el puesto, los candidatos no se abalanzaron sobre la oportunidad. El espíritu gregario es muy fuerte, aun entre los reclusos. Alguno iría, de todos modos, estuviera o no de acuerdo. Contra todos los pronósticos uno de ellos aceptó: Juan Evans. Evans era naturalista, profesor en la Universidad de Buenos Aires. Cumplía una pena de cadena perpetua por el asesinato de su esposa y de su hija. En junio de 1911, dos policías se presentaron en su domicilio a raíz de la denuncia de un vecino que notó cambios llamativos en la conducta del profesor. Encontraron a la mujer y a la niña, muertas y

embalsamadas, sentadas a una mesa servida para el té.

El capitán interrumpe su relato. ¿Espera algún comentario de mi parte? Hundo el cuchillo en un trozo de carne.

Burkhart prosigue:

—Antes de contraer matrimonio, Evans llevó una vida de aventurero: exploró el Chaco y la selva misionera, donde descubrió nuevas especies de mariposas. Al aceptar las funciones de guardián solicitó se lo proveyera de un equipo completo de taxidermia. Como su caso había tenido amplia resonancia en la prensa nacional, las autoridades dudaron mucho antes de aceptar su petición. Finalmente, cedieron. ¿A quién podía importarle? Era posible, sin embargo, que algún reportero se interesase en el destino de Evans en la penitenciaría de Tierra del Fuego. Si tal eventualidad se presentaba, se le diría al entrometido que el prisionero había muerto. Se mandó cavar, incluso, una tumba falsa en el cementerio de Ushuaia, en la que se plantó una cruz con su nombre. De manera que, después de un breve período de instrucción a cargo de un técnico de la Marina, Evans fue trasladado al islote. Cuando todavía hacíamos el reaprovisionamiento del faro yo le llevaba libros, periódicos y materiales para sus trabajos de taxidermia: alambres, sal, ojos de vidrio… Una vez, en Punta Arenas, conseguí comprar a buen precio un lote de cajas entomológicas con mariposas, su especialidad, entre las que figuraba uno de aquellos especímenes descubiertos por él en la selva. En mi siguiente visita se lo obsequié. Estaba agradecido, casi emocionado. Durante varios años cumplió con diligencia sus funciones de guardián en El ojo de Goliat. Vivía allí solo, como un asceta, como un santo…

La última palabra me arranca una sonrisa. Burkhart se exaspera:

—Sí, un santo —afirma, elevando la voz—: ¿Qué es un santo, ingeniero, sino un gran pecador arrepentido?

—Lo que haya hecho ese hombre no me incumbe —respondo.

Burkhart se torna agresivo:

—Por supuesto. Para alguien como usted una torre es una torre y un asesino es cualquier asesino, aunque dicha torre se eleve en medio del océano y el asesino haya pagado con creces su culpa. Pero para aquel que debe permanecer allí, solo, luchando contra los elementos y contra su pasado y los fantasmas del pasado, esa torre es sin duda otra cosa. Evans se negaba a regresar a tierra. Sabía que tenía que domar el faro como se domestica a veces a la bestia que algunos hombres llevan dentro. Evans era un santo, no lo dude, un santo moderno. Lamento que a usted, ingeniero, ni siquiera la guerra haya logrado inculcarle algo de compasión…

Burkhart alarga la mano y aferra la botella. Es casi un acto reflejo. La lleva a los labios, bebe, sigue hablando de Evans. Mientras el whisky desaparece, sus propósitos se vuelven confusos. Las loables apreciaciones sobre el guardián se retrotraen a un estadio anterior; el santo involuciona en criminal, y el capitán lo describe con suspicacia y animadversión, utilizando términos cercanos al aborrecimiento.

—De todos modos, ya no importa —concluye Burkhart—. Evans está muerto. Fui yo quien lo encontró. Al entrar en el faro el olor a podrido me golpeó como un mazazo. Estaba tirado en la linterna. Los pájaros le habían comido los ojos y parte de la cara.

El capitán no me inspira confianza. Siempre es triste el espectáculo de las debilidades humanas; lo es aún más en aquellas personas que deberían dar ejemplo de temperancia.

8 de julio

He dormido profundamente. Ni siquiera noté que zarpábamos.

Amanece. El mar está en calma. El puerto se desdibuja, a lo lejos.

En cubierta encontré a Burkhart. Observaba el horizonte.

—Le pido disculpas por mi exabrupto de ayer —dijo.

Enseguida, agregó:

—Olvidé prevenirlo: en el islote, cuídese de los williwaws. Son ráfagas de viento repentinas que descienden de lo alto hacia el mar. Cuando uno se encuentra de pie sobre una roca mojada y cubierta de excrementos de pájaros, pueden ser peligrosas…

—Lo tendré en cuenta, capitán, gracias. Cumpliré con mi trabajo y esperaré a que usted venga a buscarme, cuando el mar u otras circunstancias lo permitan: no quiero parecer demasiado optimista o pretencioso —culminé, haciendo referencia al comentario hecho por Burkhart el día anterior.

El capitán esbozó una sonrisa.

—Después de desembarcarlo a usted me espera una carga en Punta Arenas. No podré regresar antes de una semana, tal vez semana y media.

Procuré disimular mi desaliento.

El capitán parece de pronto preocupado por un frente de nubes.

—El clima empeora. Tendremos mal tiempo…

Más tarde…

Aquellas palabras despertaron a un monstruo dormido. A partir del mediodía, el viento y la lluvia azotan el buque. El Wulaia escora a babor y estribor. La proa se eleva y cae entre trombas de agua; enormes olas barren la cubierta. Siempre me he jactado de encontrarme en alta mar tan a mis anchas como en tierra firme, pero tuve que refugiarme en mi camarote, enfermo como un perro.

No sé cuánto tiempo permanecí tumbado, inerte. En algún momento el capitán entró en la cabina. Debía prepararme. Está ebrio de nuevo, pensé. La furia del mar, lejos de ceder, se había acentuado.

Burkhart adivinó mis objeciones.

—Ingeniero, esto es apenas un chubasco —aseguró—. Dentro de algunas horas, cuando oscurezca, las condiciones empeorarán, y entonces no habrá ninguna posibilidad de intentar un desembarco.

Tambaleándome, subí a cubierta. Lo que para el capitán era apenas un chubasco me pareció a mí una verdadera tempestad. A lo lejos, entre el oleaje, distinguí la roca asfixiada de pájaros. Las aves se apretujaban entre las piedras, sin encontrar reposo. Aquel movimiento constante en la superficie, sumado a la oscilación del mar, creaba la ilusión de que el islote se desplazaba, de que sería imposible alcanzarlo.

Luego de algunas recomendaciones finales, Burkhart me ordenó abordar una ballenera. Se procedió al descenso del bote. La violencia del oleaje dificultaba la maniobra. Los encargados de las roldanas, en cubierta, se bamboleaban como borrachos en una pista de hielo. La ballenera tocó por fin el mar. Remando con ímpetu, los marineros se alejaron del flanco del buque. El capitán gritó algo. El ruido de la tormenta ahogó sus palabras.

La distancia hasta el islote era considerable. La ballenera escalaba las olas y bajaba vertiginosas pendientes de agua. Del mar encrespado emergían rocas como dientes. Tres veces intentamos acostar, tres veces nos rechazó la corriente. De pronto, el viento amainó. Amparados por aquella calma provisoria pudimos acercarnos al muelle: una construcción elemental sobre su base de piedra. Trepé la escalera, resbalando en los escalones mojados. Todavía hubo tiempo para descargar provisiones y un par de barriles con agua potable. El océano se cobró entonces el

breve sosiego que permitiera el desembarco: una ola negra se irguió desde el sur, levantó a la ballenera y la empujó mar adentro.

Eché una última mirada al Wulaia. El barco parecía de juguete. Arrastré las provisiones fuera del muelle y las puse a resguardo contra una roca. Cargar todo hasta el faro era, en ese momento, una empresa superior a mis fuerzas. Regresaría a buscar los víveres al día siguiente. Agarré mi saco marinero, la maleta con los instrumentos. Una escalera tallada en la piedra conducía al faro entre una amalgama de aves, plumas y excremento.

Ascendí con dificultad. Estaba mareado, enfermo. El suelo se hundía bajo mis pies. La lluvia repiqueteaba contra los escalones de piedra. Tropecé, caí dos veces. A ambos lados, apretados contra las rocas, cormoranes y gaviotas se removían inquietos. Continué la ascensión. Me desmoroné por tercera vez. El aire me faltaba. Terminé el recorrido de rodillas, arrastrando el saco y la maleta tras de mí.

Así llegué al pie del faro. La puerta de metal se abrió con dificultad. Miré hacia arriba. La escalera helicoidal se hundía en la oscuridad. Con mis últimas fuerzas, subí. Empujé la trampa que permitía el acceso. Me recibió un pandemónium de aleteos y graznidos. Agitando un pedazo de lona que encontré en el suelo, logré que algunas aves se retiraran hacia el piso superior. Otras continuaban aferrándose a las salientes de los muros. Pasaron varios segundos hasta que advertí que estaban embalsamadas.

Sobre una mesa vi un farol de kerosén. Lo encendí. La luz reveló dos puertas enfrentadas, separadas por una sala circular. Abrí la de la izquierda y entré en el cuarto. Me dejé caer en un catre, me cubrí con la lona, cerré los ojos.

Mi cabeza seguía dando vueltas.

En algún momento, perdí el conocimiento.

El ojo de Goliat, 9 de julio

Me despierta un chillido: ¡penitentiary, penitentiary! Pensé que Uribe me había seguido hasta el faro, que estaba aquí, junto al catre, y no en el sueño que ya se disipaba.

Pasé una noche deplorable. Apenas pude dormir. Las náuseas, el sonido del viento, del oleaje, los graznidos de los pájaros me despertaban a cada instante. En la oscuridad, creí que el faro oscilaba en la tempestad.

Salí de mi letargo avanzada la mañana. La luz del sol atravesaba un ventanuco muy alto. El cuarto en el que me había refugiado tenía forma de trapecio imperfecto. Un catre, una mesa, una silla, el armario. Nada más. En Bell Rock, Corsewall, Sumburgh, Girdle Ness, o cualquier otro de los faros que puntean las costas escocesas, pueden encontrarse las mismas incomodidades. No me sorprende. Aquí y en todas partes del mundo, funcionarios y oficiales a cargo —convencidos de que el confort es fuente de distracción o de desidia— consideran esta miseria obligatoria.

A pesar de la mala noche, me sentía mejor. Salí del cuarto. La sala circular donde me encontraba servía para todos los propósitos: cocina, comedor, depósito. Enfrente, otra puerta daba acceso a una segunda habitación, idéntica a la primera: el cuarto de Evans. Vi prendas desparramadas, objetos abandonados, como si aún esperaran el regreso de su dueño. Cerré la puerta y volví al salón circular. Tres troneras en los muros distribuían una luz escasa. El lugar estaba sembrado de plumas que el viento llevaba de un lado al otro. En el rincón de la cocina se amontonaban platos y vasos de latón, ollas y cacharros. Sobre los estantes, botellas vacías y otras de contenido incierto. En el centro de la sala, una mesa y tres sillas. Junto a ellas, un reloj de pie detenido. En un nicho entre dos troneras, una virgen de yeso. La imagen destilaba algo extraño, impreciso. Me acerqué: los ojos estaban raspados. Le faltaban también dos dedos de la mano

izquierda. Siguiendo la curva interior del muro, sobre sus soportes, conté siete pájaros embalsamados. Algunos en reposo, otros con las alas extendidas, parecían custodiar a la virgen. Por todos lados, cajas y baúles llenos de herramientas, clavos, alambre, repuestos para la maquinaria de la linterna, velas, instrumentos meteorológicos, prismáticos, un fusil Mauser, munición, mantas, aparejos de pesca, otros objetos revueltos. Un arcón más grande contenía el equipo de taxidermia de Evans. Aquí cada instrumento —escalpelos, pinzas, tijeras— guardaba una armonía precisa, al igual que los frascos de químicos y los ojos de vidrio: amarillos, rojos, ocres.

Subí la escalinata metálica que conduce a la sala de máquinas y la linterna. Mis pasos espantaron a las aves que anidaban allí y que enseguida se precipitaron hacia afuera, a través de una puerta que da acceso al balcón. La maquinaria: carcomida por el óxido. Los paneles de vidrio rajados o rotos, embrutecidos de excrementos y lamparones de sal.

Volví a la sala. Abrí la trampa que comunica con la escalera. Bajé unos pocos escalones y me detuve. El sol atravesaba las troneras abiertas en los muros. A medida que descendía, la luz perdía intensidad, como si estuviese bajando hacia el fondo del océano. Me asombró un detalle que el día anterior, en la oscuridad, me había pasado desapercibido: en las paredes, siguiendo la espiral interna de la torre, colgaban cruces de distintos tamaños y materiales. Las había de madera, metal, soga; otras confeccionadas con caracoles y vértebras de pescado. Una destacaba del resto, fabricada con dos costillas de ballena. Muchas más estaban grabadas directamente en la piedra.

Al llegar abajo empujé la puerta, que se abrió con un prolongado chirrido.

A la luz del día, el islote parece más pequeño que visto a la distancia, desde el barco. Cerca de la puerta de metal, peldaños tallados en la roca conducen al muelle. Desde la base del faro, la superficie describe una pendiente pronunciada que, al entrar en el mar, se deshace en aristas filosas. En el declive anidan los pájaros: centenares, amontonados unos sobre otros, graznando y enturbiando la roca con sus deyecciones. Algunos son enormes. Al extender las alas recuerdan alucinantes bestias prehistóricas.

Rodeé la torre hacia el sur. Del otro lado, el terreno es plano y termina en un acantilado de unos setenta u ochenta pies. La piedra es allí porosa, sembrada de cráteres: un paisaje lunar donde pululan cangrejos.

Regresé sobre mis pasos y bajé al muelle en busca de las provisiones. Creía haberlas dejado a resguardo, pero la tormenta se había llevado casi todo. Sólo pude recuperar una caja con una docena de conservas, una libra de carne de cerdo salada, una bolsa de galletas, azúcar, café, un barril de agua potable. En el faro encontré más víveres: media bolsa de arroz, un poco de harina, una botella de aguardiente.

El resto del día estuve ocupado taponando vidrios rotos. Di con un brasero y unas libras de carbón. Lo utilizaré sólo de noche, cuando el frío sea más intenso.

Luego me dediqué a adecentar el lugar. Ordené mis suministros, limpié la sala de máquinas y la linterna, acomodé mi equipaje: unas mudas de ropa, los instrumentos de medición, mi revólver y un volumen de Coleridge. No recordaba haber guardado el libro en mi maleta. En la tapa de cuero verde hay dos marcas profundas, practicadas por algún elemento cortante.

11 de julio

Mi última anotación es de hace dos días.

Las constataciones derivadas de la inspección son graves.

La fisura asentada en el informe de 1917 se ha transformado en una grieta de una pulgada y un cuarto. Descubrí, por otra parte, una segunda fisura en la base, a la derecha de la puerta de acceso, detrás de unos barriles de petróleo vacíos. En su momento, Bustos debe haberla pasado por alto; sus dimensiones indican que no se trata de una avería reciente. El resto de los desperfectos —filtraciones, desprendimientos, curvatura de las vigas— ha empeorado con el tiempo.

Conclusión: la degradación general sigue un ritmo acelerado que urge rectificar antes de que la estructura corra peligros mayores.

La linterna y la sala de máquinas merecen una mención aparte. Los engranajes del motor están saturados de óxido. La cubeta de mercurio, vacía. La óptica —una Barbier-Turenne, de fabricación francesa— se encuentra en estado calamitoso: las lentes faltan o están rotas, y el conjunto se halla impregnado de sal y excrementos. Tal vez sea irrecuperable.

En mi opinión, el estado de degradación de los materiales no es simple consecuencia de la falta de uso. La negligencia empolló aquí sus huevos.

Conclusión: rehabilitar el faro exige reparaciones estructurales, otro motor y una nueva lente.

Mañana revisaré las instalaciones una vez más.

Tengo días por delante. Tiempo de sobra para redactar el informe. Luego, en Ushuaia, sólo tendré que pasarlo en limpio.

12 de julio

Día nublado, ventoso. La nueva verificación me ocupó la mañana. La duplicación de gestos análogos, la reiteración de las mismas mediciones y anotaciones de la víspera confiere a mis acciones cierto aire de irrealidad. Es como si la jornada de ayer se repitiera y un doble de mí mismo remedara cada movimiento, intentando ocultar una mueca de burla.

Mis cálculos son justos. No agregué ni corregí nada.

Pasé la tarde redactando el informe.

A las cinco y media oscurece. A partir de esa hora, la fuerza del viento aumenta. Más tarde, cerca de la medianoche, amaina. Una niebla espesa envuelve el islote. Inquietos, los pájaros se revuelven bajo la bruma. Los que anidan aquí —guardianes alados de la Virgen— imponen sus sombras en la sala de piedra.

Me acuesto después de cenar, junto al brasero. Imposible conciliar el sueño. No logro habituarme al incesante ruido de las aves.

Abro el volumen de Coleridge. En la primera página, un ex libris: un reloj de arena y un esqueleto. La Muerte, acodada sobre el reloj, ha dejado su guadaña a un lado y lee ensimismada un libro. Debajo de la ilustración aparece la leyenda Homo viator, y las iniciales W. B.

Leo algunas páginas, lo dejo. No entiendo cómo apareció en mi equipaje. No leo poesía, ni novelas: hábitos ociosos…

Me levanto, preparo café. En el interior del reloj cuelga una llavecita. Doy cuerda al mecanismo, giro las agujas, impulso el péndulo. El reloj se pone en marcha.

Es bueno escuchar algo distinto del viento, el oleaje, las aves, aunque sea el modesto tic tac de un reloj.

Al amanecer, los pájaros se sosiegan. Son las horas más silenciosas, único momento en que puedo dormir.

Dos horas de sueño.

Recién despierto, salgo a estirar las piernas.

Al otro lado del islote es la hora de mayor actividad. Los cangrejos emergen de sus cráteres. Recorren la superficie de piedra, se traban en combates singulares: troyanos y aqueos sobre la llanura de Ilión. Un cormorán emprende vuelo, atrapa un cangrejo, se eleva hasta una altura considerable y lo dejar caer sobre las rocas. El impacto quiebra el caparazón; el ave hunde el pico en la carne.

Sentado en la explanada, paso un tiempo contemplando a las aves alimentarse de esta manera. Después, avanzo hacia el acantilado. Antes de llegar al límite, hacia la derecha, distingo un montículo de piedras y una cruz torcida: la tumba de Evans.

Recordé el relato de Burkhart: había encontrado el cadáver del guardián en la linterna, la cara y los ojos devorados por los pájaros. El capitán decidió enterrarlo aquí, en el islote. Me pregunto: ¿las autoridades del penal no debían certificar el deceso del reo? ¿Bastaba con el testimonio del capitán y la tripulación? Posiblemente. En tal caso, Burkhart no estaba obligado a transportar el cadáver putrefacto al continente. Por otro lado: ¿quién lo hubiese hecho?, ¿con qué sentido?

De cualquier modo, nunca imaginé que estuviera sepultado aquí.

En la cruz, ninguna fecha. Sólo el apellido, tallado en la madera.

Giré para regresar al faro y escuché de pronto un ruido de piedras al deslizarse. Del interior de la tumba emergió un enorme cangrejo rojo.

Más abajo, una lona carcomida, el cráneo blanco del asesino.

Más tarde…

Me llevó un tiempo recuperarme del sobresalto. Hasta aquel momento, Evans era apenas una referencia en el discurso alcoholizado del capitán. El descubrimiento de la tumba lo transformó en una presencia casi real.

La cercanía de este muerto me repugna. No obstante, he convivido con cadáveres en peores circunstancias. No sólo podía verlos, colgando de los alambres o esparcidos en tierra de nadie. También los escuchaba. Los gases de la putrefacción: súbitas flatulencias de la muerte, eructos del más allá. Aquellos ruidos, asociados al rechinar de la masticación de las ratas, colmaban el raro silencio entre bombardeos y batallas. En ese efervescente caldo de corrupción, los muertos conversaban en un dialecto sólo conocido por ellos, imitando el sonido de disparos y detonaciones, gemidos y gritos.

Recordé de pronto un comentario de Burkhart. Como el crimen del naturalista fue de gran interés para la prensa, y ante la eventualidad de que algún periodista se inquietase por la suerte del asesino, antes de enviarlo al faro se cavó en el cementerio de Ushuaia una tumba con su nombre.

De modo que Evans tenía dos tumbas. Exactamente el doble de lo que merece cualquier hombre.

Hacia el ocaso, salgo al balcón de la linterna.

Ningún barco a la vista. Sólo el mar bajo un cielo de plomo.

Preparo más café, intento trabajar en la redacción del informe. El recuerdo del cangrejo y el cráneo disipan mi concentración.

Observo el cuarto de Evans. Desde donde me encuentro puedo ver el armario, una silla. Empujo la puerta entornada, entro por primera vez.

En el armario, encontré lo siguiente:

El libro de bitácora.

Un cuadernillo de la Marina, Nomenclatura de luces.

Un libro de páginas muy manoseadas: Aves del Atlántico Sur.

Un boletín de la Sociedad de Entomología de la República Argentina.

Un artículo de La Société Impériale Zoologique d'Acclimatation, sobre el trabajo del botánico, ornitólogo y embalsamador francés Jules Pierre Verreaux.

Un tratado de divulgación en octavo, escrito por el Cirujano mayor Howard Nash: Embalsamamiento de soldados durante la Guerra de Secesión Norteamericana.

Una caja con recortes de diario.

Dos relicarios que guardan cabellos cobrizos.

Una Biblia.

Una navaja, una lupa rota.

Una brújula y tres pinzas de metal de distintos tamaños.

Una caja o exhibidor con tapa de vidrio con dos dedos de yeso.

Una caja entomológica con una mariposa de alas amarillas y verdes.

Un rosario de cristal.

Un crucifijo.

Una cajita de madera con agujas e hilo de coser.

Dentro de la caja con recortes, envueltas en un paño limpio, doce reseñas sobre el crimen. El archivo personal de Evans, supongo. Ciertos artículos reproducen el retrato fotográfico del asesino: sentado en la corte, durante el proceso; de pie frente a la casa de la tragedia; en una escalera, rodeado de policías. Comprendí que Burkhart había logrado proyectar en mi cerebro una falsa imagen de Evans. Yo había imaginado al asesino corpulento, de abundante barba, hirsuto como un profeta o el guerrero filisteo que daba nombre al faro. El hombre que aparecía en las fotografías, en cambio, era una imagen acabada de la banalidad: bajo, de abdomen abultado, calvo, con gafas redondas. Intenté imaginar a aquel hombrecito asesinando a su esposa y a su hija. No pude. Evans tenía todo el aspecto del infeliz que en la multitud pasa desapercibido, el tipo al que en un teatro o una estación de tren daríamos una propina, confundiéndolo con el acomodador o el mozo de cuerda.

Los artículos siguen todas las instancias de la causa, desde el hallazgo de los cuerpos embalsamados hasta el pronunciamiento de la sentencia de cadena perpetua. Ciertos pasajes aparecen anotados en los márgenes. Los comentarios —escritos sin duda por el propio Evans— constan por lo general de una sola palabra, lacónica y definitiva: Falso, exagerado, incorrecto, impreciso, dudoso…

Junto a estos, había un «Análisis psicológico del asesino», publicado en el periódico La Nación en septiembre de 1913. El artículo está firmado por el Doctor Griphus (en latín, «enigma»), a todas luces una impostura, perpetrada sin duda por algún reportero desvelado o un escritor advenedizo.

Transcribo un fragmento:

[…] A pesar de ser un criminal nato, Juan Evans no responde a las teorías lombrosianas del delincuente. No se observan en él rasgos físicos o fisonómicos que puedan emparentarlo con el asesino corriente, y esto tal vez se deba al simple hecho de que esta bestia no pertenece a esta clase menor, por llamarla de algún modo. Su crimen inaugura una categoría aparte, que ni siquiera Dante, el gran arquitecto del infierno, hubiese podido imaginar. El séptimo círculo, en el que el poeta florentino hundió en un río de sangre hirviente a homicidas y violentos, habría

rechazado al profesor Evans, pues la atrocidad de sus pecados sin duda merece un castigo mayor, mensurable sólo por la Divina Potestad de nuestro Creador.

He asistido a todas las audiencias de su proceso y esas semanas, que difícilmente pueda alguna vez olvidar, han dejado en mi boca un amargo regusto a cenizas, y en mi alma un asco metafísico e indeleble. Este monstruo, que supo desde muy joven disimular su crueldad bajo el inocente sayo del naturalista, se complacía ya en aquel tiempo en disecar animales y avecillas. Más tarde, superponiendo una segunda máscara a la primera —la de respetable padre de familia —, haría otro tanto con su esposa y su pequeña hija.

La absoluta frialdad del asesino, las ocultas aristas de su verdadera personalidad, están más allá de la comprensión de psicólogos, médicos, jueces o abogados. Un chupatintas de los que abundan en el Palacio de Justicia, de esos que a la hora del vermut es posible encontrar acodado al grasoso estaño de alguno de los cafés colindantes, dándose aires de importancia, aseguraba que en la cofradía judicial el «avispero estaba revuelto». Resumía la problemática más o menos del siguiente modo: Evans no pertenece a esa excrecencia foránea que se reproduce en los bajos fondos. No hablamos aquí de ninguno de los dos célebres Cayetanos —Grossi y Godino—, funestos infanticidas, italiano el primero, hijo de italianos el segundo. Que se sepa, el hombre jamás ha intimado con perdularios, cocainómanos, morfinómanos, mujeres de mala vida, jugadores, ladrones o proxenetas. Muy por el contrario, Evans es el resultado típico de ciertas clases acomodadas: un hombre instruido, culto, de buen pasar económico. Sin embargo, este profesor ha cometido los asesinatos más desconcertantes y crueles de la historia criminal argentina. Pero, más allá del crimen y del estamento sociocultural del asesino, lo que de verdad solivianta al público en general es la macabra decisión de embalsamar los cuerpos, como si no alcanzara con haberles arrancado la vida y, en su delirante omnipotencia, la bestia se hubiese sentido obligada a continuar vejándolos, aún más allá de la muerte…

Confieso que, mientras oía perorar de tal guisa al picapleitos, en mi fuero interno sonreía de la candidez de su alma. ¿O debería hablar, quizás, de su ignorancia ramplona? ¿Desde cuándo la instrucción ha sido una barrera moral contra los embates de una monstruosidad desbordada? Basta pensar en los Emperadores romanos quienes, educados en gramática, filosofía, oratoria, griego, geografía, historia o mitología, no dudaban a la hora de incendiar la capital del Imperio o envenenar a sus madres, esposas, hermanos o hijos. Alcanza con pensar en los Borgia o también en aquel noble francés, Gilles de Montmorency, barón de Rais, que luchó en la Guerra de los Cien Años junto a una santa como Juana de Arco; a pesar de gozar de la mejor educación de su época, durante los muchos años que duró su reinado de terror Montmorency martirizó y asesinó a más de mil niños inocentes. O, más cerca en el tiempo, pensemos en los crímenes cometidos por el tristemente célebre Destripador; la pulcritud de sus cortes, su profundo conocimiento de la anatomía humana, convencieron a los investigadores de Scotland Yard de que la mano ejecutora de tales abominaciones era la de un cirujano, sin duda de noble cuna y desde luego muy instruido, perteneciente a la alta sociedad londinense…

No, aun debajo de sus máscaras, Evans es incapaz de ocultar nada. No se trata aquí de un improbable doctor Jekyll, el personaje del novelista Stevenson, quien, mediante una pócima de su invención, convocaba al perverso señor Hyde para que llevara a cabo los actos criminales que su conciencia le impedía concretar. El monstruo que siempre ha anidado en Evans no será jamás domeñado por ninguna medicina ni rama del conocimiento humano, ni tampoco por el temor a Dios, ya que esta criatura ha germinado de la semilla de otro padre: el adversario, el antagonista, conocido por muchos otros nombres que me resisto a escribir aquí. ¿Qué otra explicación queda para dilucidar la parodia a la que sometió a los cadáveres embalsamados de su esposa e hija? Los

primeros agentes de policía que entraron en la casa quedaron anonadados ante la escena de los cuerpos sentados a la mesa, ante el servicio de té, los ojos adormilados perdidos más allá, en los extensos territorios de la muerte. Según el testimonio de los agentes, el responsable de aquella abominación, en mangas de camisa y las manos en los bolsillos, contemplaba la escena con la distancia y frialdad con la que podría haber observado un fósil adherido a una roca. Desde hacía meses convivía con las muertas embalsamadas y declaró más tarde que solía cambiarlas de lugar, sentarlas en la sala, en la cocina, frente al piano sacarlas incluso al jardín, intentando recrear lo mismo que acababa de destruir con sus propias manos: un símil de vida familiar.

Todo está allí, blanco sobre negro, y en este caso «todo» quiere decir «nada», pues, aunque no lo parezca, Evans es un organismo animado por los mismos procesos naturales que cualquiera de nosotros, pero de quien todo sentimiento o censura moral ha huido hace mucho. Los monstruos, no lo olvidemos, no son proclives a la disimulación. Si logran confundirse con sus semejantes no es, a mi juicio, porque dominen el arte del ocultamiento, sino porque nosotros, los seres humanos, somos incapaces de mirarlos a los ojos durante mucho tiempo. Hay algo en la bestia antropomórfica que nos obliga a desviar la mirada; un segundo más tarde los hemos olvidado, no por capricho sino por simple instinto de conservación, pues nadie normal puede soportar el terrible abismo que anida más allá de esas pupilas vacías.

Acompañando a este había otro artículo de muy distinta índole. Publicado en el mismo diario pocos días después del primero, lo firmaba un tal Horacio Quiroga.

Lo transcribo completo:

evans entre los jíbaros

Los periódicos de Buenos Aires llegan a San Ignacio con cierta natural demora. Sin embargo, en lo referente a la crónica policial que por estos días desvela a la sociedad —me refiero, desde luego, a los asesinatos de Evans— dicha afirmación, tantas veces comprobada por los que aquí habitamos, pierde actualidad. Privilegio del naturalista, el Paraná parece acelerar sus motores subfluviales y redoblar la velocidad de su corriente, pues, en la mitad del tiempo que habitualmente tardan en recorrer la misma distancia, acostan lanchones y barcos para vomitarnos su carga de periódicos con noticias «frescas» del crimen.

No se habla de otra cosa. Ni allá, en la ajetreada metrópolis, ni aquí, en este caserío selvático, y más precisamente en el boliche al que acudo algunas tardes, al final de la jornada, a compartir mi soledad con desterrados de todas latitudes.

De pie junto a una mesa, un fantástico animal de cuatro cabezas —Gonzalbo, Brun, Vahdendorp y Denis— examina los diarios recién llegados. No me han visto entrar. Gonzalbo acaba de encontrar un artículo que promete, «Análisis psicológico del asesino», y enseguida comienza a leerlo en voz alta.

A cierta distancia, fumo y escucho. Se trata de un opúsculo previsible, en el que no se ahorran epítetos ni dictámenes morales, y cuyo autor, escondido bajo un seudónimo de pacotilla, imparte al público un curso magistral sobre monstruosidad desde lo alto de una cátedra imaginaria.

Estos desterrados son tipos duros, tallados por los filos de la nostalgia y los agrestes machetazos de la jungla. Han dejado atrás patria y familia, y es posible que alguno de ellos, en su lejana juventud, haya protagonizado también un hecho de sangre. Y, a pesar de todo, se han tragado sin chistar la píldora de veneno. Obnubilados, atentos a la voz lectora del amigo, alguno deja escapar una injuria en la lengua de Goethe o de Voltaire. Yo, por mi parte, mascullo mi indignación en buen criollo. ¡He escuchado bastante! Dejo caer la colilla, la aplasto de un

pisotón, me aclaro la garganta y proclamo:

—Ese monstruo, Evans, me salvó a mí la vida.

Gonzalbo interrumpe la lectura. El fantástico animal gira a unísono sus cuatro cabezas. Brun me interpela:

—¿Qué dice, Quiroga?

Y Gonzalbo previene:

—Ya lo veo venir: Va a salirnos usted con alguno de sus cuentos.

¿Cuento? Bien podría ser uno, pero no lo es. De todos modos, tal como conviene a una buena historia, he comenzado por el final. Es un truco que no falla. Y el auditorio ha mordido el anzuelo. Haciéndome el zonzo, echo más leña al fuego: me acodo en el mostrador, enciendo otro cigarrillo.

—Quiroga, ¿va a hacerse rogar? —se impacienta Gonzalbo.

—Sentémonos —propone Vahdendorp, ofreciéndome una silla.

Nos acomodamos alrededor de la mesa. Denis me apremia:

—¿Y, Quiroga? ¿Cuenta o no cuenta?

Si esto fuera un cuento, comenzaría tal vez así:

«Conocí al futuro asesino en 1908, cuando decidí instalarme en Misiones y empecé a levantar mi casa. ¡Meses de ardua labor! Trabajaba el día entero y, al final de la jornada, después de lavarme y mudar de ropa, me sentaba bajo un urunday con un libro —leer a Kipling en la selva puede ser una redundancia, pero también un privilegio reservado a pocos— de cuya lectura me distraía a menudo el imponente espectáculo del crepúsculo sobre el río».

Y continuaría seguramente de este modo:

«Aquel atardecer, como tantos otros, había dejado el libro abierto sobre mi regazo y hallábame perdido en mis ensoñaciones, cuando escuché ruido del lado del monte. ¿Un mono? ¿Un carpincho? ¿Otra bestia menos amable? Mis armas habían quedado en la casa a medio construir y sólo tenía a mano el machete. La luna llena que subía sobre el río anunciaba una noche muy clara, pero encendí el farol, a tiempo para ver emerger de la picada que lleva a las ruinas, como una aparición, caballo y jinete. El hombre venía flojo sobre la montura, como a punto de caer, y cuando el caballo se detuvo, a pocos pasos de donde me encontraba, el sujeto abrió grandes los ojos y miró alrededor, desconcertado. Ya despierto, aunque no del todo, se apeó de un salto, me tendió la mano y se presentó…»

Me parece escuchar todavía la voz indignada de Gonzalbo:

—Vamos, Quiroga, ya está haciendo literatura. Cuente: ¿Cómo fue que ese infame lo salvó?

Me ceñiré a los hechos.

Evans había estado recorriendo las ruinas el día entero. De regreso al pueblo se quedó dormido sobre la montura, y el caballo había seguido el sendero hasta llegar al claro donde yo levantaba mi casa. Ya era de noche y no soy de los que privan de comida y refugio a un viajero perdido, aunque la mesa sea humilde y el techo esté a medio terminar. Bajo el frondoso urunday, a la luz del farol, compartimos sopa, mandioca y naranjas, conversando de sus trabajos y los míos. Evans venía de pasar varias semanas en la selva, en donde había hallado un par de lepidópteros desconocidos. De uno de sus bolsillos sacó entonces una latita y me la extendió. Abrí el recipiente con cuidado. Dentro, sobre un lecho de algodón, las mariposas parecían a punto de remontar vuelo. Debían medir unos tres centímetros de largo y ambas eran idénticas, salvo por un detalle: las alas de cada una repetían los patrones de color de la otra, pero invertidos. Así, pues, las alas anteriores de la primera eran amarillas y las posteriores verdes; en la segunda la misma pigmentación se repetía, aunque alterada: las anteriores eran verdes, las

posteriores amarillas. Aquel detalle me pareció extraordinario. Había luna llena y se veía muy bien, pero las acerqué al farol y advertí que hasta el trazado de las venas que estructuraban las alas era el mismo en ambas, aunque trocado, al igual que los colores. Enseguida me vino a la memoria aquella frase bíblica que reza «como es arriba es abajo», y al levantar la vista para comentar con Evans la extraña duplicación me topé con el caño de un revólver a escasos centímetros de mi nariz. Recuerdo muy bien que llegué a pensar: «Este loco va a matarme y no sé por qué». Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. Cerré los ojos y me encomendé…, estuve a punto de escribir «y me encomendé a Dios», pero, como diría mi amigo Gonzalbo, estaría haciendo literatura. En un segundo, me atravesaron mil pensamientos distintos, tristes y alegres; recuerdos, sensaciones, olores de la infancia, y si, en un último gesto desesperado, no salté sobre el futuro asesino para arrebatarle el arma, fue sólo porque estaba muy ocupado en la contemplación del pandemónium que se había apoderado de mis sentidos. Entonces escuché la voz de Evans susurrar: «No se mueva». Cerré los ojos. Un disparo…

La detonación me dejó sordo, aturdido. Volví a alzar los párpados. ¡Qué curioso, pensé, todavía estoy vivo! Evans se puso de pie, pasó caminando a mi lado con el revólver todavía humeante en la mano y, un poco más lejos, se inclinó y levantó del suelo una víbora sin cabeza. «Crotalus terrificus, si no me equivoco», sentenció el naturalista, «venía reptando directo hacia usted y muy rápido, se lo aseguro: apenas tuve tiempo de apuntar».

No, Evans no se equivocaba. Lo que colgaba inerte de su mano era una víbora de cascabel, una de las más ponzoñosas de las ocho especies que pueblan nuestro suelo. Mientras el veneno de las yararás (honor a ellas por su fama) obra casi exclusivamente sobre la sangre, el de la cascabel actúa con marcadísima preferencia sobre el sistema nervioso, provocando tumefacción, convulsiones, asfixia y parálisis progresiva.

De esa muerte horrible acababa de salvarme aquel hombre providencial. Desde ese día, no dejo de hacerme preguntas por el estilo: ¿Por qué Evans se quedó dormido sobre la montura, volviendo de las ruinas? ¿Por qué su caballo lo condujo hacia mi casa? ¿Por qué decidió aceptar mi invitación a cenar y pasar allí la noche? ¿Qué probabilidad hay de acertar un tiro a esa distancia, a un blanco móvil y pequeño como la cabeza de una cascabel, bajo la luz de la luna?

Gonzalbo se indigna:

—No hay remedio: Quiroga es un literato y, como la araña, pretende envolvernos en su tela dialéctica…

Agrega Vahdendorp:

—Que lo salvara a usted de la mordedura de una víbora, ¿excusa sus asesinatos y los embalsamamientos?

Los mismos reproches deben estar haciéndome los lectores. Me apresuro a aclarar: los crímenes cometidos por Evans son inexcusables. No obstante, al personaje que acaba de apretar el gatillo para librarme de una muerte atroz de sobra cree conocerlo todo el mundo, lo que, a mi entender, constituye una falacia.

¿Quién pude afirmar, sin sonrojarse, que conoce a alguien? ¿Quién está libre de pecado? Que tire la primera piedra…

En lo que concierne a los íntimos resortes de su alma, lejos está la mayoría de abarcar al personaje, circunstancia que me propongo demostrar si el lector tiene la paciencia de leerme hasta el final.

Sólo los ineptos, los ignorantes o los que detestan pensar pueden deducir del hecho de que Evans embalsamara a sus víctimas un acto suplementario de crueldad, misterioso o alegórico. Muy por el contrario: pienso que, luego del hecho, tal vez incluso mientras lo llevaba a cabo,

Evans se arrepintió y procuró remediar lo irremediable, volver a pegar los pedazos con los pobres medios a su alcance, es decir, conservando los cuerpos y creando con ellos distintas escenas familiares, esos momentos que nunca más volvería a vivir.

De manera que lo que debería haber sido una compleja prueba de remordimiento fue vilmente simplificado y vendido como impiedad, sadismo, crueldad, truculencia y una larga lista de fatales etcéteras… Quizás sea necesario recordar que la primera acepción de la palabra «prensa» hace referencia a una máquina hidráulica provista de dos planchas cuya función es comprimir… Allí han metido la cabeza de Evans y, una vez dentro del artefacto, la han prensando, sometiéndola a un acelerado proceso de achicamiento. ¡Ah, más venenosas que la ponzoña de cualquier víbora son las plumas de los jíbaros! Una vez reducida y explicada, arrojan al «público», ese animal multiforme y obediente, el despojo ensangrentado. Entonces sí, podemos al fin comprender la pequeñez, la abominable crueldad del monstruo, resumida en el contundente mensaje de los reducidores de cabezas: «Evans no es de nuestra especie, Evans no es hijo de Dios».

De nuevo, la noche; el incesante graznido de los pájaros, el oleaje, el viento, el frío.

Procuro no pensar en Evans.

Pienso en Evans.

Lo imagino leyendo los artículos sobre su propio crimen. Anotando, corrigiendo. Prerrogativas del creador ante su obra. Me pregunto: ¿qué pasó en su cerebro en los segundos previos a la decisión definitiva? ¿Fue una resolución meditada? ¿O, por el contrario, resultado de un ataque de locura? ¿Qué lo provocó? ¿Infidelidad? ¿Humillación? ¿Una revelación metafísica, una constatación filosófica?

Declaran los artículos que el drama se originó en el estudio de la casa. Fue allí donde Evans estranguló a la mujer, la primera de sus víctimas. Luego salió a la caza de su hija. La encontró escondida en el interior de un ropero, abrazando una muñeca, y la asfixió con una almohada.

Algunos periódicos sugieren un móvil pasional. Citan incluso el nombre del supuesto amante de la mujer. En sus notas al margen, Evans no afirma ni refuta nada.

En cuanto a los embalsamamientos, la inquina de la opinión pública resulta sorprendente. Tal como afirma el autor del segundo artículo, seguramente haya sido un intento desesperado de volver el tiempo atrás, un vano símbolo de contrición.

Los actos y la vida de Evans me despiertan una curiosidad morbosa. La poca información con la que cuento sólo logra exacerbar esta baja inclinación. Me resulta, lo confieso, inaceptable. Estos pensamientos adquieren, en la soledad del islote, el peso y la solidez de una alimaña. Una rata grasosa, por ejemplo. Apenas asoma intento apartarla ocupándome en cualquier cosa: ordeno las herramientas, limpio el barómetro, lustro las lentes de repuesto, desplazo los muebles (el armario, el catre), friego los vidrios de la linterna. O extraigo del arcón de taxidermia los ojos de cristal y los organizo por colores sobre la mesa; los dispongo en cruces, en rectas, en circunferencias que forman un ojo mayor, múltiple e insomne, en el centro de la sala orbicular.

Círculos.

Círculos dentro de círculos.

Pero los pensamientos regresan. Una y otra vez. Siguiendo la órbita formada por esos ojos. Devueltos por las olas, transfigurados.

Últimamente pienso, sobre todo, en la muerte de Evans.

Sucumbir aquí, solo.

El sonido del mar en los oídos. La luz de la órbita girando frente a sus ojos…

La oscuridad.

14 de julio

Ayer no he tenido ánimo de salir del faro. Tampoco de escribir. Pasé la mayor parte del día recostado en el catre, leyendo de a ratos la Biblia. También he subido a la linterna para escrutar el océano.

He concluido mi misión.

Inactivo, el tiempo se transforma en una sustancia densa: grasa, mercurio. Asentado el inventario de averías, leo, escribo, deambulo por el islote a la espera del barco que me lleve de regreso a la civilización. O al menos a esa forma degradada de civilización que conforman la penitenciaría y las pocas casas que la rodean.

Con todo, cualquier lugar es preferible a esta roca.

Burkhart afirma que Evans pasó años en este sitio, sin jamás regresar al continente.

Admiro su resistencia.

Admiro su obstinación ante el abismo de la culpa.

No conforme con la sentencia de los hombres, a esta agregó la suya propia. ¿Creyó quizá que el peso del crimen y el castigo quedaban así igualados? Tal vez imaginaba el faro como una materialización de sus pecados; y el océano como el abrazo de un dios misericordioso. También es posible que el mar representara todo lo contario: las babas del diablo, la encarnación de una condena insondable. Probablemente existiera una oscilación entre ambas contingencias, controlada por una especie de esclusa metafísica, ajena a su voluntad.

Maquinarias de mortificación del ultramundo.

Y aquí: el mismo horizonte, día tras día. Idénticos trabajos y movimientos. Los pájaros. El viento. Las olas golpeando contra el islote.

Abro por fin el libro de bitácora. Estuve retrasando este momento. Su cercanía me provoca un malestar físico difícil de explicar. Entro en territorio prohibido, como un saqueador de tumbas.

En la primera página, Evans asentó los barcos que avistaba:

Año 1913	Nombre del barco	Bandera	Dirección	Clima
3 de febrero	Plymouth	Inglesa	Norte-Sur	Brumoso
22 de marzo	Saint-Louis	Francesa	Norte	Despejado
5 de abril	Isabella	Italiana	Noroeste	Tempestad
18 de junio	Patagonia	Argentina	Sureste	Despejado
21 de julio	Pactolus	Inglesa	Este	Despejado
17 de agosto	O’Higgins	Chilena	Sur	Tempestad
11 de septiembre	Oslo	Noruega	Norte-Sur	Brumoso
25 de noviembre	Grampus	EEUU	Sureste	Lluvioso

En noviembre de 1914 registró el paso de los buques de guerra alemanes de la escuadra de Von Spee, en dirección a las Falklands («Malvinas», escribe Evans): los cruceros acorazados SMS Scharnhorst y SMS Gneisenau, y los cruceros ligeros SMS Leipzig, SMS Nürnberg y SMS Dresden, que entablaron combate con nuestra flota frente a Puerto Stanley.

Salvo el Dresden, todos fueron hundidos.

Sin embargo, el 22 de mayo de 1915 —varios meses después de la batalla— Evans vuelve a verlos pasar, en sentido inverso. Desde el Leipzig, escribe, le envían con el reflector de señales un mensaje:

Wir fahren zur Hölle

Evans no hace comentario alguno sobre la frase. Quizá desconocía el idioma alemán. Yo, que interrogué prisioneros en el frente, puedo traducirla:

Vamos hacia el infierno

Unos días más tarde, inserta otra nota:

Precedido por un infame hedor a putrefacción, un bote del SMS Nürnberg arribó esta mañana al islote Schouten cargando dos cadáveres a bordo. En la popa, inmóvil, presidiendo aquel ataúd flotante, llegó el albatros más grande y extraño que he visto hasta ahora, pues su plumaje era completamente negro. Los marinos alemanes deben haber derivado en mar abierto durante meses. Por el estado de uno de los cuerpos es evidente que el último sobreviviente practicó el canibalismo. También que el albatros se ha alimentado durante un tiempo de esa carroña. Las caras verdosas de estos hombres están terriblemente carcomidas por los picotazos. Las órbitas de los ojos, vacías.

Los barcos avistados —reales o no— se van espaciando en el tiempo. El registro cesa en abril de 1918. A partir de esa fecha Evans llenó páginas con observaciones sobre pájaros, historias de taxidermistas y de presidiarios, reflexiones personales, recuerdos de sus expediciones.

Transcribo algunos ejemplos:

El albatros negro ha decidido quedarse en el islote. Sin embargo, no anida con la colonia que componen otras aves de su misma especie: cormoranes, gaviotas, gaviotines antárticos, skúas, petreles plateados, dameros, azulados, o el llamado petrel de las tormentas. El albatros negro permanece solo, en lo alto de una de las rocas que jalonan la explanada; desde allí observa, inmóvil, el errático ir y venir de los cangrejos o las ruidosas disputas de los otros pájaros. A la caída de la noche, cuando enciendo el faro, despliega las alas y emprende vuelo sobre el islote. El azaroso revoloteo se convierte poco a poco en un derrotero preciso, una ruta estudiada alrededor de la linterna, en sentido inverso a la rotación del haz de luz que emite el faro. Cada vez que, en su vuelo, atraviesa el rayo luminoso, prorrumpe en furiosos chillidos —risas diabólicas—, como si aquel resplandor fuera la materialización de todo lo que odia.

Abraham Bartlett, el naturalista inglés, tenía un pequeño comercio en las cercanías del Museo Británico. En mis años de estudiante, durante un viaje a Gran Bretaña, visité el local. Se trataba

de una habitación estrecha y alargada como un túnel, cuyos fondos apenas se vislumbraban, repleta de pájaros embalsamados. Los había por parejas, macho y hembra, de las más diversas procedencias y latitudes, de plumajes coloridos, moteados, pardos, blancos, rojos, azulados; y en todos ellos, desconcertantes de una vitalidad artificial, podía reconocerse la mano eximia, la perfección de la ejecución del taxidermista. Quise comprar un ejemplar de Fringilla polatzeki, a lo que Bartlett respondió que sólo los vendía por parejas, y que si deseaba llevarme el macho estaba también obligado a adquirir la hembra, pues debían, incluso en la muerte, compartir el mismo destino. Su requerimiento me pareció por demás extraño, pero acepté y compré ambos ejemplares. La terminación, el brillo de los ojos, el color imperecedero de las plumas de esos pájaros embalsamados denotaban un verdadero trabajo de artista. Aún los recuerdo, posados sobre mi escritorio, en Buenos Aires: macho y hembra, enfrentados, inmóviles, y, sin embargo, henchidos de una energía casi sobrenatural. A veces, en la madrugada, mientras estudiaba a la vacilante luz de la lámpara, tenía la impresión de que se movían. No sé qué habrá sido de ellos. Ojalá alguna mano piadosa los haya arrojado a las llamas. Nada de lo que alguna vez he amado debe subsistir…

El naturalista Johann Heckel habría vivido a gusto aquí, embalsamando peces y pájaros. También el italiano Giacomo Salvi, quien emprendió aquel largo viaje a través de la Pampa, conduciendo la carreta en la que llevaba su laboratorio, siguiendo la cuenca del Río Negro y bajando luego por la costa, atravesando la Patagonia hasta la inhóspita Tierra del Fuego. Salvi se especializaba en un solo espécimen. La carreta iba repleta de liebres embalsamadas; algunas dentro de jaulas, como si aún tuvieran la mágica capacidad de escapar, y otras colgadas del travesaño del toldo. Al sur de Lago Bueno —según me contó él mismo, años después, en Buenos Aires— encontró el cadáver de un selknam en una hondonada. Tenía el cráneo roto y llevaba muerto apenas unas horas. Salvi pasó en el lugar una semana, trabajando sobre el cuerpo. Después lo subió en la carreta, lo acomodó entre las liebres y bajó hasta Ushuaia. Allí embarcó y emprendió el regreso a Buenos Aires. Una tarde, en casa del italiano, vi aquel ejemplar. Salvi lo guardaba en un ropero, en su estudio. No parecía embalsamado sino momificado. Con una risa nerviosa comenté que, de haber estado vivo, hubiese podido exhibirlo en el zoológico. El embalsamamiento, para ser franco, no me pareció nada notable. Era un trabajo chapucero, indigno de un taxidermista. No obstante, admito que las condiciones en las que tuvo que trabajar Salvi estaban muy lejos de ser ideales. El viento, el frío, la amenaza de un inminente ataque de los indios deben haber desarreglado la natural firmeza de sus manos.

Esta mañana, al este del islote, encontré una ballena muerta entre las rocas. Está encajada allí como si se hubiese precipitado contra las piedras con un propósito. El oleaje la mece, pero dudo que pueda arrancarla de su nicho de piedra. Una nube de pájaros se ceba en su carne. Luego llegó planeando el majestuoso albatros negro, ese rey antiguo, monarca de tiempos oscuros: su sombra bastó para dispersar a la alada plebe.

Entre 1862 y 1865, durante la Guerra de Secesión norteamericana, el cirujano mayor Howard Nash embalsamó personalmente alrededor de mil trescientos soldados de la Unión. Los cadáveres viajaban desde el sur —los campos de batalla de Alabama y Mississippi, Georgia y Missouri—, para que los deudos pudieran verlos por última vez. Helados cuerpos dentro de sus ataúdes, desplazándose en la oscuridad, a bordo de largos trenes, o en barcos, hacia los cementerios del norte: a salvo de toda corrupción, perfectos en la muerte, hacia la noche eterna… Con su ciencia, Nash conjuró la industria de los gusanos, fijó la destrucción en un instante

glacial; procuró a los difuntos un lecho limpio y decente, un descanso digno, sin corrupción, perfecto en la noche eterna. Unos meses después del final de la guerra, Nash fue arrasado por una apoplejía. Hasta su muerte, quince años más tarde, estuvo confinado en una cama, incapaz de mover un solo músculo… Embalsamado. El ojo de un dios puede mirar dentro de las tumbas. ¿Lo que el ojo del dios ve debe serle agradable? ¿O prefiere que sus criaturas puedan beneficiarse una de otra, lucrar con la efímera consistencia de la carne? Entre hombre y gusano: ¿merece el primero una dignidad superior a la del segundo? ¿Será dios, también, un gusano?

Todos los gobiernos deberían embalsamar sistemáticamente a sus héroes, estadistas u hombres públicos. ¡Qué gran obra, qué enorme monumento podría construirse para albergar esos cuerpos! Los franceses, con el Panteón, han vislumbrado las ventajas de esta puesta en escena, pero no se atrevieron a llegar a las últimas consecuencias y adoptar el embalsamamiento como una necesaria política de Estado. Aquí, en estas tierras inhóspitas, donde todo está por hacerse (y donde muy probablemente nada se hará) sería sin duda posible. El argentino —bestia dócil y adicta al rigor— que puebla la gran estancia republicana, irá sin protestar donde el patrón le mande; carnívoro por naturaleza, y a falta de carne fresca y nutritiva, consumirá sin protestar la carroña que le sirvan. ¡Levantad los ojos hacia el «Panteón de la Patria»! Los cuerpos serán exhibidos de pie, en ataúdes de vidrio o cristal, con toda la pompa y circunstancia, iluminados convenientemente, y esta simple visión ayudará al engrandecimiento moral del público. Sin embargo, para mostrar la otra cara de la moneda, habrá que crear un segundo templo, de preferencia ubicado frente al primero, pero bajo tierra, al que habrá que designar con adecuada grandilocuencia; lo llamaremos la «Cripta de los asesinos». Los cuerpos embalsamados de estas excrecencias del averno —entre los que me cuento— serán expuestos de manera inversa a la de los héroes, es decir, cabeza abajo, los ojos abiertos. El embalsamador tendrá un especial cuidado al elegir el color de los ojos de vidrio que colocará en la cara del asesino, ateniéndose a los detalles de su crimen. El rojo, el verde esmeralda y el amarillo oro son los colores que se encuentran con mayor frecuencia en los pájaros, y es el rasgo más hermoso y su mayor belleza, por lo que habrá que evitar dichos tintes. Será necesario, pues, establecer un gráfico de referencia que tenga en cuenta el color de los ojos a utilizar, o usar sólo el blanco, lo que agregaría cierta dimensión simbólica a esos rostros purificados ya por la muerte. Yo me reservo, desde luego, un lugar de privilegio en este segundo panteón subterráneo.

Hoy desperté pasado el mediodía, sobresaltado, como si sobre mí se cerniera una amenaza. El viento soplaba con fuerza. La pequeña puerta de la sala de máquinas, que permite el acceso al balcón, debía haber quedado mal cerrada, porque la escuchaba golpear, arriba, una y otra vez. Una luz desvaída entraba por el ventanuco. Me incorporé en el catre y miré alrededor. Estaba sobre el ropero, observándome con sus ojos malignos, el pico acerado como un puñal. En ese instante abrió las alas —eran tan grandes que cada una tocaba los muros de la diminuta habitación, y tan sombrías que, al desplegarlas, cubrió por completo la escasa luz que entraba por el ventanuco— y desde lo alto del ropero se dejó caer hasta el piso. Me cubrí la cabeza con las mantas. Un rato después, cuando volví a asomarme, había desaparecido…

En la penitenciaría, un antiguo puestero de nombre Rojas me contó lo siguiente: cansado del aislamiento y la soledad —su rancho se hallaba casi al pie de la cordillera, a dos o tres días a caballo de las casas—, se llevó a vivir con él a una rumana que levantó de un prostíbulo de Ushuaia. Era una muchacha joven, muy blanca, piel y huesos; tuerta, además, por lo que le salió más barata. Se la llevó al puesto, dijo, y ahí la tuvo todo el verano. Pero, al cabo de un tiempo, la

mujer empezó a resultarle odiosa. El hueco del ojo lo inquietaba. Creía que detrás de la cicatriz mal cosida —apenas una delgada lámina de piel casi transparente— anidaba un demonio y que, desde allí, este lo observaba. Algunas noches sacaba a la muchacha de la casa y la hacía dormir en el corral de las ovejas o en el galpón de esquila. Si la mujer lo miraba con su único ojo le cruzaba la cara de una bofetada. Cuando le servía la comida, Rojas se la hacía probar primero a ella, por miedo a que la hubiese envenenado. Hasta la obligó a chupar la verga de su caballo, sólo para humillarla, me contó. Hacia mediados de otoño la mató. Le clavó el cuchillo en el pescuezo, como hacía con las ovejas, y la enterró detrás del rancho. Se olvidó del asunto. Estuvo un tiempo tranquilo, como si se hubiese liberado de una molestia, como si se hubiese curado de una larga enfermedad. Se ausentaba el día entero, regresaba por la noche. Pero, con las primeras nieves, Rojas empezó a sentirse solo de nuevo. Tenía remordimientos. Iba hasta el lugar donde la había enterrado y, como no sabía rezar ni conocía palabras de ternura, acomodaba piedritas y plumas sobre la tumba. Al final la desenterró, la llevó de nuevo al rancho, la lavó y la acomodó sobre la cama. El cuerpo estaba intacto, a causa del frío. Dormía con ella. Quién sabe qué más haría.

Luego de varias semanas de ausencia hoy ha regresado el albatros. Aún antes del amanecer distinguí el particular sonido de su aleteo alrededor del faro. Al despuntar el sol subí a la linterna. Sus circunvalaciones se iban estrechando en cada giro, hasta que pasó tan cerca que pude distinguir, en su pico rojo de sangre, un pedazo de carne semejante a un dedo. Me pregunto si no lo era. Me pregunto si este pájaro carnívoro no ha encontrado restos de un naufragio, aprovechando la ocasión para volver a alimentarse de carne humana.

El preso que oficiaba como bibliotecario de la prisión se llamaba José María Villegas. Había sido condenado por el asesinato de un usurero al que debía una fortuna. Era un hombre manso, contemplativo —notorio invertido, por lo demás; a lo largo de sus años de condena había sido «mujer» de varios presos—, que pasaba buena parte de su tiempo redactando cartas para solicitar donaciones de libros a distintas asociaciones y particulares. Una tarde en que la nieve caía sin pausa, me contó la historia de su abuelo. Calixto Villegas, se llamaba. Se ganaba la vida como arriero. A los veinte años contrajo nupcias con una muchacha del sur de Córdoba. Cuando a la mujer le restaban apenas dos meses para dar a luz, Villegas partió con un grupo de cinco a llevar una tropilla a una estancia del norte de Buenos Aires. En el camino fueron atacados por ranqueles. Los indios ultimaron a todos sus compañeros. Calixto, que conocía un poco la lengua de los salvajes, se arrodilló e imploró por su vida. Al escucharlo balbucir en su idioma, los indios se rieron y estrecharon el círculo de lanzas embadurnadas ya con la sangre de los otros cuatro desafortunados. Llorando como una criatura, pensando en aquel hijo que nunca conocería, Calixto se puso de pie y empezó a dar saltitos desesperados, agarrándose la cabeza. El capitanejo que lideraba la partida interpretó aquellos movimientos de angustia como una especie de baile; le causó gracia aquel cristiano que prefería humillarse de ese modo antes que morir como un hombre, y decidió llevárselo a las tolderías para distracción de la tribu. Calixto Villegas pasó los siguientes veinticinco años de su vida en el desierto. Oficiaba de bufón y de esclavo. En las bacanales a las que regularmente se libraban los salvajes —que podían durar días y en las que se emborrachaban hasta la inconciencia—, se divertían golpeando al cristiano, haciéndolo bailar o vejándolo de diversas maneras. Toda la tribu, incluso las mujeres y los niños, lo usaban como esclavo o como diversión. Los críos lo apedreaban o lo azotaban con riendas y tientos de cuero; las mujeres lo enviaban a la laguna en busca de agua o lo obligaban a realizar otros trabajos domésticos. La tribu lo encontraba tan útil que todos lo vigilaban con celo extremo, motivo por

el cual jamás pudo escapar. De a poco, Calixto fue convirtiéndose en uno de ellos; bebía, arrodillado en tierra, la sangre caliente del caballo recién sacrificado, se embriagaba, salía a cazar o a robar ganado con sus captores, y, pasados los años, hasta se unió a los malones que asolaban la frontera. La hija de un capitanejo que, a causa de su fealdad proverbial, jamás había encontrado marido entre los hombres de la tribu, terminó por fijarse en él y el cacique lo obligó a tomarla como esposa. Aquella india probablemente era una de las criaturas menos agraciadas del desierto, pero fue la única que lo trató con dulzura y respeto. Tuvieron tres hijos. Los años pasaron. Los salvajes terminaron por olvidar que Villegas era cristiano o quizás este se había mimetizado tanto con sus verdugos que por fin lo dejaron en paz. Podía ir y venir a su antojo, y dejó de ser tratado como un bufón y un esclavo. Al atardecer se sentaba a la entrada del toldo que ocupaba con su mujer y sus hijos. Sumido en una oscura melancolía miraba el horizonte y pensaba en su mujer cristiana y en el hijo que nunca había conocido. En diciembre de 1875, Villegas y sus tres hijos integraron el «Malón Grande», cinco mil lanzas de diversas tribus que asolaron la campaña de Buenos Aires. Los indios fueron vencidos. Los tres hijos de Villegas murieron en las afueras de Azul, y Calixto, al verse rodeado de una partida, recordó sus orígenes cristianos: utilizando casi las mismas tretas que veinticinco años atrás, se prosternó ante los soldados y explicó que era un cautivo y que los indios lo habían obligado a integrar el malón. Fue hecho prisionero y llevado ante la presencia del capitán que había organizado la defensa de esa zona de la frontera. Aquel militar se llamaba Francisco Villegas, y era el hijo que Calixto nunca había conocido. Eran tan parecidos que el parentesco no podía negarse: cualquiera hubiese dicho que el capitán era el símil rejuvenecido y civilizado del viejo cautivo. Como para que no quedase ninguna duda, Calixto contó su historia y citó el nombre de su primera esposa, que el militar reconoció como su madre, recientemente fallecida. Si bien sus deberes filiales le impedían fusilarlo, el capitán experimentó tal sentimiento de vergüenza y rabia hacia su padre que se lo hizo pagar con creces, convirtiéndolo en un espectáculo edificante para la tropa y los pobladores. Lo exhibía como un ejemplo de cobardía, de traición a su raza. De vez en cuando el capitán sacrificaba algún caballo para que todos presenciaran cómo el salvaje se echaba en tierra para abrevar la sangre caliente del animal…

A partir de 1919, aparecen ciertas anotaciones precedidas por una única y enigmática palabra: Visita. Este tipo de observación se da, por lo general, una vez al mes. Las asentó en abril, mayo, junio, agosto, noviembre y diciembre de 1919. Más adelante, sin embargo —en febrero, marzo, abril, mayo, julio, octubre y noviembre de 1920—, la anotación Visita se vaciaba hasta convertirse en una escuálida V, y podía abarcar dos o tres días consecutivos. De esa letra solitaria colgaban, como racimos oscuros, párrafos delirantes: apariciones, voces resonando en el faro, el sonido —«gemido aterrador», lo llama Evans— de la sirena de niebla, manchas de sangre, moscas. Un desconcertante estado de locura, que los rigores de la culpa y la soledad deben haber agravado.

Por ejemplo:

Hoy la visita se ha extendido por más tiempo del habitual. Las moscas se mantuvieron inmóviles, en un ángulo del techo, sobre el reloj: una nube en miniatura. Ruidos, risas, corridas. La estructura del faro ha temblado por momentos, como si el martillo de un dios golpeara el islote. Las vi hacia el atardecer. Difusas, de pie en la escalera de piedra, envueltas en la luz que entraba por las troneras. Llevaban los mismos vestidos que aquel día. Sonreían… El señor es mi pastor. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo. Huellas de sangre manchaban los escalones, los altos ventanucos, los vidrios de la

linterna, la óptica. Vi a la madre caminar por la pared, siguiendo el espiral interior del faro. La hija la siguió poco después…

Más adelante, escribe:

La sirena de niebla se ha activado sola en medio de una noche despejada y cubierta de estrellas. Es un gemido ronco, intermitente, el atroz lamento de un gigante; un sonido que parece brotar de las entrañas del inframundo. Ha resonado, a intervalos irregulares, la noche entera. A la madrugada, cuando salí del cuarto, ambas me esperaban tomadas de la mano, bajo la imagen de la Virgen. Las coronaban diademas de moscas.

Hay sangre por todos lados, sangre y moscas. Las moscas que nacen de la putrefacción. Calliphoridae, Phaenicia, Lucilia caesar. En Babilonia, donde vivió y copuló la Gran Prostituta, las moscas aparecen como amuletos o como dioses: Baalzebub, El Señor de las Moscas. La metamorfosis de las moscas ya era conocida en el antiguo Egipto. Un papel encontrado en el interior de la boca de una momia contiene la siguiente inscripción: «Los gusanos no se volverán moscas dentro de ti». Escucho la música de las moscas, la poesía de la putrefacción: Calliphoridae, Phaenicia, Lucilia caesar, Sarcophagidae, Silphidae, Staphylinidae, Histerida, Necrophorus humator, vespilloides, vestigator, Necrodes littoralis…

La madre es cruel y más turbia que su hija. Aparece apenas como una mancha sin rostro. Las moscas le obedecen; las guía con gestos estáticos, mesurados, y ellas responden ejecutando extrañas danzas en el aire, formando efímeros dibujos, una corona sombría alrededor de la cabeza de la Virgen, signos de un idioma que no me ha sido dado comprender. A veces aúlla. A veces el sonido que brota de su boca es el de la sirena de niebla. Otras, es el grito que quedó resonando en mis oídos cuando la maté. Últimamente, la sirena de niebla reproduce ese mismo grito a intervalos regulares. El terror me condena a mi cuarto. Por algún motivo, ellas no pueden trasponer este umbral. Las escucho murmurar, reír detrás de la puerta, o caminar arriba, en la linterna. Permanezco aquí horas, a veces días, hasta que deciden partir.

15 de julio

Nada que señalar. Sin noticias del Wulaia.
Niebla y llovizna. Releo las notas de Evans.

16 de julio

Poco antes de las seis de la tarde se desencadena una tempestad. Olas desmesuradas golpean el islote, viento huracanado se arremolina alrededor de la estructura. Me invade un terror antiguo, el mismo que deben haber experimentado los hombres primitivos ante la furia de los elementos.

Me encierro en el cuarto. Los muros parecen temblar. El ruido es inconcebible, como el diluvio de hierro que se abatía sobre las trincheras.

La noche avanza y la tempestad no cede. Me viene a la memoria el Libro de tormentas de la Compañía. Se llamaba así, de manera oficiosa, a un registro de tapas duras, de motivos verdes y ondulados como los fondos marinos. El libro se encontraba (allí debe estar todavía) en el despacho de mi mentor, sobre una mesa junto al globo terráqueo. En él se asientan, desde tiempos remotos, las desapariciones en los faros de la Northern Lighthouse Board. Abrirlo significaba asomarse al abismo, espiar las actas del Demiurgo. Al pasar sus páginas bramaban océanos y vientos. Un vasto cementerio marino. Muertos sin cuerpo, destrozados por los obuses

del mar. Faros, nombres y fechas se sucedían, en una escritura de tipo telegráfica. Por ejemplo: Faro de Eilian Mor, islas Flannan, Marshall, Ducat y McArthur desaparecen el 6 de diciembre de 1900, sin dejar rastro. Faro de Faire Isle North, isla Faire, William Craig, desaparecido, 22 de febrero de 1902. Pero la anotación que más recuerdo —tal vez porque, siendo todavía un niño, conocí al protagonista, una tarde de verano en casa de Mr. Stevenson— es la del ingeniero Winstley: en 1903, a pocas millas marítimas de Plymouth, el faro que supervisaba fue arrancado de sus cimientos por una tormenta y arrastrado a las profundidades, llevándose al hombre con él.

El miedo fue empujándome a un estado casi de letargo. Permanecí horas tumbado. Temía que el faro se desplomara, sepultándome. De pronto, con un bramido sordo, una ola gigantesca golpeó la estructura. Me encontré en el suelo, empapado y desorientado. El agua se escurría hacia la trampa abierta y bajaba por la escalera llevándose ollas, cubiertos, latas, sillas, el reloj de pie, algún pájaro embalsamado, ropa, los ojos de cristal que había dejado sobre la mesa y otros objetos indiscernibles. El viento vapuleaba la puerta del faro, como si fuese una tabla de madera y no una pesada plancha de metal. Corrí escaleras abajo. Apuntalé la puerta con barriles vacíos y la carcasa del reloj destrozado. Una segunda ola se abatió en ese momento contra el edificio. Al retirarse, el agua dejó sobre los escalones una constelación de medusas y peces moribundos. Reparé en la cruz confeccionada con dos costillas de ballena. La descolgué del muro y terminé de apuntalar la puerta. No podía dejar de pensar en la grieta en la base del faro. La torre podía bascular de un momento a otro.

El viento sopló la noche entera. Todo está empapado. Ropa, mantas. El carbón, arruinado también. No encuentro el libro de bitácora del faro, que contenía las anotaciones de Evans y los artículos sobre el crimen. El agua debe habérselo llevado. Si la libreta donde escribo estas notas se salvó de correr la misma suerte fue sólo porque la guardaba en el bolsillo interior de mi abrigo. Los libros (la Biblia y el tomo de poemas) que había dejado en el armario están intactos.

Por la mañana, el sol asoma apenas detrás de las nubes. Saco afuera ropa y carbón para que se sequen.

Tengo las manos y los pies agarrotados. Mi escritura temblorosa se vuelve extraña, desconocida, como si otro redactara las frases. A pesar de todo, escribir me mantiene ocupado. Escribir y caminar alrededor del faro. Un condenado en una celda a cielo abierto.

Cerca del mediodía las nubes se abren. Me siento al sol, al otro lado del islote, en la explanada de los cangrejos. Un rastro de vapor se eleva de mi ropa húmeda. Me percato de pronto que la tumba ha desaparecido, sin duda arrasada por la tempestad.

Los huesos de Evans deben yacer en el fondo del mar.

Me he quedado dormido al sol, importunado por el chillido de las aves. Estas horas de descanso me han hecho bien. La ropa está casi seca.

Por la tarde, las nubes cubren otra vez el cielo. Es hora de entrar al faro y ordenar el pandemónium que dejó la ola. Al atravesar la puerta veo los restos del reloj. En la escalera ollas y ojos de cristal, pescados, el pájaro embalsamado.

Cargo el reloj a mi espalda y subo. Escucho tintinear pedazos de vidrio, piezas sueltas. Tal vez pueda repararlo. Vuelvo a bajar para recuperar el resto de las cosas.

17 de julio

Dormité apenas. A la falta de descanso se agrega un dolor profundo detrás de los ojos, cierta

sensación de ahogo cuando respiro. Al toser, vuelvo a encontrar sangre. No sucedía hace tiempo. Hasta el sol parece enfermo esta mañana; roe indeciso el islote sin dejar tibieza alguna en el aire.

Creo que he soñado algo significativo: no recuerdo qué.

Voy a la cocina a preparar café. De los tres cuchillos que dejé ayer junto al fogón de hierro, sólo hay dos. Estaban aquí. Dispuestos de mayor a menor. Busco el cuchillo que falta.

Nada.

Pienso en ese cuchillo. Un cuchillo con mango de asta.

Mientras preparo el café hago un recuento de provisiones. Dos latas de conserva, un trozo de cerdo salado, una bolsa de galletas húmedas. Advierto que he estado consumiendo mis víveres a un ritmo normal, sin pensar en las provisiones perdidas al desembarcar. Di por sentado que mi estadía sería breve, cuando probablemente se alargue más de la cuenta.

Me siento estúpido, ridículo. Esta falta de previsión —esta manera irracional de comportarme — no se condice con mi personalidad. Soy un hombre sensato, metódico. No obstante, en este caso, he pecado de desidia o de algo peor. No encuentro excusas para mi conducta.

Un breve análisis me lleva a la siguiente conclusión: consumidas las provisiones, siempre podré alimentarme de pescado, cangrejos, pájaros. El agua, sin embargo, es un tema aparte. Desde este momento será necesario racionarla. No más errores.

Me siento a la mesa con un jarro de café, frente a las piezas del mecanismo del reloj que acabo de desarmar. No sé si seré capaz de repararlo. Lo intentaré más tarde. Lo más importante ahora es hacer una lista de víveres. Mientras escribo, Evans desciende de la linterna con un trapo manchado de sangre y el albatros negro muerto entre los brazos.

Su voz me sobresalta:

—Anoche estuvo girando durante horas alrededor de la linterna. En un momento quiso entrar y se reventó la cabeza contra el vidrio.

—¿Sucede a menudo? —pregunto.

Evans se encoge de hombros. Se sienta bajo la imagen de la virgen, el pájaro sobre su regazo, el lánguido cuello colgando.

—A veces —dice.

Tomo un sorbo de café. Evans acaricia el plumaje del ave.

—He completado la inspección —comento.

Intento ponerlo al tanto de los desperfectos que carcomen la estructura. Evans parece muy lejos, más allá de mí y de las cosas que lo rodean; más allá, incluso, del pájaro que de pronto parece una niña envuelta en un vestido de luto.

Me interrumpe para decir:

—Cuando se estrellan contra la linterna tengo que limpiar los vidrios. Si el golpe no los mata, quedan en el balcón, agitando las alas, boqueando.

Evans saca del bolsillo el cuchillo con mango de asta. Corta sin dificultad la cabeza del ave. Deja caer el cuerpo, se pone de pie, avanza hacia a la cocina. Sobre una piedra plana, afila el cuchillo.

—Lo mismo sucede cuando me visitan —desliza la hoja sobre la piedra, de un lado primero, del otro después—. Corren envueltas en nubes de moscas, dejan huellas de sangre en la escalera, en los picaportes, en las lentes de repuesto, y paso días intentando limpiar la sangre…

No puedo dejar de mirar sus manos. Sus dedos acarician la hoja.

—Son como pájaros que hubiesen logrado entrar y volaran ciegos dentro del faro, aleteando enloquecidos, golpeando contra las paredes…

—¿Quiénes? ¿Quiénes son como pájaros? —pregunto.

Evans sonríe. El albatros muerto, en el suelo, se ha transformado de pronto en una serpiente sin cabeza que repta, ciega, por todos lados.

Abro los ojos. De nuevo estoy solo. Me he quedado dormido sobre la mesa, entre las piezas dispersas del reloj, junto al jarro de café ya frío y la lista de víveres, incompleta…

El recuerdo del sueño se resiste a desaparecer. Lo transcribo enseguida en mi diario.

Más tarde

Anochece. Encuentro el cuchillo a los pies de la virgen, dentro del nicho que la resguarda. No recuerdo haberlo dejado allí, pero soy el único que pudo hacerlo.

Intento ensamblar el reloj. Es un rompecabezas demasiado complejo. Continuaré mañana.

Subo a la linterna. Aún no he visto un solo barco en estas latitudes. Nada, salvo el mar encrespado y gris.

Un albatros gira alrededor del faro.

Un albatros negro, igual al que describe Evans en sus notas.

Las nubes están tan bajas que las olas parecen lamerlas.

Más tarde…

Cae una nevisca sesgada. Leo el libro del profeta Samuel, último de los Jueces de Israel, profusamente anotado por Evans en el episodio de Goliat.

Este pasaje parece haberlo obsesionado.

¿Qué es lo que lo atraía de esta historia?

El otro Samuel, Coleridge, me procura también algunos momentos de distracción. La poesía en general no me entusiasma. Admito, sin embargo, que la historia del viejo marinero y el albatros y el barco que navega hacia el infierno es una lectura acorde al lugar. De todos modos, sigo sin entender qué hacía este libro en mi equipaje. Sé que, hasta último momento, tuve la esperanza de que la Compañía anulara mi misión. Al ver frustradas mis expectativas, tuve que preparar mi equipaje apresuradamente, de madrugada. Con la prisa, he trastocado los libros, pues mi intención era llevarme el volumen de análisis matemático de Hopkins. Mea culpa. Soy un hombre práctico, metódico. Las morbosas fantasías de poetas y novelistas siempre me han dejado impasible. Recuerdo que Mr. Eddington, profesor de literatura en el internado de Edimburgo, tenía a Coleridge en muy alta estima, y durante horas nos machacaba y aturdía con sus versos. En lo que a mí respecta, Samuel —cuya notable adicción al opio no era un secreto— nunca me ha procurado ningún placer en particular. Siempre lo he leído más bien obligado por las circunstancias…

El sueño sería bienvenido. Temo no poder dormir.

Pasada la medianoche la nevisca cesa. El firmamento se abre. Miles de estrellas horadan la oscuridad. El océano está en calma. Sobre la superficie del agua cada astro aparece duplicado.

Tengo la sensación de flotar entre dos cielos.

He pasado horas en la linterna. Me ha costado mucho arrancarme a la sensación de vértigo que provoca contemplar el infinito…

18 de julio

Esta mañana he sufrido un accidente estúpido. Había pasado la noche en vela y salí del faro

con la esperanza de detectar alguna señal del Wulaia. Una bruma espesa ocultaba el mar. Me acerqué a la escalera tallada en la roca. Detrás de la niebla, me pareció detectar una masa en movimiento. El barco, pensé. Giré y corrí hacia el faro, con la intención de confirmar mis sospechas desde lo alto de la linterna. En ese instante una imprevista ráfaga de viento —williwags, los llamó Burkhart— me embistió de frente, haciéndome trastabillar. Resbalé en la pendiente escarchada. Al caer me golpeé la cabeza y perdí el conocimiento.

Volví en mí aterido, rodeado de pájaros. Tenía un tajo profundo en la región occipital y un dolor agudo en las costillas. Ningún hueso roto.

Miré hacia el mar. Desgarrando la bruma, a pocas yardas de distancia, avanzaba con lentitud una gigantesca mole de hielo. Silencioso y aterrador, el témpano derivaba como un buque fantasma. Los pájaros que me rodeaban levantaron vuelo. Vi la sombra del albatros negro. Apenas tuve tiempo de cubrirme. Una feroz andanada de picotazos cayó sobre mí. Intenté ponerme en pie. El peso y la furia del ave me lo impidieron. Para proteger mis ojos apreté la cara contra el suelo y llevé los brazos hacia atrás. El ave evitaba mis manotazos, hundiendo el pico en mis brazos y sus garras en mi espalda, abriendo y rajando la piel. Me arrastré hacia el faro. Cerca de la puerta encontré una roca. Aferré la piedra, me di vuelta y descargué un golpe en la cabeza del albatros. El impacto lo aturdió. La bestia abrió las alas e intentó elevarse, pero sólo consiguió aletear y alejarse un poco. Libre de su peso, pude refugiarme en el faro.

Permanecí un tiempo apoyado contra la puerta, confundido, ensangrentado. La ascensión de la escalera me parecía un trabajo superior a mis fuerzas. No obstante, con lentitud y deteniéndome con frecuencia, logré izarme hasta arriba.

Lavé mis heridas, corté una camisa, vendé mi cabeza.

Antes del anochecer subí a la linterna con los binoculares.

Tenía la vaga idea de que los témpanos eran blancos, opacos. Este, en cambio, era de un azul desconcertante, casi transparente. En el interior del hielo detecté una sombra alargada y oscura. Parecía un cuerpo en posición horizontal o tal vez un pedazo de madera, resto de algún naufragio de siglos pasados. Cuanto más observaba la curiosa mancha, más similitudes le encontraba con un cuerpo humano. Un muerto atrapado en su gigantesco ataúd de hielo.

¿Cómo habría llegado allí?

¿Era un salvaje de aquellas latitudes? ¿El desafortunado marino de alguna expedición antártica?

Un cadáver nómade en la profundidad helada…

Al bajar los binoculares advertí, reflejada sobre la cara azul del témpano, la imagen tenue del faro.

Me quedé dormido en la linterna. Tuve un sueño tan vívido como el de anteayer. Me encontraba en Edimburgo, en la oficina de reclutamiento. El oficial a cargo del papeleo no era escocés, ni inglés, sino alemán. Tenía ojos de rata. Después de firmar los papeles el oficial me señalaba una puerta a sus espaldas y gritaba:

Wir fahren zur Hölle, Wir fahren zur Hölle…

Cuando desperté, hace un rato, ya era de noche. Ateniéndome al racionamiento, comí muy poco, pero me permití dos jarros de agua. En mi reserva sólo queda: una tajada de cerdo salado, una lata de conservas, algo de azúcar y café, media botella de aguardiente, un cuarto de barril de agua. Eso es todo.

Me duele la cabeza y el costado derecho late, como si allí, entre las costillas, hubiese crecido

un segundo corazón.

El frío me entumece los huesos. El viento ulula en las troneras, se enrosca en la escalera como un animal invisible. Intenté encender unos trozos de carbón, sin resultados. Rompí una de las sillas. Hice un fuego miserable en el brasero. Quedan dos sillas más, los armarios, la mesa, el reloj, los tablones que recubren el suelo, algunas cajas y barriles. La madera se consume rápido, pero es la única fuente de calor con la que cuento.

19 de julio

El frío me despierta antes del amanecer. Preparo café. Agrego aguardiente al jarro.

El desasosiego alarga la mañana. Intento reconstruir el reloj. Desisto. No tengo herramientas adecuadas. Y, aunque las tuviera, el mecanismo me desconcierta y pone a prueba mi paciencia. Dejo las piezas sueltas dentro de la maquinaria, cierro el cuadrante, devuelvo el reloj a su lugar.

En ese momento, cae un panel lateral; detrás, hay un rollo de papel.

Lo despliego sobre la mesa. Es un plano del faro. Luego de un breve examen advierto que, en este segundo documento, las medidas generales difieren de las del original, que acompañaba el informe del ingeniero Bustos. La escritura inconfundible de Evans señala zonas inexistentes en la estructura, cuartos y salas imaginarios, bifurcaciones en la escalera helicoidal, depósitos ficticios. Flechas rojas señalan sectores oscuros, pozos de sombras, rutas invisibles. Hay fechas marcadas al margen, un registro de horas, latitudes y longitudes imposibles, símbolos geométricos: círculos, triángulos, rombos, triángulos dentro de círculos.

También algunas observaciones como las siguientes:

-Dirección que los espíritus siguen al amanecer.
-Intervalos de oscuridad. Ocultaciones.
-Asmodai, Samael, Taumiel.
-Intervalos de oscuridad de igual duración; séptimo, octavo, octavo.
-Largos intervalos de oscuridad; moscas…

Quizás a causa del golpe siento menos apetito. No deja de ser una ventaja. En contrapartida, sed permanente. Una sensación de sequedad que quema la garganta. Esto me trajo el recuerdo de una tarde en el frente. Regresábamos de la primera línea, arrasados por la sed. Al pasar frente al matadero, escrito con carbón junto a los portones abiertos del galpón, leí las siguientes palabras:

windsor palace

Hombres con delantales de hule mataban reses a mazazos. Cuando los animales se desplomaban, los carniceros clavaban sus cuchillos en los cogotes, imprimiéndoles al mismo tiempo una torsión. De las bestias manaban borbotones humeantes. La sangre corría sobre el camino por donde pasábamos. Uno de los soldados de mi compañía se dejó caer de rodillas y bebió de esa sangre espesa, caliente. Hurgando en una montaña de grasa, vi una rata del tamaño de un gato.

El viento se arremolina en la escalera.

Escucho ruidos, arriba. Pájaros que aletean contra los vidrios de la linterna, o que caminan sobre el techo de metal.

Recuerdo también la cabeza.

Los cañones alemanes habían enmudecido. En el inesperado silencio de aquella tarde

lluviosa resonó de pronto un único disparo de obús. Cayó unos metros delante de nuestra posición. Cuando la nube de humo y barro se dispersó, vi a mis pies una cabeza. Los ojos se abrían y cerraban, giraban sin comprender; por fin quedaron fijos en el cielo. Era Phillipott, un muchacho recién llegado. No debía tener más de veinte años. El corte, de una extraña precisión, fue provocado por un trozo de metal que encontré más tarde clavado en una viga. Tenía el largo aproximado de una bayoneta. Había volado horizontal, evitando todos los obstáculos en su camino, en una dirección muy exacta. Aquel muchacho estaba impaciente por entrar en combate. No disparó ni siquiera una vez. El cuerpo quedó de pie, las piernas hundidas en el barro hasta las rodillas, las manos aferrando aún el fusil.

Alguien comentó:

—El centinela sin cabeza.

Y enseguida se escuchó una risa nerviosa.

Al anochecer nos ordenaron pasar a la segunda posición. El cuerpo seguía allí, de pie, vigilando la nada.

Recuerdo seis ataúdes en una iglesia. Los cajones de delgadas tablas sobre el piso de piedra. La sangre empezó a salir de los féretros (varias palabras ilegibles) un enorme charco.

Recuerdo otro ataúd en el que sólo había una pierna.

Espesas nubes de sangre sobre las trincheras. Hombres volatilizados.

Los carteles hacia la primera línea indicaban: Gehena, Ripper's Coffin, Skeleton Trench…

Escuchábamos a los gusanos trasegar. El chillido de las ratas.

Caos. Cadáveres insepultos. Un caldo de podredumbre en el fondo de los cráteres.

Hombres olfateando como perros, rastreando signos de gas.

Más tarde…

Desde ayer no logro dormir. Dormito apenas, vuelvo en mí sobresaltado. A través del alto ventanuco del cuarto entra un rayo de sol. Oblicuo, casi sólido, cae sobre las cenizas heladas del brasero.

Estas últimas horas han sido benéficas para mi cuerpo maltrecho. El dolor en las costillas se ha convertido en un latido acompasado. La cabeza ya no me duele. Siento todavía un leve mareo.

Las heridas provocadas por los picotazos, en cambio, siguen sangrando. Las limpio y cambio regularmente los vendajes por temor a que se infecten.

Noche. Como una tajada de cerdo. Las dos latas de porotos que me quedaban están en mal estado. Imposible rescatar nada.

A partir de mañana tendré que pescar o cazar.

Los cangrejos de la explanada son presas fáciles. También puedo recolectar huevos. Hay nidos entre las rocas.

Bebo medio jarro de agua. La sed sigue atormentándome. Me permito un jarro más y unos sorbos de aguardiente.

Horas recostado en el catre, sin poder conciliar el sueño.

20 de julio

Amanece soleado. Nubes blancas se deshilachan en el cielo.

Retiro los vendajes sucios de sangre seca. Vuelvo a limpiar las heridas.

Cerca del mediodía duermo por fin algunas horas. Soñé con un largo corredor de paredes

estrechas. Con un capellán entre las ruinas de una iglesia. El lugar estaba sembrado de estatuas acribilladas. Mirando el cielo a través del tejado a medias derrumbado, el sacerdote repetía: «… destruye todo lo que tiene y no te apiades de él; mata a hombres, mujeres, niños…».

De la sala me llega de pronto el sonido del reloj. Sé que es imposible. El mecanismo es un cúmulo de piezas retorcidas, dispersas. Y, sin embargo, el sonido persiste. Intento ponerme de pie. Me derrumbo en el catre. Lo intento de nuevo. Esta vez logro alzarme sobre mis piernas y avanzo hacia la sala.

El reloj, desde luego, no funciona. Debo haberlo imaginado.

Necesito salir del faro, tomar aire. Pensando en el albatros, llevo mi revólver y un cuchillo.

Bajo la escalera. Mis dedos rozan las cruces adosadas al muro. Abro la puerta. El viento frío me reanima. Camino alrededor de la torre. En mi recorrido encuentro un enorme cangrejo rojo: un explorador que abandonó la explanada de piedra, del otro lado del islote. El cangrejo abre y cierra las tenazas. Una defensa inútil. Podría hervirlo y comerlo. Recuerdo entonces el cangrejo emergiendo de la tumba de Evans. Tal vez sea el mismo. Escucho el crujido del caparazón bajo mi pie.

El resto de la tarde lo paso recostado. El tiempo gotea con lentitud exasperante. Me preocupa el agua potable. El terror a la sed ocupa mis horas. Intento convencerme de que Burkhart vendrá a rescatarme antes de que la situación se vuelva crítica, pero quién sabe…

Decido construir un dispositivo para recolectar agua de lluvia. Una simple estructura de madera, capaz de sostener un rectángulo de lona y un recipiente debajo. Antes del anochecer, he instalado siete de estos artilugios: tres en la linterna, los otros en distintos sitios del islote. Me pregunto si, llegado el caso, podría subsistir bebiendo sangre de pájaro.

Parece improbable. Sin embargo, si no llegara a llover…

Hacia el ocaso, iluminados por los últimos rayos de sol, veo a lo lejos los chorros de una manada de ballenas. Se alejan hacia el sur.

El albatros negro gira alrededor del faro. Sé que me ha detectado. Soy una sombra detrás de los paneles de vidrio de la linterna. Su vuelo circular se estrecha aún más, como si quisiera asfixiarme con sus alas. En cada circunvalación su ojo izquierdo parece abismarse en un odio antiguo, casi sobrenatural.

He decido matarlo.

Le cortaré la cabeza.

Más tarde…

Me he quedado dormido en la linterna. La oscuridad es total. No hay luna, ni estrellas. Algo me despierta. Un sonido lejano, intermitente. Aparece y desaparece, empujado por el viento.

Creo que acabo de oír música.

El viento silba entre los paneles de vidrio. Vuelvo a escuchar lo mismo. El inconfundible fraseo de un clarinete. La música vuelve a desaparecer. Un monótono ronroneo de máquinas. De improviso, detrás del oleaje, desgarra las tinieblas un transatlántico. Un coloso de tres chimeneas, con todas las luces encendidas iluminando la noche. En la proa se lee: SS Leviathan. Pasa tan cerca que es casi un milagro que no haya colisionado con el islote. En la cubierta principal distingo a los músicos de la orquesta. También hombres y mujeres bailando un dixieland. Otros, apoyados contra la baranda, beben, fuman, conversan. Suenan trombones y trompetas, un clarinete, un piano. Hacia proa, tres marineros acompañados de un oficial escrutan

la noche, sin percibir la cercanía de la roca que emerge de las aguas. Una risa femenina se eleva un instante y vuelve a desvanecerse. El contraste entre el paquebote y el lúgubre aislamiento del faro es inconmensurable. Nadie parece haber advertido lo cerca que han pasado de la catástrofe. El SS Leviathan se aleja, dejando una estela evanescente de música y risas.

Las tinieblas lo devoran.

21 de julio

Al amanecer salgo con los binoculares al balcón. Busco, hacia el oeste, rastros del transatlántico. Nada. El horizonte vacío, como siempre.

Más tarde recorro el islote. No ha llovido. Tampoco hay rastro del albatros.

En la explanada, oculto entre unas rocas, descubro un nido con tres huevos. Los guardo en el bolsillo de mi abrigo.

El resto del día pasa sin novedades.

22 de julio

Una noche más sin dormir. A la madrugada me sobresalta el chillido de un pájaro que parece un grito humano. Después nada más.

Escucho de nuevo el reloj. El péndulo oscilando a una velocidad anormal, lentamente, como si se viera afectado por una fuerza invisible. Por momentos se detiene y vuelve a arrancar. Resuena con claridad en el interior del faro. Sin embargo, el reloj sigue detenido.

Regreso al cuarto. Cierro la puerta.

En ese momento percibo el olor ineluctable de la putrefacción.

Un susurro: Ingeniero…

Sé que no estoy (varias palabras ilegibles) rayo de sol entra por el ventanuco. Debe haber sido el viento por debajo de una puerta.

El viento, sin duda el viento. Pero el olor…

¿Proviene de arriba? ¿Algún pájaro muerto en la linterna?

Tendré que ocuparme de eso también.

Más tarde…

Subo a la linterna. Tengo que deshacerme de ese pájaro que se pudre en algún lugar. Hurgo con la luz del farol por todos lados, incluso debajo del motor de rotación de la óptica: nada.

Bajo de nuevo. Me siento a la mesa. En el aire noto todavía rastros de ese olor nauseabundo. Advierto de pronto que la caja que contiene los ojos de cristal está abierta. Mientras me hallaba en la linterna, alguien ha utilizado esas gotas de vidrio coloreado para formar una palabra:

Deutschland

No puedo explicar (varias palabras ilegibles).

Pasa una hora, tal vez dos.

Me envuelven estos muros circulares. El viento. Y el oleaje que adquiere, por momentos, la estructura de un cilindro, de una prisión líquida.

No quisiera proponer conjeturas apresuradas. No obstante, queda claro que esta situación escapa por completo (varias palabras ilegibles). Es evidente que sufro de pérdida de memoria. O de algo peor. Algún tipo de desorden instalado en mis percepciones, consecuencia del accidente

sufrido días atrás.

Vuelvo a la sala. El péndulo se ha detenido.

Los ojos de vidrio están dentro de la caja.

23 de julio

Otra noche sin dormir. Quemo los últimos muebles en el brasero. Aterido, huelo, en oleadas, el vaho ponzoñoso que se cuela por debajo de la puerta.

Por la mañana subo para revisar el lugar una vez más. No encuentro nada que pueda ser el origen del hedor que inunda la torre.

Tomo un jarro de café. Salgo del faro. Camino hasta el acantilado. Los cangrejos se desplazan con una lentitud anormal. Un poco más lejos, detecto algo en el suelo.

Es una palabra formada con piedras:

Deutschland

Regreso al faro, subo las escaleras. Al entrar en la sala los efluvios me golpean. En su nicho de piedra la virgen tiene un aspecto peculiar. Adosados a su cara hay ahora dos ojos de pájaro, amarillos, fijos en mí.

Me encierro en el cuarto.

Debo dejar constancia de estos sucesos. Soy un hombre racional, metódico. Los detalles son importantes. En mi actual condición, estas alucinaciones (varias palabras ilegibles) causa del golpe y la falta de sueño.

Hace dos días que no duermo.

Escribir es mi única actividad, la manera de (varias líneas ilegibles) mientras pueda hilvanar una palabra con otra.

Entonces escucho, del otro lado de la puerta:

—Ingeniero…

Unos instantes de silencio. Después, la misma voz:

—Ingeniero, ¿sabe usted por qué ha venido a dar aquí?

Pasos, más allá de la puerta. Ese olor fétido…

—¿Nada que reprocharse? ¿Ninguna oscura mancha en su pasado?

Silencio.

—El albatros negro devoró mis ojos.

El olor…

Al cabo de un rato, de nuevo el mismo susurro:

—Ingeniero, ¿sabe usted por qué ha venido a dar aquí?

Más tarde, aún de noche…

Me llamo Bradley. Ingeniero David Bradley. Teniente de reserva. Regimiento de Escoceses de Londres. 56° División. Herido (gaseado) durante la batalla del Somme, 1917.

Soy un hombre racional, metódico. Un hombre disciplinado.

Situación: islote Schouten.

Ubicación: estrecho de Le Maire, 54° 38’ 17’’ de latitud sur y 64° 51’ 28’’ de longitud oeste, República Argentina.

Inspección: faro El ojo de Goliat (o Goliat).

Circunstancias: visiones y voces resultado de un golpe en la cabeza, accidente producido días atrás.

Ahora me siento mejor, aunque sospecho que no podré dormir.

Amanece. Una espesa cortina de niebla rodea el islote.

No sé qué día es hoy. Tampoco tiene importancia. El tiempo, tal como lo experimenta la mayoría de las personas (el lento transcurrir de segundos, minutos, horas, días) no cuenta en un lugar como este.

He descuidado el informe que se me había encargado. Remediaré este desliz. A partir de este momento, me atengo a la redacción de un segundo informe, más exhaustivo (e inasible) que el primero.

Será este un informe sobre el estado de mi alma…

Segundo informe (relativo a cierto desarreglo espiritual):

Antes que nada, deseo presentar mis excusas a los miembros de la comisión, Jueces de Israel: si algo en mi comportamiento o en el modo en que he llevado adelante mi misión (varias palabras ilegibles) retractarme de esa ofensa, real o imaginaria. No tolero la improvisación. Mis antecedentes —inspector de la Compañía, desde las Hébridas Exteriores hasta Stranraer, bajando la costa del Atlántico, y a lo largo del litoral del Mar del Norte— hablan de mi probidad y competencia.

Soy un hombre responsable, metódico. Todo el mundo lo sabe.

De manera que no es mi intención eludir las responsabilidades del caso, si alguna me incumbiera. Tampoco pretendo justificarme. Existen, sin embargo, circunstancias atenuantes. Contratiempos. Por ejemplo: bombardeo ininterrumpido. El olor, las ratas, el barro. Órdenes absurdas. Una ola verde de gas avanzando en la madrugada. Cruz Azul. Cruz Amarilla. Cruz Verde. Gas Mostaza. Atacar, retroceder, atacar. Una lluvia perpetua de carne y sangre.

Quiero decir: ciertos imprevistos han modificado mi misión.

Me tiemblan las manos. Tal vez tenga, también, algo de fiebre.

Mi destino original —el Faro de Año Nuevo, en la isla Observatorio— fue alterado de manera inesperada. Me encuentro ahora, como ya he señalado, en el islote Willem Schouten. Aunque cuentan ustedes con las coordenadas precisas, me inclino a pensar que este lugar no aparece en los mapas. Había en este islote una tumba. La tumba de un asesino. Pero fue barrida por una tempestad. Supeditado a racionamiento estricto, las provisiones siguen disminuyendo a un ritmo anormal. Idéntica constatación para el agua potable. No consumo más de dos jarros por día. Sin embargo, tengo la sensación de que el líquido desaparece como si alguna alimaña invisible, quizás un espíritu…

El frío me carcome los huesos.

Los pájaros son un tema aparte. Hay cientos apelmazados entre las rocas. Una de estas aves parece poseer una conciencia superior, casi humana. Es un albatros negro, carnívoro. Estos pájaros son la voz de Dios. Eso es lo que creo. Mejor dicho: el albatros negro grazna el mensaje del Creador, pero este es indescifrable y se pierde, además, entre otros miles de vulgares chillidos. Asimismo, quiero consignar que, cada vez que abro la Biblia, doy con el mismo fragmento del Libro de Samuel, último de los «Jueces»:

Durante cuarenta días, Goliat desafió a los israelitas.

Yo también he escuchado ese desafío. Provenía de una voz metálica, gutural. La voz de

pesadilla que, entre bombardeos y (palabras ilegibles), de día o de noche, nos impedía dormir.

La voz aullaba, con un megáfono de latón:

Deutschland Deutschland

De noche. Entre un bombardeo y otro.

Uno de los soldados de mi compañía cayó prisionero. Era un tipo de Leicester, al que todos llamaban Giggles, pues tenía manía de reírse de cualquier cosa. Algunos días más tarde, Giggles logró escapar de los alemanes. Al regresar a nuestra posición, había perdido la costumbre de reír. Nos contó que el hombre del megáfono era un gigante al que le faltaba un ojo. Llevaba la cabeza rapada. Sus manos, dijo Giggles, parecían «enormes sartenes de hierro». En las horas muertas, permanecía sentado, mirando con fijeza el sol. Cuando oscurecía, se arrastraba fuera de la trinchera y se apostaba en tierra de nadie. Hundido entre los cadáveres, gritaba la noche entera con un megáfono. Su voz grave era como el sonido de un martillazo. Apenas escuchábamos el primer grito, nuestros obuses barrían la zona. Cuando cesaban las explosiones, el alemán recomenzaba. Cambiaba de lugar. Se desplazaba. Era un fantasma. Un espíritu. Su voz nos llegaba desde el este. Otras, desde el oeste. Diez, quince minutos de fuego de artillería en aquella dirección. Durante un lapso de tiempo, nada se oía. Esperábamos. ¿Le habíamos dado? El alemán ya debía estar pudriéndose en el infierno. Y entonces volvíamos a escucharlo. Aullaba insultos en alemán. También en un inglés deformado, casi irreconocible. Pero, por lo general, gritaba una sola palabra: Deutschland. La repetía dos veces, dejando un brevísimo silencio en medio. Yo mismo vi al gigante una vez, durante un asalto a las trincheras enemigas. Su tamaño era descomunal. Estaba de pie al borde del parapeto. Esparcía fuego con un lanzallamas, la máscara antigás puesta. Había adosado dos cuernos a su casco de hierro. Un minotauro expulsado del infierno. Una bala lo derribó, pero por la noche volvimos a escuchar su voz metálica:

Deutschland Deutschland.…

Evans —asesino y embalsamador— estaba obsesionado con el fragmento bíblico de Goliat. Creo saber la causa: la doble visión del verdugo. El instante preciso en que su mirada se escinde y puede contemplarse a sí mismo en su totalidad. El asesino muta. Su cuerpo fagocita el crimen. La carne en putrefacción de sus víctimas se transforma en propia. Asesino y víctima intercambian sus máscaras (prósopon, persona). El albatros de Coleridge y el de Evans. David y Goliat. Caras de la misma moneda.

Siento mucho haberme desviado del tema principal (técnico) que aquí nos ocupa. Pero ninguno de ustedes estuvo en el infierno y yo pretendo, si todavía es posible, poner a salvo mi alma. El océano y la eternidad, lo sé, se ríen de nuestras pretensiones. Probablemente, mi empresa esté condenada al fracaso. De todos modos, debo intentarlo. Cualquiera en mi situación actuaría, o hubiese actuado, de la misma manera. Pues las consecuencias derivadas de un largo período de exposición al terror son impredecibles. Uno olvida. Olvida quién es y olvida por qué está allí. Olvida a los otros. Olvida material indispensable. Olvida su propia alma.

En todo caso, no quisiera que se repitiera aquí lo mismo que veinte años atrás, en el faro de Eilean Mor. Un hecho de tal naturaleza podría causar grandes perjuicios a la Compañía. Muchos de ustedes, tengo entendido, trabajaban ya en aquella época para la Northern Lighthouse Board. Algunos, incluso, formaron parte de la comisión investigadora que viajó a las Hébridas a inspeccionar el lugar. El faro y la capilla, en la isla de Flannen, donde desaparecieron Marshall,

Ducat y MacArthur. ¿Recuerdan el caso? ¿No? ¿Vagamente, quizá? Cuando el relevo llegó, el faro estaba vacío, a oscuras. Se atribuyó la volatilización de los tres hombres a una tormenta, a una ola gigantesca. Sin embargo, durante el mes de diciembre no hubo tormentas en la región. Tampoco se discutió demasiado sobre la última anotación en el libro de registro del faro. Luego de dejar en claro que no era su costumbre, uno de los hombres escribió: He rezado toda la noche…

Tengo una teoría sobre lo ocurrido en aquel lugar. Aunque sería tema para otro informe. No creo que a ustedes, por otra parte, les interese.

Los imagino, señores, reunidos alrededor de la maqueta de Gran Bretaña que ocupa gran parte del despacho de Mr. Stevenson, mi mentor. Los imagino allí, Jueces de Israel, observando un falso mar, recorriendo la constelación de faros sobre los que velan, desde el principio del tiempo y hasta el Apocalipsis. Imagino vuestras cabezas reunidas en círculo, minotauros en penumbras, arrancando el faro de Eilean Mor de esas costas de madera y cartón, anotando el nombre de los tres guardianes en el Libro de tormentas.

Pronto anotarán también mi nombre en el libro.

Afuera, cae la noche sobre Edimburgo…

Cae la noche aquí también, sobre El ojo de Goliat.

Sé que no podré dormir. Me permitirán ustedes, al menos, descansar un poco. También yo rezaré toda la noche. Frente al océano. Frente a la tierra alambrada entre las trincheras. Ahí donde deambulan, entre charcos de aceite y sangre, las negras maquinarias de mortificación del ultramundo. Intrincados ensamblajes de hierro y carne putrefacta. En un ataque de gas el viento puede ser un aliado o el peor enemigo. Hombres olfateando el aire. Perros. Ciertos gases huelen a heno enmohecido. En Loos lanzamos ciento cincuenta toneladas de cloro. Cinco mil quinientos cilindros. Nombre en clave: Estrella roja. El viento devolvió el gas a nuestras trincheras. Un día sin viento, cubierto de bruma —como el de hoy— es un día perfecto. Un día perfecto para un ataque con gas. Cruz Azul. Cruz Verde. Cruz Amarilla. He visto morir hombres por asfixia. Hombres que advertían, muy tarde, algún desperfecto en el equipo. Insensatos que olvidaban sus máscaras. Ojos hinchados. Ampollas. Tos. Una espuma amarilla o roja les llenaba la boca. Perecían entre estertores y vómitos.

Un soldado regresa a su trinchera atravesando una profunda nube de gas. Amanece, pero el sol apenas logra agujerear la bruma envenenada. Detrás de la máscara que lo salva de la aniquilación, el hombre respira con dificultad. El campo está sembrado de animales muertos: ardillas, pájaros, zorros, topos, caballos. El soldado lleva un libro en la mano. La película verdosa que deja el gas al retirarse lo recubre todo.

El insomnio puede ser una tortura tan eficaz como cualquier otra.

Más tarde…

Escucho, del otro lado de la puerta:

—Ingeniero, ¿sabe usted por qué está aquí?

—El faro, el faro… —grito.

—Inspeccione su alma: faltan datos importantes en su informe…

Por la mañana…

Duermo un par de horas. Me despierta una voz estridente: «Ataque de gas, ataque de gas». Salto del catre. Aún no amanece.

Al romper el día subo a la linterna. Algo se mueve en el mar, entre la bruma, a lo lejos. ¿Un barco? ¿Otro témpano a la deriva?

Largas horas a la espera, escudriñando la niebla. De vez en cuando vislumbro la masa oscura. Enseguida la bruma vuelve a engullirla.

Lo mismo sucede con el albatros negro. Gira alrededor de la linterna. Un ala rasga el velo blancuzco, vuelve a desaparecer. Un ojo amarillo. O rojo. Un graznido. Otro. Y otro más:

Penitentiary penitentiary
Deutschland Deutschland

Empuño el revólver. Saco el seguro del arma. Estiro el brazo. El pájaro sigue girando alrededor de la linterna. Volverá a pasar cuando complete su giro. El chillido precede por segundos a la aparición. Vuela muy cerca. El aire que desplaza en su aleteo me roza la cara. Veo su ojo clavado en mí.

Un ojo perverso. Cruel.

Disparo sin apuntar.

La cabeza explota en el aire. Escucho el ruido del cuerpo al estrellarse contra las piedras. El eco de la detonación sigue resonando entre la niebla.

Bajo a buscar el cadáver. No encuentro nada.

El resto del día transcurre en la inquietud.

La niebla que rodea el islote es casi impenetrable. Sin embargo, de tanto en tanto, un soplo de brisa permite adivinar, a lo lejos, una sombra. No puede ser otra cosa que un barco.

Allí está, por fin. Burkhart aguarda que se disipe la bruma para enviar un bote. He preparado mi equipaje. Todo está listo. Muy pronto este lugar será sólo un mal recuerdo.

Cae la oscuridad sin que se haya producido ningún cambio climático significativo.

Mañana, tal vez, pueda partir.

Más tarde…

Detrás de las nubes, la luna difumina una luz fantasmagórica. La bruma se tiñe de ocres, amarillos. No hay viento. Todo está quieto. Esta calma, en un sitio frecuentado por tifones, resulta más extraña aún. Hasta los pájaros han dejado de graznar. Se mueven apenas detrás de la niebla, como si la muerte reciente del albatros los hubiese dejado sin voz.

Escucho voces lejanas. Deben ser los marinos del Wulaia.

Con la primera luz del amanecer salgo del faro. La bruma persiste, espesa, impenetrable. A pocos pasos de la puerta encuentro al albatros negro. Abierto, destripado, como si otros pájaros se hubiesen ensañado con él.

Con el objetivo de entablar contacto con el barco, bajo hasta el muelle con el farol de señales. Lo único que se escucha es el sonido acompasado del oleaje. Al llegar al extremo del muelle alzo el farol, le imprimo un leve movimiento oscilatorio, pendular.

Aguardo. Nada. Vuelvo a repetir la operación. Tampoco esta vez recibo respuesta.

Grito con todas mis fuerzas:

—¡Burkhart!

Al cabo de un momento una voz lejana imita mi grito:

—¡Burkhart!

Risas ahogadas llegan reptando bajo la niebla.

Al regresar al faro encuentro, bajo una piedra junto a la puerta, una cuartilla de notificación idéntica a la que recibimos en el frente:

primeros auxilios a los gaseados / instrucciones

i. gas sofocante (cloro-fosgeno)
Nube pesada, produce una sensación de quemazón y cerrazón en el pecho, y tos convulsiva y violenta.
Primeros auxilios

Inmovilizar completamente al gaseado.
Transportarlo acostado al puesto sanitario.
Si la tos persiste, una gota de éter cada 10 minutos.
No efectuar jamás respiración artificial.

ii. gas irritante (lacrimógeno)
Dispersión por obús o granada. Picor y lagrimeo que termina cuando la nube se disipa o cuando se coloca la máscara.
Primeros auxilios

Transportar al gaseado al puesto sanitario.

iii. gas vesicante (ipirita, arsénicos)
Nube de pequeñas gotas dispersadas por la explosión de obús o bombas. Ningún síntoma inmediato sobre la piel en los lugares expuestos. Al cabo de algunas horas se constata primero un enrojecimiento de la zona afectada, luego ampollas análogas a las producidas por las quemaduras de fuego. En los ojos, hinchazón de los párpados y enrojecimiento de los globos oculares. Luego del contacto hay que intervenir lo antes posible.
Primeros auxilios

Piel: restañar inmediatamente sin frotar los trazos visibles de líquido con un poco de algodón o algún trozo de lienzo que será quemado o enterrado enseguida.
Untar las zonas afectadas con la pomada que se provee junto con la máscara y que se encuentra dentro del estuche. Utilizar para esto una pequeña espátula de madera. Friccionar ligeramente con los dedos durante dos o tres minutos.

Más tarde…

Estoy perfectamente lúcido. No sé qué día es hoy. Lo importante es (varias palabras ilegibles). Tengo la cuartilla frente a mis ojos. No sé cómo ha llegado aquí. No sé quién pudo haberla dejado junto a la puerta, para que yo la encuentre…
¿Burkhart? ¿Es él quien ha planificado esto?
No veo otra explicación. Durante la noche, ha enviado a uno de sus hombres con instrucciones de colocar allí la cuartilla. Pero, ¿por qué? ¿Qué endiablado placer puede encontrar en esto?
Escucho entonces pasos subiendo la escalera. Toses. La trampa se abre. Entra un hombre. Viste un uniforme que no reconozco, un largo capote impermeabilizado con una película de aceite, casco, botas embarradas, máscara antigás ajustada al rostro. Levanta una mano en un

gesto familiar, como si fuésemos viejos conocidos. Se sienta sobre una de las cajas, junto al muro, debajo del nicho de la Virgen. Respira con dificultad. Detrás de los cristales de la máscara, sus ojos hinchados y rojos parecen enfermos.

—Me han gaseado —dice.

Me siento junto a él.

—¿Cómo? Lleva máscara…

—No es mía.

—¿Y de dónde…?

—Creo que ya lo sabe…

Tose. Parece a punto de ahogarse.

—Puede quitársela —sugiero—: aquí no hay gas.

Niega con un movimiento de cabeza.

—¿Fosgeno? —pregunto.

—Cruz azul…

Guardamos silencio unos momentos. El gaseado apoya la cabeza contra el muro. Tose. La tos parece un ladrido.

—¿Sabe cómo actúa el gas? —pregunta de pronto.

Lo sé. De todos modos, él detalla:

—La carne se raja. La lengua se inflama y ya no entra en la boca. La tráquea se llena de ampollas; los pulmones, de una sustancia viscosa, amarilla. Las entrañas se disecan. Los ojos se salen de las órbitas…

Se oye el chillido de un pájaro. Su respiración arrastra trozos de vidrio. Tose. Ladra.

—Pero teníamos que acabar con aquellos gritos…

Un silencio. Luego dice:

—La tierra estaba impregnada de gas. El agua, las ropas, los metales. Regresé a nuestra posición sobre una alfombra de animales muertos. Y entonces empezó a resonar de nuevo aquella voz metálica…

—Quítese la máscara —repito.

El niega con un lento movimiento de cabeza.

—¿Por qué?

—Me ha costado mucho conseguirla.

Con dificultad, se pone de pie. Me observa con suspicacia. Quizá piensa que quiero arrebatarle la máscara. Verifica los tubos de goma anillados y el correaje. Un nuevo ataque de tos lo obliga a sentarse otra vez.

—No va a poder seguir viviendo con esa máscara puesta —digo.

—Claro que sí.

—No indefinidamente.

—Nadie vive indefinidamente, imbécil.

Luego repite:

—Imbécil. Cerdo.

No respondo. Él insiste:

—¿Sabe Mr. Stevenson lo que ha hecho?

El gaseado ríe, tose o ladra, vuelve a reír.

—¿Quiere matarme? ¿A mí también? Hágalo. Hágalo de una vez.

—Salga de aquí —ordeno.

—Ya vienen a buscarlo. ¿Huele? ¿Ese olor a heno enmohecido?

—Asesino.

—Usted, usted es el asesino.

Me pongo de pie, saco el revólver del bolsillo de mi abrigo, apunto.

El gaseado ya no está.

Subo a la sala de máquinas. Un albatros gira alrededor de la linterna. Uno exactamente igual al que maté ayer.

Debe ser el mismo, resucitado.

Un ligero soplo de brisa abre por un momento la niebla.

Entonces veo el barco.

mi muy estimado mr. stevenson:

Teniendo en cuenta que soy víctima de un progresivo (y tal vez irreversible) desgaste a nivel psicológico, le ruego tenga a bien comunicar a la Dirección mi renuncia indeclinable a la Northern Lighthouse Board.

Espero que mi defección no lo afecte a usted, ni a título profesional, ni mucho menos a nivel personal. Si estuviese al alcance de mis posibilidades, si de algún modo pudiera revertir mi penosa situación actual, le aseguro que…

Soy un hombre responsable, metódico. Usted más que nadie lo sabe. No me es posible, sin embargo, proseguir con la misión encomendada. De sus buenos resultados dependía, infiero, mi futuro dentro de la Compañía. Armado de una confianza con la que me honra, imagino que aguardaba usted mi regreso para exponer mis logros frente a los Jueces. Ellos, que desde la penumbra de sus escritorios observan los faros dispersos en los océanos del mundo, conocen mis pecados y ya han inscripto mi nombre en el Libro de tormentas.

Sé que esperaba para mí un porvenir distinto.

Desgraciadamente, mis nervios…

Esta guerra excede, en muchos sentidos, los límites naturales (varias palabras ilegibles), la capacidad de sobreponerse y conservar un mínimo de esperanza en el ser humano como especie. Le contaré algo que nunca he referido a nadie. Hacía semanas que llovía y la tierra anegada era una extensión de lodo. Regresaba yo de una patrulla de reconocimiento, entre cráteres inundados, repletos de muertos y ratas. De pronto los alemanes empezaron a bombardear y tuve que saltar dentro de uno de esos enormes agujeros. El terreno estaba tan blando que los proyectiles caían y se hundían sin explotar, formando géiseres de barro. Un obús cayó junto a mí y en medio de una aureola de lodo se elevó, de pie, un oficial alemán en estado de putrefacción, verde en su uniforme verde. Duró apenas un segundo. Después la masa de barro volvió a caer y el cadáver despareció otra vez.

Estoy seguro de haber cometido actos reprensibles en circunstancias atroces (varias palabras ilegibles), aunque no puedo recordar cuándo, ni contra quién… Llegado el caso (ilegible) que, en mi situación, más me valdría no pertenecer ya a este mundo. Empiezo a sospechar que este hecho a todas luces extraordinario sea quizá la realidad.

Estoy en el infierno. En el infierno de los infiernos.

Es muy posible que no volvamos a vernos. Deseo expresarle, en consecuencia, mi reconocimiento. Los cuidados con los que me ha rodeado, sus consejos, su infinita bondad, han sido un bálsamo y los pilares sobre los cuales he podido elevarme y prevalecer sobre la desgracia. Más que un tutor, he encontrado en usted al padre del que me vi privado siendo un niño.

Salude a su familia de mi parte, en especial a su adorable esposa. Y si tiene la oportunidad de cruzarse con el viejo Berryman, que en esta época del año debe estar muy ocupado con los

rosales y los setos del jardín, dígale de mi parte que, para deshacerse de la plaga de los topos, no hay mejor manera que uno o dos días de fuego de artillería.

Que Dios lo bendiga, Mr. Stevenson.

Hasta siempre…

D. Bradley

PD: Junto con esta carta encontrará el informe de mi predecesor sobre el estado del faro (año 1917), y el mío propio (dos, en realidad, el último concerniente al estado de mi alma), que datan del año en curso.

7:10. El barco no es el Wulaia.

Me arrodillo a orar bajo la imagen de la Virgen. Me envuelven los muros circulares del faro, de este (varias palabras ilegibles), el oleaje girando en mis oídos.

Confirmo que he visto el submarino. Es un U-Boot, negro como las entrañas de la muerte.

Si no estuviera (ilegible) tal vez podría llegar a pensar que (varias palabras ilegibles)…

9:17. Se levanta una brisa helada que rasga la bruma por sectores. Apostado en la linterna, a través de los binoculares, observo el submarino con más detenimiento. Se encuentra muy cerca del islote. Desde el muelle casi podría tocarlo. Lleva enarbolada una bandera desflecada: el águila imperial en el centro de una cruz negra, y en el recuadro superior izquierdo una segunda cruz, negra también, pero diferente de la primera, una cruz teutónica. Los flancos de la nave están surcados de signos imposibles de descifrar. Jeroglíficos. El lenguaje del abismo:

Meuchelmörderisch-Schwein-Verräter

En la proa, una palabra:

Deutschland

En la popa, sobresaliendo detrás de una mancha de óxido, el mismo ex libris que figura en el libro de Coleridge. Este esqueleto no sostiene un libro. Lleva el dedo índice sobre los dientes apretados, en signo de silencio.

Debajo, una inscripción: Veritas liberati vos.

El puente está vacío. La escotilla de la torreta, abierta.

9:48. Se oye música proveniente del interior de la carcasa de metal. Después, una voz profunda:

Deutschland Deutschland

El sonido va y viene. Por momentos, la bruma se dispersa. Luego, vuelve a tragar al submarino, ocultándolo de mi vista.

10:02. Bajo a la sala.

Agarro el fusil, las municiones. Subo todo a la linterna. Desarmo el mauser, lo limpio, aceito el mecanismo.

Treinta proyectiles para el mauser. Seis balas más para el revólver.

Afuera, ningún movimiento.

El pájaro —el mismo de siempre u otro— gira alrededor de la linterna.

10:23. Desembarco.

Avanzan detrás de la bruma. Número indeterminado. Un silbido, como el maullido de un gato.

Gas…

Una nube verde cubre el islote, se mezcla a la niebla. Pájaros muertos por todas partes. Disparo a ciegas.

Avanzan hacia el faro. Me cuesta respirar. No encuentro mi máscara.

10:35. Abandono la posición…

iii. El caos y la noche

Vivir equivale a matar.

Ernst Jünger
La guerra como experiencia interior

¿Qué fuerza era aquella que los impulsaba
una y otra vez, hacia el caos y la noche?

Ernst Jünger
La guerra como experiencia interior

Hacia finales del verano, Robert Dunn, jardinero del St. Bartholomew, encontró tres ardillas decapitadas bajo los árboles, cerca de «la habitación de las rosas». El hecho no le llamó particularmente la atención. Tanto Mr. Pumpkins, el gato de la cocinera, como el joven Cavendish, solían cazar en los jardines; aquellos cuerpos mutilados podían ser obra de cualquiera de los dos, o de una comadreja, o quizá de un perro vagabundo. De cualquier manera, cuando el jardinero se presentó para dar parte del asunto, le informaron que el doctor había salido de viaje. Dunn —un tipo de pocas luces— se encogió de hombros, regresó al jardín y continuó rastrillando la hojarasca, formando montículos que el viento, tarde o temprano, volvía a dispersar.

A la misma hora, en Edimburgo, el doctor Pierce bajaba de un taxi frente al número 84 de Georges Street, donde se levantaba el edificio de la Northern Lighthouse Board. Una vez en la vereda, hundió la mano en el bolsillo del chaleco en busca de su reloj. Entre sus dedos apareció una tira de papel: «Creo que has perdido la cabeza, estás completamente loco. Pero te diré un secreto: las mejores personas lo están».

El psiquiatra sintió de pronto un vacío en la boca del estómago. No era un buen momento para volver a confrontarse con el recuerdo de Anne. Aquellos mensajes tomados de Alicia en el país de las maravillas, esas notitas que la muchacha sembraba en lugares recónditos y que, de tanto en tanto, brotaban como por arte de magia en los cajones y en los bolsillos de su ropa, lo trastornaban. No importaba cuántas veces cambiara de chaleco o de chaqueta, ni cuántos cajones vaciara, siempre volvía a encontrar alguno de esos papelitos, como si otra Anne, sigilosa e invisible, siguiera escribiéndolos y ocultándolos entre sus cosas.

Arrugó el papel y lo arrojó a la calle. Consultó su reloj. Eran las cuatro y cinco de la tarde. Llegaba a su cita con un poco de retraso. Levantó la cabeza y observó la bandera que flotaba en el frente del edificio: un pabellón blanco, la Union Jack en el ángulo superior derecho y un faro de color negro al otro lado.

Desde aquella remota noche en que se había presentado en el asilo con el nadador, Pierce no había vuelto a ver a Mr. Stevenson, aunque sí había mantenido con él un asiduo intercambio epistolar.

Pierce recordaba bien ese primer encuentro, porque el arribo inesperado del nuevo paciente cambiaría de manera radical su rutina de trabajo. A partir de esa noche nada volvería a ser igual en el St. Bartholomew. En un primer momento el doctor creyó encontrarse frente a algún tipo de catatonia, la lectura del diario del ingeniero Bradley lo persuadió de la fragilidad de su apresurado diagnóstico. Las sucesivas relecturas de aquel documento (una herramienta con la que, en lo concerniente al resto de sus internos, nunca había contado, y que representaba un verdadero mapa mental de la alienación de su paciente) convencieron al psiquiatra de que se encontraba frente a un caso fascinante, de una complejidad única en razón de la minuciosidad con la que el delirio estaba estructurado. Pensó en aquel momento que, si el tratamiento funcionaba, tendría una ocasión excepcional de probar ante aquellos de sus colegas que formaban parte del mundo académico más reaccionario —los integrantes del Círculo de Múnich y, sobre todo, su líder y adversario principal, el doctor Günther Stenheimer— que la hipnosis, tal como él la concebía y practicaba, no era sólo una herramienta más o menos eficaz para sondear en la psiquis enferma de un individuo, sino un método completo y pertinente, válido para aislar de manera gradual y por tiempo indeterminado las zonas afectadas del cerebro enfermo.

Desde ese instante Pierce dedicó toda su energía a un único paciente.

La primera etapa del proceso había sido la más laboriosa. Este estadio, cuya duración era imposible prever, estaba destinado a lograr que Bradley abandonara progresivamente los

movimientos de natación compulsivos sin el auxilio de fármacos o de métodos invasivos. Pierce sabía muy bien que el tiempo tal como lo experimenta el común de las personas —el rutinario paso de días, semanas, meses o años— no contaba en un tratamiento de aquella índole, por lo que tuvo que adaptarse al ritmo de su paciente. Cada día engendraba su modesta batalla cotidiana, llena de imprevistos, de victorias efímeras y frecuentes derrotas, de avances y retrocesos. Un extenso período estuvo dedicado a conseguir que el ingeniero permaneciera sentado en una silla; luego, hubo que esperar a que empezara a reconocer la realidad circundante y obedeciera órdenes simples («levante el brazo derecho», «camine», «deténgase»); más tarde, incitarlo a pronunciar algunas palabras, a alimentarse y bañarse solo. Recién entonces el psiquiatra pudo pensar en poner en marcha la segunda etapa del tratamiento y determinar un programa gradual de sesiones de hipnosis. La idea era llegar, al final de aquel período (como el anterior, imposible de mesurar), a dos sesiones de hipnosis por jornada, una por la mañana, otra por la tarde.

Por fortuna, David Bradley era un individuo maleable.

Mientras el psiquiatra iba abriendo resquicios de luz en las tinieblas que agobiaban la mente de su paciente, mientras desenredaba los nudos de la trama que lo había llevado a aquel estado de enajenación, los informes enviados a Mr. Stevenson, escuetos al principio, se volvían más detallados y rigurosos. Tal vez bajo la influencia de ciertas lecturas que decía despreciar, pero de las que no lograba desprenderse por completo, Pierce controlaba con un sentido agudo de la oportunidad el flujo de informaciones que compartía con su interlocutor. Por momentos, se sentía en la piel del otro Stevenson, el novelista, o quizás en la de Mr. Gabriel Utterson, el abogado, uno de los personajes principales del libro que tanto admiraba. Era este último el encargado de desentrañar y compaginar la historia del Dr. Jekyll, en ese relato que la mayoría de los lectores no dudaba en catalogar de fantástico pero que, para alguien como él, sólo representaba una posibilidad de las muchas que una psiquis vulnerable era capaz de empollar, con el concurso de ciertas circunstancias, en un momento preciso. La presión más o menos intensa de los acontecimientos creaba al monstruo, si es que un médico podía permitirse emplear dicha terminología.

Los progresos relativos que había logrado en otros pacientes no podían compararse con las mejoras exponenciales que manifestaba Bradley.

Descartó el libro casi terminado que la Internationaler Psychoanalytischer Verlag se había comprometido a publicar. Se titulaba Los hijos de Abadón: neurosis de guerra y misticismo, y estaba compuesto por tres capítulos:

Capítulo I: Cavendish, «el antropófago»
Capítulo II: Stanton, «el resucitado»
Capítulo III: Ephistone, «el hombre que habló con el ángel»

Sobre las ruinas del antiguo texto comenzó a trabajar en uno nuevo, centrado en el caso Bradley: El ojo de Goliat: Psicopatología de guerra e hipnosis. El diario del ingeniero sería el prolegómeno de la obra, bajo la forma de apartado liminar. Aquella libreta bien podía considerarse un mapa de la alienación de su autor. Sin el auxilio de esas notas, Pierce jamás habría logrado abrir una brecha en las defensas de su paciente. Como un ciego conduciendo a otro ciego habría pasado años hipnotizándolo, llevándolo de regreso al frente, donde deambularía con él en círculos, pasando de un sistema de defensa a otro, buscando en aquel laberinto de trincheras con nombres macabros —Gehena, Ripper’s Coffin, Skeleton Trench— el origen de la tragedia, y recorriendo un camino que de un modo u otro terminaría por borrarse en el lodo. Pero

el diario —y sobre todo la agudeza de Pierce como lector— habían remediado esa eventualidad. Cuando el teniente Bradley se extraviaba, cuando arteramente se perdía entre los ramales de aproximación, alejándose del frente y los cráteres practicados por los disparos de obús y el intrincado dédalo de alambres de púas que protegía la primera línea de trincheras, el doctor (el lector) proponía una pista que ponía al paciente de nuevo en el buen camino. La enfermedad, afirmaba Pierce en el preámbulo de su nuevo trabajo, es un gusano astuto y hará cualquier cosa por mantenerse dentro del ámbito protector del cerebro que pudre. Pero, en ese caso, al psiquiatra le bastaba con susurrar una palabra, a veces con leer en voz alta algún pasaje del diario para que el hipnotizado regresara sobre sus pasos y retomara el sendero en la oscuridad, la ruta (sólo por él conocida) hacia el centro de su alienación.

Fue un largo período en el que psiquiatra y paciente estuvieron sometidos a una presión tan intensa que, por momentos, Pierce creyó no poder resistirla. Con las pocas fuerzas que aún le restaban, Bradley se empecinaba en merodear alrededor del núcleo incandescente de su locura, sin llegar nunca al instante de la eclosión, el impulso desesperado que lo expuso a su verdadera naturaleza animal bajo el cielo de Francia, durante el año de 1917. Mucho antes de conocer aquel hecho inconfesable, Pierce comprendió que los posteriores actos de heroísmo ejecutados por el teniente habían sido un vano intento de borrar la culpa y la vergüenza. Cargando con esa sed, David Bradley se había encontrado siempre ante el agua inmemorial de la guerra, aquella empozada en el fondo de los cráteres, ese espeso caldo de sangre, carne y huesos triturados. Allí, durante el resto del conflicto, se expuso a peligros insensatos y aguardó un castigo que jamás llegaría, levantando entretanto las defensas necesarias para mantener a su demonio confinado en la zona más remota de su psiquis, enterrado en las catacumbas de las que nunca debería haber escapado, si no fuera porque, al final de cuentas, los demonios son impredecibles.

Para seguir adelante, Pierce no encontró otra solución que empujar a su paciente a una situación análoga y obligarlo a consumar, una vez más, el mismo crimen: en definitiva, de eso se trataba.

El psiquiatra decidió utilizar una zona apartada del parque que rodeaba al sanatorio para recrear el escenario, un sitio protegido de la vista de curiosos por una línea de robles y cedros, cerca de las antiguas caballerizas. Contrató trabajadores, hizo cavar trincheras y pozos, y ordenó rodear el perímetro con alambre de púa y sacos de arena. Robert Dunn, el jardinero, tuvo que presenciar en silencio el metódico trabajo de destrucción de aquella cuadrilla de obreros que destrozaba su césped, arrancaba setos y abatía árboles con el fin de crear una ilusión que duplicaba, en escala reducida, el vasto infierno del frente occidental. El resultado era bastante convincente, aunque faltaba lo más importante, un elemento que hubiese yuxtapuesto la perspectiva apócrifa al original: el hedor estacionado en el aire. A la preocupación del doctor por esta falta de verosimilitud se sumaba otra mayor, relativa al acotado tamaño de la escenografía. Si en algún momento Bradley decidía avanzar en una dirección imprevista, si abandonaba aquel ambiente controlado, el espejismo se derrumbaría.

La noche previa al experimento, Pierce hipnotizó a su paciente y lo indujo a regresar a la brumosa madrugada en que su vida cambiaría para siempre. Según había podido inferir a partir de sus sesiones de hipnosis, el ingeniero había salido en misión acompañado de un camarada, cuyo papel sería interpretado por el propio doctor Pierce. Esta vez, en lugar de traer a Bradley de regreso, el psiquiatra lo mantuvo en suspenso en aquel lugar preciso del pasado y lo obligó a dormir; enseguida, le administró una dosis consecuente de sedativos.

Cuando despertó, Bradley se encontraba enfundado en un uniforme, en el interior de una trinchera, empuñando un fusil descargado y llevando en la cintura una inocua bayoneta de

madera. Confiando en ciertas pistas asentadas en el diario, Pierce omitió un elemento imprescindible del equipo: la máscara antigás.

Al despertar en aquel escenario preparado para sondear el origen de su alineación, Bradley respondió al principio de la manera esperada. Avanzó agazapado a lo largo de la zanja, mientras que, a cierta distancia, oculto en las sombras, Hastings aullaba con un megáfono aquella palabra que, en otro tiempo, había machacado los nervios de Bradley y de toda su compañía, y que ahora volvía como un pájaro informe y oscuro desde el pasado:

Deutschland Deutschland

Cada vez que resonaba aquel grito, Bradley parecía perder consistencia; sus piernas desfallecían, sus pasos flaqueaban. Luego, en algún momento, Hastings dio la alarma: Ataque de gas. Era el instante que Pierce aguardaba. Mientras se colocaba la máscara, observó a su paciente con detenimiento. Pasaron algunos segundos. Bradley buscó su propia máscara y, al no encontrarla, desconcertado, se echó a temblar. El psiquiatra se preparó entonces a presenciar la metamorfosis. Sin embargo, en las remotas profundidades de la psiquis del ingeniero, la entidad que guardaba esa puerta había decidido otra cosa; al cabo de un momento, Bradley se tiró boca abajo en el fondo de la trinchera y comenzó de nuevo a nadar.

Días más tarde, Pierce renovó la experiencia. La duplicación de movimientos análogos, la repetición de idénticos sonidos en otra madrugada de niebla, despertaron en él un sentimiento de irrealidad. La sensación se intensificó con la inesperada aparición de un conejo en la trinchera. Bradley ni siquiera reparó en él; Pierce, en cambio, que avanzaba detrás de su paciente, siguió al conejo con la mirada y lo vio desaparecer en el interior de una madriguera. Durante unos instantes, el psiquiatra se distrajo de su misión principal. Imaginó la marcha del conejo a lo largo de un túnel y lo vio emerger a la superficie en el frente de Gommecourt, bajo un cielo ennegrecido por las explosiones. La mirada del psiquiatra sobrevoló el maravilloso mundo de enajenación que se abría ante él: un soldado con chistera bailaba entre las ruinas, otro empujaba una carretilla repleta de cabezas, otro más (un hindú del ejército del Raj Británico) abrazaba el cuello de una vaca destripada, envuelta en una nube de moscas. De las ramas de los árboles colgaban caballos dislocados. Junto a la estatua decapitada de un santo, una mano apretaba una foto. De pronto, la voz de Hastings anunciando el ataque de gas trajo al psiquiatra de regreso al presente. Por segunda vez, Pierce aguardó expectante la transformación de su paciente, y de nuevo tuvo que contentarse con presenciar su renuncia, aquella parodia de natación en tierra firme.

A pesar del fracaso relativo de ambas experiencias, el psiquiatra creía haber atado ya los cabos necesarios como para ofrecer a Mr. Stevenson una versión aproximada de los hechos. Por ese motivo estaba allí, en Edimburgo, aquella ventosa tarde de verano.

Edward Pierce ingresó al edificio de la Northern Lighthouse Board. El hall era tan austero como la fachada, y sus pasos se multiplicaron en ecos entre las paredes de aquella sala desprovista de toda ornamentación. No había sofás, ni sillas, ni siquiera un banco de madera; tampoco cuadros, ni alfombras que mitigaran la helada monotonía del lugar. Sobre el piso enlosado una rosa de los vientos marcaba los cuatro puntos cardinales y los cuatro rumbos laterales. El centro de la rosa era una pirámide; dentro de la pirámide, un ojo. Dos columnas enmarcaban un escritorio semicircular. Detrás, montaba guardia una mujer que, aun sentada, parecía alta como un tótem. A sus espaldas, entre las dos escaleras simétricas, se abría un ventanal por el que entraba la luz de la tarde.

La secretaria lo saludó con familiaridad. Era delgada, pálida, de cara alargada, ojos pequeños,

dentadura prominente; olía a caramelos de anís. A pesar de verla por primera vez al doctor le resultó conocida, y entonces recordó a sor Rachel, la monja que había acompañado a Mr. Stevenson durante su visita al sanatorio. La secretaria y la religiosa se parecían, como pueden parecerse a veces personas de la misma familia: madres e hijas, hermanas o primas. El psiquiatra explicó el motivo de su visita, la secretaria verificó la agenda y le comunicó que el ingeniero Stevenson regresaría de un momento a otro; podía aguardarlo en su despacho del primer piso, la puerta al final del corredor.

Pierce subió, sin cruzarse con nadie en su camino. En algún lugar resonaba el picoteo intermitente de una máquina de escribir. Llegó frente a la puerta indicada; por precaución, llamó un par de veces con los nudillos. No obtuvo respuesta. Giró el picaporte y traspuso el umbral.

El despacho era una sala alargada y angosta, de techos altos y paredes revestidas de madera, que desentonaba con la frialdad general que había constatado en el resto del lugar. Sobre el parqué oscuro, compuesto de imbricados paneles con motivos hexagonales, se amontonaban bibliotecas, sillones, lámparas, una larga mesa rodeada de sillas tapizadas de verde, ficheros, un escritorio de roble, una mesa de dibujo; junto al globo terráqueo, sobre una mesita laqueada, reposaba el Libro de tormentas —mencionado en el diario de su paciente—, y también un tablero de ajedrez, las piezas entreveradas en una partida en suspenso. Tomó el libro. Su peso lo sorprendió. Se sentó en uno de los sillones que flanqueaban la mesita, apoyó el libro sobre su regazo y lo abrió por la mitad, allí donde una cinta de seda púrpura marcaba la última anotación:

Ing. David Bradley, El ojo de Goliat, Atlántico Sur, 1922.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Cerró el libro y lo regresó a su lugar, junto al tablero de ajedrez. Se puso de pie y su mirada se desvió entonces hacia otra zona del despacho, donde descubrió una maqueta a escala de Gran Bretaña; una multitud de faros puntuaban sus costas o emergían de un océano de cartón azul.

El doctor se acercó a la mesa. Las torres en miniatura eran tantas que renunció a contarlas. Al pie de cada una, un pequeño letrero indicaba, con esmerada caligrafía, el nombre y año de construcción: Bell Rock (1811), Corsewall (1811), Barra Head (1833), Little Roos (1843), Skerryvore (1844), Covesea Skerries (1846), Muckle Flugga (1854), Ushenish (1857), Cantick Head (1858), Fidra (1885), Oxcars (1886), Ailsa Craig (1886), Fair Isle (1892), Helliar Holm (1893), Sule Skerry (1895), Rattray Head (1895)…

Y la lista continuaba.

Desde aquella perspectiva, reflexionó Pierce, cualquiera podía dejarse atraer por los cantos de sirena de la omnipotencia. Señalar un punto en el mapa, dictaminar la construcción y saber que, poco tiempo después, de esa orden abstracta brotaría un faro real al filo de un acantilado real, o tal vez en una roca perdida en medio del océano. Recordó aquel pasaje del diario de su paciente, en el que comparaba a los ancianos ingenieros de la compañía con minotauros inclinados hacia un dédalo de torres. El minotauro de Creta, reflexionó Pierce, exigía sacrificios humanos.

Mientras rozaba con la yema de los dedos las cimas de aquellas estructuras, intentó imaginar la desesperación de un hombre en la tormenta, a bordo de un barco a punto de zozobrar. Como la imagen del observador de astros, de la que echaba mano a menudo —sobre todo en esas noches en que el pequeño animal de hierro que vivía en el interior de su cráneo roía las paredes de hueso —, el símil le servía para intentar comprender al enemigo que debía enfrentar. El resplandor distante de un faro latiendo en la tempestad podía sin duda confrontarse con el trabajo del psiquiatra. Después de todo, construir faros y combatir la locura tal vez fueran oficios gemelos.

Los que denostaban su método —Stenheimer y los otros, pero sobre todo él, aquel alemán arrogante que, en la penumbra, investido de una autoridad omnipotente, montaba y desmontaba a su antojo los engranajes de la maquinaria académica europea— estaban muy lejos de imaginar la verdadera aflicción del demente. Ese sufrimiento que, por alguna alquimia misteriosa, se transustanciaba en su propio espíritu, sólo él, Edward Pierce, había llegado a vislumbrarlo.

Al empujar las puertas del inconsciente, el hipnotizador pagaba un precio. Y, en ocasiones, se trataba de un precio muy alto. El hipnotizador era un médium, la voz que convocaba a los demonios, un exorcista con el poder de comandar legiones pero expuesto, también él, a los peligros de la alienación y la omnipotencia. ¿Acaso Stenheimer había probado en carne propia los beneficios de la electricidad que preconizaba y administraba a sus pacientes? ¿Cuánto tiempo había pasado en una celda de aislamiento, inmovilizado dentro de una camisa de fuerza y rociado cada dos horas con agua helada? ¿Aceptaría el alemán realizarse una trepanación?

Pierce sabía que nadie, ninguno de los catedráticos que denostaban su método, había llegado tan lejos como él. Se solazaban en la teoría, en la pura abstracción, sin aprehender los turbulentos espíritus de aquellos a los que debían curar. Los franceses, aferrados todavía a los faldones de Charcot, haciendo gala de esa insoportable propensión a la jactancia y al cinismo; los austríacos, que aún se consideraban arquitectos de la cultura occidental; los impávidos suizos, tan moderados en todo; y, desde luego, los orgullosos y disciplinados alemanes del Círculo de Múnich, con el doctor Günther Stenheimer a la cabeza, quienes, a pesar de la derrota, seguían soñando con construir una nueva Europa a su imagen y semejanza; todos ellos impartían cátedra desde púlpitos suspendidos a alturas inadecuadas. Sanguijuelas retorciéndose en los hemiciclos universitarios, aves carroñeras sobrevolando el aplauso de industriales, comerciantes, militares y políticos que, con sus guerras, creaban legiones de monstruos. Una vez cumplida la faena y cuando ya no se los precisaba, los echaban a las fauces de esos cancerberos que recomendaban ríos de electricidad, camisas de fuerza, agua helada, cadenas, tundas y trepanaciones. Después de pasar el día entero torturando a esos infelices, todos esos respetables doctores, padres de familia y miembros preclaros de la sociedad, regresaban a la rutina de sus hogares, besaban a sus esposas e hijos, visitaban a sus amantes, recibían medallas, cátedras y premios, y al finalizar sus aburridos discursos de agradecimiento se palmeaban mutuamente las espaldas, impolutos e inalterados como estatuas de mármol.

Él, en cambio, convivía a diario con la enfermedad. Vivía dentro de ella. La olía, cada minuto. La locura olía a excrementos, a vómito, a sangre. A veces olía a carne cruda, a cera fría, a gasas húmedas, a éter. Su propia ropa, su pelo, sus manos estaban impregnados del olor de la enfermedad. Esa era su vida y su guerra. El sanatorium, su campo de batalla, su templo. No tenía familia, ni esposa, ni amante (el rostro de Anne cruzó otra vez por su cabeza, pero apartó el recuerdo con premura) a la que poder acudir al final de la jornada. Sus noches estaban atravesadas de aullidos. Los reconocía. Ese grito agudo y prolongado era del «antropófago». Ese otro, entrecortado de sollozos, era Stanton, «el resucitado». Aquel, grave y repetitivo como el golpe de un martillo, era el capellán que hablaba con Abadón, el ángel exterminador, rey de un ejército de langostas. Su propia cabeza estaba impregnada de las imágenes que veía en los cerebros de sus pacientes, y de un tiempo a esta parte las neuralgias que lo arrasaban se habían vuelto más y más frecuentes, hasta el punto en que se había visto obligado a aumentar la dosis de morfina. Era la única forma de aplacar el dolor.

La puerta se abrió y Stevenson entró en el despacho.

—Doctor, le pido disculpas por el retraso —se excusó el anciano, acercándose a grandes pasos para saludarlo.

—No es nada, no he tenido tiempo de aburrirme —comentó el doctor, mientras sus ojos sobrevolaban la constelación de faros que erizaban aquella Gran Bretaña en miniatura.

—La obra de toda una vida —reflexionó el ingeniero—, o de varias vidas, mejor dicho. Los Stevenson construimos faros desde la noche de los tiempos. «Destructores de tinieblas», así nos llaman algunos. La mayoría de los faros que ve usted allí fueron planificados y erigidos por mi abuelo, mi padre, alguno de mis tíos o hermanos. A muchos de ellos los levanté yo mismo. No me sorprendería que alguno de mis antepasados haya colaborado en la construcción del coloso de Rodas o el faro de Alejandría.

Los ojos del anciano recorrieron la maqueta con un visible aire de satisfacción, como un propietario rural que calculara la extensión de sus rebaños. Luego, recuperando el aire de gravedad que le era natural, preguntó:

—¿Qué otros asuntos lo traen a Edimburgo, doctor? Supongo que no habrá hecho el viaje sólo para entrevistarse con un viejo y aburrido constructor de torres.

—Wagner, quizá —mintió Pierce—. Acaban de reponer El holandés errante, en la Royal Opera House. La última vez que estuve allí tuve que retirarme en medio de la función, indispuesto.

—No es de mis compositores preferidos.

—Tampoco mío, pero detesto dejar asuntos inconclusos.

El anciano suspiró, hundió los pulgares en los bolsillos de su chaleco y miró hacia arriba, al cielorraso adornado por una guirnalda de flores de estuco.

—Si hubiese llegado dos días más tarde no me habría encontrado. Debo viajar a la isla de Lewis. Estudiamos la implantación de un nuevo faro cerca de Carloway.

—Tendrá asuntos que disponer, si es un mal momento…

—No se preocupe, tenemos la eternidad por delante, como suele decir un amigo sacerdote. Sentémonos —sugirió Stevenson, señalando dos sillones, uno a cada lado de la mesita donde se hallaba el Libro de tormentas y el tablero de ajedrez—. Sus últimas cartas han sido muy escuetas, pero, si mal no recuerdo, en la última insinuaba usted que por fin había llegado al origen del drama que golpeó a David…

—Soy consciente de la parquedad de mis informes y le debo una disculpa. Pero la complejidad del tratamiento al que se encuentra sometido el ingeniero Bradley me hubiese obligado a aburrirlo a usted con una multitud de tecnicismos innecesarios.

El doctor abandonó los codos sobre los apoyabrazos del sillón, cruzó los dedos a la altura de su mentón y prosiguió:

—Admito que, durante cierto tiempo, estuve deambulando a ciegas. Ha sido un proceso largo y tortuoso. Digamos, a modo de resumen, que las causas que llevan a una persona a la enajenación pueden ser múltiples y hallarse dispersas a lo largo de la vida psíquica del enfermo; es decir, un trastorno por goteo, si me permite la expresión, una acumulación que, al final, ya no encuentra la posibilidad de ser procesada o contenida. Sin embargo, también pueden producirse por un hecho inesperado, una situación extrema que empuja al individuo a una reacción también extrema. En tales circunstancias, el sujeto ya no es capaz de decidir. Podríamos decir que otra entidad toma el control de sus actos… —el doctor se detuvo, pues advirtió de pronto que su descripción de la enfermedad podía despertar en Mr. Stevenson el recuerdo de la novela escrita por aquel primo indeseable, muerto «entre salvajes»; después de titubear unos instantes, y para escapar de aquel involuntario atolladero, avanzó hacia la conclusión—. Me temo que no hay manera de mitigar lo que he venido a anunciarle: durante la guerra, David Bradley cometió un asesinato…

La revelación fue recibida por Stevenson con un cauteloso silencio.

—¿Qué dice usted? —balbuceó, al cabo de un momento.

—Ese es, me temo, el origen de su estado —afirmó Pierce y prosiguió—. Dicho crimen resultó para Bradley imposible de procesar a nivel psíquico, porque la persona que asesinó era alguien muy cercano, un amigo íntimo quizás, alguien que probablemente le había salvado la vida en más de una ocasión…

El anciano parecía aturdido. Se puso de pie y recorrió nervioso el despacho.

—¿Conoce a alguien de su entorno cuyo nombre comience con las iniciales W. B.? —preguntó Pierce.

Stevenson se detuvo, regresó al sillón y se dejó caer en él.

—Wilfred Brook… —susurró.

—¿Usted lo conocía? —indagó el doctor.

—Wilfred y David asistieron al mismo internado —explicó el anciano, los ojos brillantes, húmedos—. Eran inseparables, como hermanos. Se enlistaron juntos e integraron el mismo regimiento. Wilfred no regresó, pero eso no significa que…

Stevenson no terminó la frase y se inclinó hacia adelante, la mirada perdida en el entramado de hexágonos que se extendía a sus pies. Con un hilo de voz, le pidió a Pierce que continuara. El psiquiatra hizo entonces un resumen de su pesquisa psíquica, un relato tentativo de lo que, creía, había sucedido.

Stevenson lo escuchó atentamente. Cuando Pierce concluyó, el anciano ya no estaba del mismo humor. Había tenido tiempo suficiente para reflexionar y decidir que, en última instancia, todo aquello no era más que una ficción, una de esas morbosas historias, digna de la pluma de su primo.

—Usted no puede estar completamente seguro de lo que afirma —dijo Stevenson—. Sus conclusiones son en realidad hipótesis, una posibilidad entre tantas…

Pierce se tomó unos segundos antes de responder:

—En efecto, no estoy en condiciones de levantar un informe detallado de los hechos. No podría afirmar, por ejemplo, que tal fecha, a tal hora, el teniente David Bradley y Wilfred Brook salieron de la trinchera con una misión precisa, tal vez la de reparar el cableado de las líneas telefónicas, o quizá para efectuar una patrulla de rutina, o más presumiblemente con la intención de acallar de una vez por todas a un alemán que, noche tras noche, se apostaba en el terreno devastado que separaba las primeras líneas de trincheras con un megáfono para asediar a sus enemigos durante horas, impidiéndoles dormir o pensar en otra cosa. Una aseveración de este tipo sería de mi parte una temeridad. La conclusión, sin embargo, sería la misma. Durante dicha misión se produjo un ataque de gas y, por algún motivo, el teniente Bradley no llevaba su máscara. En su desesperación, asesinó a su amigo para arrebatarle la suya…

—¡Teorías, novelas! —gritó Stevenson.

Aquel violento bramido golpeó al psiquiatra como una bofetada. El amable anciano parecía de pronto otro.

Pierce reacomodó su peso en el sillón y prosiguió, con cautela:

—El libro de Coleridge, que el ingeniero deslizó en su equipaje, pertenecía a su amigo. Brook lo llevaba encima, en el bolsillo interior de su casaca, aquella madrugada. Fue muy probablemente ese libro el que impidió que la bayoneta se hundiera en su pecho, en el primer intento de Bradley por apuñalarlo. De ahí provienen las marcas en la tapa, mencionadas en el diario.

—Usted delira, doctor… —murmuró Stevenson.

—Entiéndame, no estamos ante un simple caso de amnesia —continuó el psiquiatra, ignorando el comentario anterior—, sino ante un mecanismo de defensa mucho más complejo. Bradley relegó el crimen a la zona más apartada de su psiquis, donde quedó durante algún tiempo, en estado latente, aguardando el momento oportuno para volver a manifestarse. Sólo hacían falta las circunstancias adecuadas, las que se presentaron durante su estadía en aquel islote del fin del mundo.

El anciano se puso de pie, se alejó hacia una de las ventanas del despacho y cruzó las manos tras la espalda. La luz de la tarde resbalaba sobre su rostro lívido. Más allá de los cristales una bandada de palomas alzó vuelo desde algún techo cercano y emprendió un vertiginoso revoloteo circular, atravesando las columnas de humo que escupían las chimeneas de la ciudad.

Pierce volvió a estudiar el tablero de ajedrez. En ese instante sintió la temida punzada en la sien, el prolegómeno del tormento que le aguardaba. Entonces dijo:

—Ares, el dios griego de la guerra, tenía dos hijos gemelos con los que iba a la batalla: Deimos y Fobos, el «Terror» y el «Pánico». Aquella madrugada, David Bradley encontró a los dos —el psiquiatra se frotó los ojos, como si intentara limpiarlos de una sustancia pegajosa—: Todo esto, desde luego, queda entre nosotros. Lo más importante, señor, es que he cumplido la misión que usted mismo me encomendó. He vuelto a cerrar las puertas que la enfermedad había derribado y, a costa de un trabajo encarnizado y poniendo en riesgo mi propia salud personal, he logrado estabilizar a mi paciente. Pienso que, con los cuidados y el seguimiento adecuado, en poco tiempo más David podrá llevar una vida de relativa normalidad, signifique lo que eso signifique…

Edward Pierce regresó al St. Bartholomew antes de la medianoche, en un estado de sufrimiento agudo. El doctor Hastings y una enfermera lo ayudaron a salir del automóvil que lo había traído de vuelta y lo acompañaron a su cuarto, en el tercer piso del sanatorio. Antes de que salieran, Pierce confundió a la enfermera con Anne, pero entonces comprendió su error y despidió a la mujer con un gesto breve, casi displicente. Hastings le suministró una dosis de morfina y el psiquiatra se hundió en un sueño profundo.

Despertó al día siguiente y, en un primer momento, le costó establecer con exactitud en dónde estaba. Recién cuando su mirada se posó sobre los libros y las historias clínicas amontonadas sobre la silla que utilizaba como improvisada mesa de noche, entendió que se encontraba de regreso en el St. Bartholomew y no en algún hospital de Edimburgo. El libro de Stevenson y el de Hudson yacían juntos, uno sobre el otro. El último era un obsequio de Anne, dedicado con aquella caligrafía elegante e inclinada que él conocía tan bien: «A los locos hay que tratarlos con cariño… Te quiero». Recordó de pronto que había soñado con ella, y también con el dédalo de faros que erizaban las costas de una Gran Bretaña ínfima. Él se encontraba en alguna de esas torres, recostado sobre una camilla, rodeado por un círculo de gigantes con cabezas de toro.

Mientras recuperaba los contornos del mundo real, todavía sorprendido de que el dolor hubiese dejado de comprimir su cráneo, tuvo que admitir que, de un tiempo a esta parte, los ataques no hacían más que empeorar. Aquellas neuralgias, cada vez más asiduas y virulentas, ya no podían compararse con las de la primera época, cuando bastaban algunas horas de sueño para conjurarlas. La rata de hierro había encontrado la forma de extender sus dominios y descendía a lo largo de la médula, roía las vértebras del cuello, las clavículas, los omóplatos. Tal vez ya era tiempo de consultar un cirujano para evaluar la posibilidad de extraer de su cabeza aquel fragmento de metal que lo torturaba con el celo de un verdugo medieval. Lo haría, llegado el momento; por ahora tenía cosas más urgentes en las que pensar.

Pierce terminó la redacción de las últimas páginas del nuevo libro, El ojo de Goliat, y envió el manuscrito a la editorial para su publicación. Una vez desembarazado de esta tarea, se dedicó a organizar el congreso en el que expondría su método terapéutico. No recurriría a universidades, ni a ninguna sociedad psicoanalítica. El simposio debía llevarse a cabo allí mismo, en ese sanatorio al que había dedicado toda su energía en los últimos años. Desde aquel humilde proscenio sería elevado a las esferas más altas de la psiquiatría moderna.

Como paso previo debía sintetizar la historia clínica del paciente, y añadir a esta un informe detallado de las distintas fases del proceso de rehabilitación obtenido gracias a su método de hipnosis. Sería necesario profundizar en ciertos conceptos y ser más elocuente que en el pasado. En algún punto, la escritura del expediente resultaba aún más compleja que la redacción del libro, porque ahora estaba obligado a condensar y persuadir. Pierce creía que tentar a los franceses, a los austríacos y a los suizos sería una tarea sencilla; pero los alemanes del Círculo de Múnich, aquellos gigantes encadenados a sus hospitales y hemiciclos, no acudirían sin un muy buen motivo. El cuadro, sus explicaciones metodológicas, las distintas etapas del proceso terapéutico tenían que despertar en ellos la curiosidad que los impulsara a atravesar media Europa con el fin de asistir al congreso. Debía atenerse a la concisión sin desestimar ningún dato relevante, hacer congeniar hermetismo y erudición, y, como si todo esto fuera poco, ser capaz de dosificar la intriga del relato —del mismo modo en que lo haría un novelista como Stevenson, sin ir más lejos—, manipular la tensión y la incertidumbre de sus lectores. En resumidas cuentas, su pluma debía hipnotizar también a sus colegas.

En esa lucha encarnizada con un material inestable, en esa búsqueda de la forma perfecta a la que aspiraba para su informe, Pierce pasaba mucho tiempo escribiendo, borrando, corrigiendo y reescribiendo. En ocasiones, se le iba la tarde en la redacción de un solo párrafo, que al día siguiente cercenaba hasta reducir a la mitad de su longitud original. Por la mañana declaraba la guerra a los adjetivos, erradicándolos del texto, y al caer el sol, arrepentido, los reincorporaba. Intercalaba, aquí y allá, explicaciones subordinadas a una idea principal, pero estas terminaban devorando en su extensión la frase de la que formaban parte, como si fuesen parásitos, anomalías incontrolables del discurso. Regresaba una y otra vez a las páginas iniciales, evaluaba de nuevo, basándose en la longitud de oraciones y párrafos, el efecto de lectura buscado. Volvía a calibrar, reubicaba puntos, comas, puntos y comas, y avanzaba lentamente, poco a poco, como un ciego tanteando la oscuridad.

A pesar de la dificultad de la tarea, al asentar los datos en el informe Pierce comprobó que, en menos de un año, había logrado estabilizar a su paciente, y que, de un tiempo a esta parte, el ingeniero recuperaba incluso cierto interés en la vida. La simple rutina que proponía el sanatorio era un antídoto y un aliciente. Bradley asistía al taller de carpintería, pasaba horas leyendo en la biblioteca y daba largos paseos por el parque, sin aventurarse jamás hasta aquella lejana zona que emulaba un frente occidental en miniatura, aquel extracto artificial del infierno. Por otro lado, el ingeniero se había aficionado a la taxidermia. De hecho, solicitó la adquisición de un par de manuales, instrumentos, alambre, ojos de vidrio y los productos químicos necesarios para embalsamar. Robert Dunn, el jardinero, lo proveía de pequeños animales que encontraba muertos en el jardín, bajo la hojarasca y las ramas —pájaros, conejos y ardillas—, siempre y cuando estos no hubiesen pasado antes por las zarpas de Mr. Pumpkins o por las mandíbulas del «antropófago». Dominar la técnica de la taxidermia no era sencillo, y los primeros ejemplares que embalsamó el aprendiz quedaron deformados, a pesar de lo cual Bradley se negó a descartarlos. Guardó en un ropero de su habitación los casos fallidos, como si se tratara de un modesto museo de atrocidades: ardillas atrofiadas, pájaros contrahechos, un conejo híbrido al

que el ingeniero había adosado dos alas de lechuza. En este nuevo centro de interés —por lógica precaución, censurado en el informe— el psiquiatra detectaba una fuga en el blindaje psíquico de su paciente, un eco de la experiencia sufrida en el faro. A pesar de todo, Pierce consideraba estos derrames ineluctables y hasta cierto punto benéficos, pues proporcionaban al ingeniero una fuente de distracción intelectual que obstaculizaba la irrupción de síntomas indeseables.

Bradley había logrado también relacionarse con otros internos: Cavendish, Stanton y Ephistone. En algún punto —aunque esto Pierce lo reservaba para él— era como si el protagonista del nuevo libro destilara un olor particular que atraía a los personajes sacrificados de la primera obra, en los que el método terapéutico del psiquiatra había tenido escasos resultados. De hecho, aquella trinidad encarnaba las etapas previas e incompletas del proceso; eran criaturas experimentales, malogradas (como los primeros animales embalsamados por las manos inexpertas del ingeniero), sujetos que todavía arrastraban tras de sí, de manera demasiado visible, las pegajosas membranas de la demencia. Pierce sabía de sobra —era su trabajo, después de todo— que, a falta de carne humana, Cavendish cazaba y decapitaba ardillas y pájaros a mordiscos, y que Stanton todavía pretendía guardar en una maleta esas criaturas semejantes a pequeños monos, ensambladas con piezas de ametralladora, y que Ephistone seguía hablando con el ángel. En términos de evolución psiquiátrica, la distancia que separaba al trío de alienados del ingeniero Bradley era la misma que podía establecerse entre los neandertales y los Homo sapiens.

El capellán, sobre todo, parecía haberse convertido en una suerte de discípulo del ingeniero, hecho que resultaba de algún modo poco natural, ya que lo doblaba en edad. Recorrían los senderos bajo los árboles, compenetrados en misteriosas conversaciones, deteniéndose de tanto en tanto para observar algún insecto atrapado en una tela de araña, una pupa adherida a la corteza de un roble. No era extraño que, en algún momento del paseo, Cavendish y Stanton se les unieran, después de escapar a la discreta supervisión de las enfermeras que, como avecitas blancas, revoloteaban por el jardín. Solían almorzar y cenar juntos, ocupando siempre la misma mesa, y parecían ya formar un corpúsculo aparte, una comunidad independiente del resto de los internos, gobernada en silencio por la paternal influencia del ingeniero.

Absorto en la redacción del informe, Pierce no perdía de vista las dificultades anexas a la organización del simposio. La llegada de sus invitados —entre diez y quince, según sus cálculos — perturbaría durante un tiempo el funcionamiento habitual del sanatorio. Había que pensar en el traslado de los visitantes desde Edimburgo, alojarlos y alimentarlos, y disponer asimismo ciertas actividades recreativas. Luego debería escribir las cartas personales que acompañarían el informe, cartas en las que, muy a su pesar, estaría obligado a echar mano de otro tipo de habilidad literaria: la adulación. En ninguna de esas misivas puso tanto esmero como en la destinada al doctor Günther Stenheimer, pues estaba claro que si éste aceptaba realizar el viaje hasta el St. Bartholomew el resto de sus compatriotas seguiría sus pasos, de la misma manera que las ratas habían ido obedientes tras el flautista de la leyenda, o como los cerdos endemoniados del evangelio, que a una orden de Cristo se precipitaron al mar desde lo alto de un despeñadero.

Este trabajo de abyecta orfebrería consumió varias semanas de su tiempo y, en ese lapso, el recuerdo de Anne lo interrumpió y asedió sin respiro. Desde luego, el hecho de seguir encontrando, aquí y allá, aquellas notitas escritas de su puño y letra —como si se tratara de instrucciones para llegar a un tesoro ya perdido— colaboraban a exacerbar su ausencia, pero Pierce empezaba a sospechar que, en realidad, estaba arrepentido de haberla dejado partir. Un año y medio había pasado desde que Anne abandonara el sanatorio, en mitad de la noche y sin prevenirlo. Pocos días después, recibió una carta en la que ella explicaba su decisión. Luego de

leerla, el psiquiatra estuvo a punto de arrojarla al fuego. Un obstinado remanente de sentimentalismo se lo impidió, y la guardó en unos de los cajones de su escritorio. En las pausas que se tomaba en la redacción del informe, volvía a recorrer aquellas líneas tristes y desesperadas, y sin embargo llenas de amor y compasión: un amor que él no merecía y una compasión que sólo podía darse en criaturas excepcionales. A esa mujer, por distracción o estupidez, había renunciado; no, se decía entonces, renunciar no era la palabra exacta. En realidad la había expulsado de su cercanía y lo había hecho de manera deliberada, por miedo a perder el control absoluto de su tiempo y de su vida, y también por otros motivos, fatuos y banales, de los que ahora se avergonzaba. Había días en que la amargura le impedía concentrarse en su trabajo y a estos momentos de angustia le seguían, como si fuesen una consecuencia de aquellos, los ataques de neuralgia que lo condenaban a la inacción y la oscuridad durante intervalos cada vez más prolongados.

Decidió entonces escribir a Anne. Tal vez todavía estuviese a tiempo de recuperarla. Al principio fue cauto, demasiado tímido en la elección de sus palabras, pero a medida que avanzaba se dejó llevar por una suerte de frenesí y lo que había comenzado como confesión terminó por convertirse en un patético mea culpa y en una promesa solemne de compensación. Siguiendo quizá la costumbre adquirida en la escritura del informe, Pierce estuvo a punto de corregir la misiva de principio a fin. La aprensión de desvirtuar la sinceridad de sus sentimientos lo retuvo y, sin volver a leerla, dobló la hoja de papel, la deslizó dentro de un sobre y se dirigió a pie a la oficina de correo, distante a unos cinco kilómetros. Una vez despachada la carta, Pierce pudo finalizar las otras, aquellas destinadas a alabar y tentar a sus colegas. Las envió por fin hacia el comienzo del otoño, cuando el follaje enrojecido de los árboles cubría ya los jardines del St. Bartholomew, desplazado de un lado a otro por el viento, como un voluble lago de sangre.

Durante las semanas posteriores, mientras aguardaba con impaciencia la respuesta de Anne y de los catedráticos invitados al simposio, Pierce siguió adelante con una tarea fundamental: el tratamiento de aquel que había terminado por convertirse en su único paciente. Y cada atardecer, después de la sesión vespertina, atravesaba el jardín hasta la entrada del sanatorio, abría la reja de hierro y observaba el camino que ascendía hacia Broxburn, con la esperanza de ver aparecer a Anne. Creía conocerla lo suficiente como para saber que elegiría sorprenderlo y regresar sin prevenirlo. Pero los días pasaban y el camino seguía desierto.

La respuesta de la enfermera llegó un lunes por la mañana. Llovía. Mientras el aguacero borroneaba el jardín, Pierce se entretuvo un rato frente a la ventana, dando vueltas al sobre entre sus manos. Por fin abrió la carta. En unas líneas escuetas, Anne le proponía una cita, el viernes de esa misma semana, en un pub de Edimburgo.

El día señalado, Pierce abordó el tren de las tres de la tarde. El trayecto, en un compartimiento en el que también viajaban una madre y su hija pequeña —una niña pálida y silenciosa— le resultó interminable. Llegó a la ciudad con antelación y, hasta la hora del encuentro, caminó por las calles aledañas al castillo y luego por Hollyrod Park. En una librería compró una edición ilustrada de Alicia en el país de las maravillas y pidió que se lo envolvieran para regalo. Antes de arribar al pub —un sitio llamado Two Towers, situado en una de las callecitas detrás de la estación de trenes— reparó en una mujer que vendía rosas en la vereda. Se acercó con la intención de comprar una, pero al inclinarse advirtió que las flores ya estaban mustias y, sin escuchar los ruegos de la vendedora, dio media vuelta y entró en el local.

A esa hora, el lugar estaba casi desierto. Pidió una pinta de cerveza y se sentó en una mesa apartada. La cita era a las seis, pero a partir de las cinco y media el pub empezó a llenarse de oficinistas y trabajadores ferroviarios. Diez minutos después de la hora convenida, Pierce la vio

entrar y echar una rápida mirada a su alrededor. Los ojos de Anne pasaron sobre él, sin verlo, y el psiquiatra agitó la mano para llamar su atención. Incluso desde aquella distancia, Pierce advirtió de inmediato que algo en ella había cambiado. Llevaba un vestido oscuro y un sombrero sin forma, y al verla acercarse con timidez comprobó que sus movimientos habían perdido gracia y soltura.

Una vez junto a la mesa, la mujer se presentó como Lilith, hermana de Anne. Pierce tardó unos instantes en asimilar la información. Recordó que alguna vez Anne había mencionado a una hermana, pero nunca le había dicho que eran gemelas. Sin disimular su asombro, se quedó mirándola, mudo, hasta que Lilith tomó asiento y entonces él logró preguntarle, en un balbuceo confuso, qué quería tomar.

—Nada —dijo ella—. Será mejor terminar lo antes posible.

En los diez o quince minutos que siguieron Pierce se sintió resbalar lenta pero inexorablemente hacia esa especie de vértigo que sólo había experimentado al contemplar el cielo nocturno bajo la cúpula de vidrio del sanatorio. Lilith y Anne eran idénticas. Los mismos ojos verdes, la nariz respingada, los labios pequeños y gruesos, los hoyuelos en las mejillas, el lunar en el mentón eran los mismos. Las diferenciaba el color del pelo, los anteojos, el peinado, y también el sonido de la voz, en el caso de Lilith mucho más aguda que la de su gemela. Lilith se apresuró a explicar que su hermana estaba indispuesta y que lamentaba mucho no haber podido venir personalmente para anunciarle que se había comprometido con un cirujano y que esperaban contraer matrimonio en la próxima primavera…

A partir de ese momento, Pierce escuchó a medias. El mensaje, transmitido de manera tan directa y brutal, lo había descolocado, pero algo más en la actitud de la mujer le llamó la atención. Parecía incómoda, nerviosa, conducta que, desde luego, podía explicarse por lo insólito de la situación. Sin embargo, más allá de los signos evidentes de inquietud —Lilith rehuía su mirada, estrujando un pañuelo entre sus manos—, el psiquiatra detectó ciertas incongruencias; por momentos, su tono de voz cambiaba, como si se distrajera y perdiera el control de su personaje. ¿Era posible que la mujer que tenía enfrente fuera en realidad Anne?, se preguntó. ¿Representaba un papel? Pierce la dejó continuar. La supuesta Lilith fustigó su frialdad con palabras que sólo Anne hubiese podido pronunciar, y enseguida le aseguró que su hermana había sufrido mucho, que luego de la ruptura había pensado incluso en el suicidio, y que consideraba su relación con él como una larga y penosa enfermedad de la que, felizmente, ya se había recuperado. A medida que pasaban los minutos, la sospecha del psiquiatra fue transformándose en certeza: Lilith era un álter ego de Anne, una farsa creada con el objetivo de humillarlo y contemplar de cerca su sufrimiento.

Pierce recuperó su sangre fría y dejó hablar a la mujer. Ya no pensaba en ella como una antigua amante; ahora la veía como un caso clínico. La imaginó repitiendo el papel frente a un espejo, impostando la voz hasta dar con el tono justo, eligiendo el vestuario que convenía al personaje: el juego un tanto siniestro de una criatura vulnerable, otra Alicia perdida en un mundo que nada tenía de maravilloso. En este sitio donde estados de ánimo como la esperanza y la alegría podían desaparecer o transmutar en un abrir y cerrar de ojos, ella era capaz de transformarse sin necesidad de ninguna pócima; sólo hacían falta un par de anteojos, tintura, un peinado distinto, ropa holgada y oscura, falsear un tono de voz y, sobre todo, la audacia de llevar la representación hasta las últimas consecuencias. La parodia, pensó el psiquiatra, confirmaba una vez más su teoría sobre la enfermedad; cualquier persona podía bascular hacia la insania, de manera ocasional o permanente, y la prueba —como si aún fuera necesaria una— era aquella enfermera en la que un amor desafortunado había terminado por engendrar a su contrario, pues la

absurda representación que Anne llevaba a cabo frente a sus propios ojos no podía ser otra cosa que resultado del odio y de una voluntad de venganza casi irracional.

Pierce apuró el resto de cerveza que quedaba en su vaso y empujó hacia la mujer el libro envuelto en papel de regalo.

—No sigas, Anne —dijo—. Todo esto es ridículo. Confundida, ella se lo quedó mirando. De pronto pareció comprender las sospechas del psiquiatra, se puso de pie y murmuró, en un tono donde primaba la pena:

—Usted está loco…

La mujer se puso de pie, se abrió paso entre la gente y salió del pub. Pierce aguardó unos instantes y fue tras ella. En la calle, sólo encontró a la vendedora de flores que, sentada entre sus ramilletes mustios, lo miraba con una sonrisa.

Al cabo de un tiempo, las respuestas de los especialistas invitados al congreso comenzaron a llegar al St. Bartholomew. Las primeras cartas, colmadas de evasivas, hesitaciones y ambigüedades, no lograron desanimar a Pierce. Sin embargo, cuando recibió la del doctor Zimmermann —una de las hipóstasis de esa deidad germana de tres cabezas encarnada en el Círculo de Múnich— ya no tuvo dudas de que el simposio había sido blanco de un boicot. Los alemanes no vendrían.

Estrictamente hablando, Zimmermann no había escrito una carta, pero de todos modos dejaba muy clara su posición. Dentro del sobre, Pierce encontró un artículo periodístico publicado por el Münchner Neueste Nachrichten el 22 de julio de 1921. En el margen superior, debajo del nombre del periódico y la fecha, Zimmermann había garabateado unas pocas palabras en inglés: «Confío en que será capaz de descifrarlo». A la derecha, redactada en lápiz, casi borrada, había otra frase en alemán escrita sin duda por la misma mano tiempo atrás, y que no le estaba directamente dirigida. La escueta observación anunciaba: «No un suceso aislado».

el caso del artillero kopp

El artillero Helmut Kopp, nacido en Osdorf —pequeño pueblo de Prusia occidental—, era hijo único de un criador de cerdos y una costurera. Combatió en el frente del este desde el inicio de la guerra hasta mediados de 1917. Fue herido durante la batalla de Riga; una esquirla de obús le destrozó la cara, arrancándole el maxilar inferior. Trasladado a un hospital de Hamburgo, Kopp se debatió entre la vida y la muerte durante semanas. Sobrevivió, pero los médicos no pudieron hacer mucho más por él. Las técnicas de reconstrucción facial tienen un límite, y a Kopp le faltaba la mitad del rostro. Debajo de la hilera superior de dientes, no quedaba nada más que un vacío rojo, gorgoteante y húmedo. Al dolor físico que experimentaba el artillero se agregaba otro: la tortura mental de verse desfigurado, mudo, y de saber que su prometida, que ignoraba la tragedia y lo esperaba en Osdorf, rompería el compromiso apenas descubriera en lo que se había convertido. En el hospital, Kopp comenzó a recibir las visitas de un psiquiatra, el doctor Z…, quien, mediante nuevas técnicas de sugestión, influyó de manera positiva en el ánimo devastado del artillero. A los buenos pronósticos del tratamiento psíquico por hipnosis se sumó, poco después, otra novedad: uno de los cirujanos ortopedistas del hospital había logrado diseñar un maxilar inferior. Fabricado con metal, alambre, madera y cuero, el dispositivo se adosaba a la cabeza mediante un sistema de correas, y aunque el resultado estaba lejos de ser admirable al menos ocultaba de la vista el siniestro vacío que se abría debajo de sus dientes.

Al cabo de once meses de hospitalización, supuestamente restablecido de sus heridas, el artillero regresó a Osdorf. Pasó un par de semanas en la granja familiar, encerrado en su habitación, sin atreverse a visitar a Johanna, su prometida, ni dejarse ver en el pueblo. La

muchacha, sin embargo, terminó por enterarse del regreso de Helmut, y se presentó una tarde en la granja de la familia, dispuesta a entrevistarse con él. A pesar de la negativa de los padres, Johanna logró abrirse paso a la fuerza hasta la habitación. Vio a Helmut, lo que quedaba de él. No volvió a renovar la experiencia.

El golpe de gracia llegó unos meses más tarde, cuando Kopp se enteró de que Johanna iba a contraer matrimonio con un comerciante de Osdorf. Fue entonces que su débil estructura psíquica terminó de derrumbarse. La noche previa a la boda, Helmut Kopp asesinó a sus padres, mató a los cerdos de la granja, los cargó en una carreta, se dirigió a la iglesia donde al día siguiente se llevaría a cabo la ceremonia y decoró el interior del templo con los animales muertos. Cuando los novios y las familias llegaron al lugar, el sacerdote y dos monaguillos intentaron impedirles la entrada. No lo consiguieron. Entre los santos y las vírgenes de yeso colgaban los cerdos degollados. La sangre chorreaba aún de sus cuellos abiertos, manchando el piso, los altares, los bancos, las velas y las flores.

Kopp se había ahorcado. Colgaba entre los cerdos, a la izquierda del altar.

A la curiosa negativa de Zimmermann, como una avalancha ya prevista, siguieron las otras; más breves y frontales, el resto de los psiquiatras convocados se limitaba a rechazar la invitación aduciendo compromisos previos.

Ninguna carta de Stenheimer.

La entidad más alta de la trinidad asumía prerrogativas divinas: el silencio, la invisibilidad. Sin embargo, detrás del naufragio del congreso, Pierce vio recortarse la vasta sombra de su enemigo. Tenía que admitirlo: su adversario había ejecutado un golpe maestro. Dictaminar la inutilidad del simposio equivalía a refrendar su caída definitiva.

La frustración y el rencor lo empujaron a escribir por segunda vez al alemán. En aquella esquela, que lo rebajaba casi al lamentable papel de amante despechado, Pierce pedía explicaciones; comenzaba con un tono más bien distante, pero a medida que avanzaba el estilo se iba transformando para dejar asomar, aquí y allá, las aristas desencantadas de un discurso hostil, impreciso e indigno de él. Después de despachar la carta, se arrepintió. Pero ya era tarde. La respuesta, al igual que en la ocasión anterior, nunca llegó.

Pero el golpe más duro estaba aún por venir.

Un sábado por la mañana, de manera tan inopinada como la primera vez, Mr. Stevenson llegó al sanatorio. Lo acompañaba sor Rachel. Era muy temprano y salvo Hastings y la cocinera, que a esas horas preparaba el desayuno, en el sanatorio todo el mundo dormía.

Pierce se vistió y bajó al vestíbulo. De espaldas a la escalera, la monja observaba el cuadro de Bouguereau. Parecía aun más alta que en su recuerdo, y si correspondió a su saludo lo hizo en un tono de voz casi inaudible. Stevenson, por su parte, ni siquiera le dio tiempo de preguntar por el motivo de su visita; todavía no había terminado de saludarlo, cuando el anciano se embarcó en un enrevesado preámbulo, colmado de alabanzas y sobrentendidos. El método empleado con su protegido había sido hasta cierto punto eficaz, admitió Stevenson, pero las conclusiones finales, aquellas que Pierce había compartido con él semanas atrás, en su despacho, eran sin duda falsas.

—He reflexionado mucho, doctor —dijo Stevenson—. No ha sido una decisión fácil de tomar, pero he venido para trasladar a David a un hospital de Edimburgo.

—Pero, eso es imposible… —atinó a balbucear el psiquiatra.

—¿Imposible? ¿Por qué?

La respuesta a aquella pregunta era para Pierce tan evidente que sólo atinó a mover las manos, como si la explicación estuviese a la vista.

—¿No se da cuenta? Pone usted en peligro mi trabajo —dijo, por fin.

—Ah, claro, su trabajo… —repitió el anciano—. Doctor, creo que acaba usted de dejar muy en claro cuáles son sus prioridades.

Siguieron días nevados, sombríos. Acosado por las neuralgias, el psiquiatra se hundió en la melancolía. En sus noches de insomnio, la nieve que cubría las colinas circundantes, los árboles, el jardín que rodeaba el asilo agregaba al silencio la redundancia de una blancura en la que Pierce adivinaba ya el final de sus aspiraciones.

Al verse privado de su paciente más importante, intentó retomar el trabajo con la trinidad conformada por Cavendish, Stanton y Ephistone. Existía un abismo entre los resultados obtenidos en Bradley y los otros, y la imprevista desaparición del prodigio vino a ensanchar esa distancia y a modificar el comportamiento de sus tres adeptos. Ephistone, el capellán, predicaba ahora como un apóstol desquiciado, anunciando en los jardines, salones y corredores del sanatorio la muerte y resurrección del Ingeniero, tal como lo llamaba, y al pronunciar el sustantivo lo hacía con la misma devoción que en el pasado podría haber puesto al decir «Hijo de Dios» o «Salvador». El Ingeniero, afirmaba, regresaría al mando de un regimiento fantasma, precedido por una nube de gas, para juzgar a los dementes y a los cuerdos; el Ingeniero reuniría un nuevo ejército y construiría máquinas de aniquilación (gigantescas arañas de metal, atroces hormigas blindadas) y volverían a cavar trincheras, un sistema de defensa inexpugnable, y así vencerían de una vez y para siempre a los demonios del infierno. Stanton, por su parte, se paseaba día y noche con su valija de monstruos, y una mañana temprano el jardinero irrumpió en el despacho de Pierce para anunciarle que acababa de encontrar a Cavendish, cerca de «la habitación de las rosas», devorando el cuerpo mutilado de Mr. Pumpkins, el gato de la cocinera.

Los alaridos que, ciertas madrugadas, recorrían los pasillos del edificio, esos gritos que arañaban la puerta de su despacho, llegaron a resultarle a Pierce irreales, como murmullos provenientes de otra dimensión. De la misma manera, cuando su asistente, el doctor Hastings, entró en su despacho una mañana para anunciarle su renuncia (alegando que la partida de Bradley echaba por tierra la continuidad del proyecto), Pierce no pudo reaccionar enseguida. Durante algunos segundos se quedó mirándolo, incrédulo, pensando en lo mucho que parecía haber envejecido Hastings en aquellos años, y entonces volvió a percibir el olor a legumbres hervidas y éter que despedía su piel y su ropa. Sintió de pronto el impulso de abalanzarse sobre aquel hombre y estrangularlo, o de reventarle la cabeza contra el suelo, tentación que a duras penas logró reprimir. En cambio, volvió a bajar la vista sobre el informe en el que trabajaba y susurró con frialdad que hiciera lo que tuviera que hacer, sin dilaciones. Dos horas más tarde, Hastings abandonó el asilo, sin que Pierce consintiera volver a recibirlo; la hipócrita ceremonia de la despedida estaba fuera de sus posibilidades.

El universo que Pierce había creado —el sanatorio campestre donde, gracias a su nuevo método terapéutico, traería de regreso a la vida a los alienados de la guerra— se desmoronaba a su alrededor sin que él pudiera hacer nada al respecto, salvo constatar la extensión del desastre. Por la misma época, otros miembros del personal decidieron también partir: el ayudante de cocina primero, dos enfermeras después. Como un barco de piedra varado entre las colinas, el St. Bartholomew se enfermaba también del trastorno que aquejaba a sus pasajeros y, sobre todo, de la inacción que paralizaba a su capitán. Los tejados se cubrían poco a poco de moho, el revoque caía, las puertas de madera se combaban a causa de la humedad, las cerraduras se oxidaban; el jardinero no daba abasto para ocuparse como correspondía del enorme parque que rodeaba a la propiedad, y lo mismo sucedía en la cocina, donde la desidia reducía el menú semanal a unos pocos platos con idéntico sabor. Las clases de música, pintura o carpintería cayeron en desuso. La biblioteca, que nunca había sido muy frecuentada por los internos, se cubrió lentamente de

polvo. Al final hasta las prostitutas de Edimburgo se negaban a viajar hasta el sanatorio.

La mano derecha del psiquiatra, lanzada a redactar cualquier frase banal —una observación en alguna historia clínica, el pedido de una nueva caja de ampollas de morfina—, se encontraba con frecuencia anquilosada sobre la página. A veces, ante sus ojos cansados, la mano cambiaba de aspecto y se transformaba en algo indecible: una rata, hermana de la alimaña de hierro que vivía dentro de su cráneo. Entonces, Pierce abandonaba el despacho y se dirigía a la sala de cristal ubicada en los fondos del edificio, donde por primera vez había observado nadar al ingeniero. Allí, bajo la cúpula de vidrio opacada por la suciedad, rememoraba la disputa con Mr. Stevenson, sus vanos intentos por retener a su paciente, la sonrisa sarcástica de la monja (que segundo a segundo parecía crecer en altura) y la última mirada que le había dirigido el ingeniero Bradley al trasponer la puerta del sanatorio —una mirada en la que podía leerse la incertidumbre, el miedo, un silencioso pedido de auxilio— y, por último, el coche que se alejaba del sanatorio sobre el sendero de grava para franquear, por fin, la reja de entrada y desaparecer por el camino, en dirección al pueblo. A veces también pensaba en Anne y en aquella cita en la que la enfermera había representado el papel de Lilith, su gemela. De cualquier manera, sus cavilaciones desembocaban siempre en la misma encrucijada, la aversión que le profesaba su enemigo, Günther Stenheimer. Debía existir algún motivo para tal odio, se decía Pierce, una causa más profunda que la antipatía que podían prodigarse dos psiquiatras enfrentados por teorías opuestas. De otro modo, ¿por qué su adversario se había negado de plano a considerar su método terapéutico? ¿Qué oscura e inconfesable razón lo obligaba a optar por una conducta tan alejada de lo que uno podría esperar de un estudioso del alma humana?

Por otro lado, Pierce tenía la certidumbre de que muy pronto sería incapaz de soportar la virulencia de las neuralgias. Durante meses había luchado contra el dolor, pero en el presente se inyectaba bajas dosis de morfina a diario. De hecho, le resultaba inconcebible haber resistido durante tanto tiempo a esa inyección de rutina, y mientras se prometía consultar lo antes posible a un cirujano se consolaba con la promesa de acabar con aquel hábito el día mismo en que extirparan la esquirla de su cráneo.

Cuando no acudía a la sala de cristal, el psiquiatra recorría, a altas horas de la noche —como un paciente más o un alma en pena— los pasillos y jardines del sanatorio. En aquellos paseos nocturnos meditaba a veces sobre la traición repetida de que había sido objeto. Pierce aborrecía el papel de víctima. Y, sin embargo, al considerar imparcialmente los hechos, le resultaba imposible no pensar en una confabulación, de la cual, de una manera lateral e incomprensible, Stevenson, Anne, Stenheimer y hasta su antiguo asistente, Hastings, formaban parte.

En ocasiones entraba en la habitación que había ocupado Bradley, abría el ropero donde su expaciente guardaba los ejemplares mal embalsamados y se quedaba contemplándolos. Muchas veces encontraba allí a Ephistone, hincado frente a las puertas abiertas del mueble, orando con fervor frente a los conejos, ardillas y pájaros deformes. Las bestias, cosidas con burdas puntadas, le recordaban a Pierce los rostros mal reconstituidos que había tenido oportunidad de contemplar, al finalizar la guerra, en ciertos hospitales de París y Londres, y también a las psiquis deshechas de sus propios pacientes, esos pedazos abstractos que él debía juntar y pegar para intentar reconstruir al hombre. Otras veces, el psiquiatra se desplazaba hasta la zona de trincheras y recorría el simulacro, recordando sus meses en el frente, el estrépito del bombardeo, las ratas, los pueblos en ruinas. Con las primeras luces de la madrugada, regresaba a su cama; recién entonces, lograba dormir algunas horas.

En lo más crudo del invierno, dos pacientes fallecieron con apenas unas horas de diferencia; uno a causa de neumonía, el otro víctima de un ataque al corazón. Las familias enviaron criados

al St. Bartholomew para gestionar el traslado de los cuerpos. Los encargados de efectuar la remoción llegaron al sanatorio un domingo por la tarde, a la misma hora, conduciendo cada cual su propio vehículo, como si se hubiesen puesto de acuerdo. Uno era bajo y corpulento; el otro alto y delgado. Ambos vestían de luto. Los recibió una enfermera que había empezado a trabajar en el sanatorio pocas semanas atrás. Ya era noche cerrada cuando, desde la ventana de su despacho, el psiquiatra observó pasar a los hombres, empujando las camillas con los ataúdes sobre la nieve. Dunn, el jardinero, les echó una mano para cargar los féretros. Un búho ululó en la tiniebla. Poco después, los vehículos traspusieron el portal y se perdieron en la oscuridad.

Pierce se retiró de la ventana, se recostó en el sofá y volvió a la lectura del periódico que había interrumpido poco antes. En una de las páginas dio con un artículo que llamó su atención. En 1918, un soldado francés que formaba parte de un convoy de prisioneros proveniente de Alemania había sido encontrado, confuso y perdido, en el andén de la estación ferroviaria de Lyon. No tenía papeles, ni placa de identificación. No recordaba quién era, ni de dónde venía. Los que lo interrogaron creyeron discernir un nombre en su turbio balbuceo: Anthelme Mangin. El soldado fue internado en el asilo de alienados de Bron. Desde entonces su estado no había cambiado. Con el objetivo de encontrar a sus familiares, el ministerio de pensiones francés había tomado la iniciativa de publicar su foto en la prensa. Lo sorprendente del caso no era el estado de amnesia del supuesto Anthelme Mangin, sino las repercusiones que había suscitado: trescientas familias de distintos países —entre ellos Francia, Canadá, Gran Bretaña y Lituania— reconocieron en la foto a un padre, un esposo, un hijo o un hermano desaparecido durante la guerra. La mayoría de aquellos supuestos familiares era sin duda farsantes que intentaban estafar al Estado francés y hacerse de una pensión de guerra; habría otros, sin embargo, que actuaban de buena fe y habían reconocido en ese rostro los rasgos de un ser querido.

Dejó caer el periódico y se quedó pensando en los efectos de la inesperada aparición de aquel fantasma. Esas personas ignoraban quizá que los hombres que un día se van a la guerra no regresan jamás. Los que vuelven son siempre otros: los dobles de los que una vez se fueron. Habían escapado a la muerte, pero retornaban arrastrando a un gemelo atrofiado, monstruoso, con quien estarían obligados a convivir el resto de sus días. Existía, sin embargo, otra posibilidad más inquietante: que unos pocos (muy pocos) supieran que ese hombre no era el que esperaban, y que, de todos modos, hubiesen decidido mentir acerca de su identidad para recibirlo en el seno de la familia e intentar modelar ese cuerpo deshabitado, sin memoria, a imagen y semejanza del otro, y convertirlo así en una copia espuria del padre, el esposo, el hermano o el hijo desaparecido.

Unos golpes en la puerta lo arrancaron de sus reflexiones y la misma enfermera que había recibido poco antes a los criados entró en el despacho.

—Un hombre lo busca —dijo la muchacha.

—¿A esta hora?

La enfermera se apresuró a extenderle una tarjeta. Pierce la recibió, leyó, enarcó las cejas.

—Acaba de llegar —agregó—; lo espera en el hall.

El doctor Günther Stenheimer era un hombre de unos cincuenta años, de estatura media, robusto, cuya portentosa cabeza parecía hundirse entre sus hombros sin el sostén de un cuello. Procuraba ocultar su labio leporino debajo de un espeso bigote, y sus ojos azules eran pequeños e inquietos. Antes de bajar a reunirse con él, Pierce se detuvo a observarlo desde lo alto de la escalera. Con el abrigo y el sombrero aún puestos, Stenheimer estudiaba el óleo que colgaba de una de las paredes de la recepción, Dante y Virgilio en el infierno. Sabía que Pierce lo observaba, aunque simulaba no haberse percatado de su presencia.

Pierce se apresuró a bajar. Sin apartar la vista del cuadro, Stenheimer murmuró, en su áspero inglés:

—No conozco bien la Comedia. ¿En qué círculo se sitúa este episodio?

—Octavo, donde se castigan los pecados relacionados con el fraude —explicó Pierce—: proxenetas, aduladores, falsos profetas, hipócritas, fraudulentos…

Stenheimer asintió. Una sonrisa asomó en su cara rechoncha, colorada, y luego se dilató en un abierto gesto de sarcasmo. Se apartó del cuadro y giró hacia su colega, abriendo al mismo tiempo los brazos como un oso a punto de estrechar a su víctima. Pierce dio un paso instintivo hacia atrás. La reacción no pasó desapercibida al alemán, que insistió en su ofensiva. El inglés capituló.

Cuando se separaron, Pierce ensayó una frase de bienvenida:

—Doctor, si me hubiese prevenido de su visita, habría dispuesto un recibimiento más acorde…

—Mi estadía será breve —lo interrumpió Stenheimer—. No obstante, cuento con poder pasar aquí la noche. Me iré por la mañana, temprano.

—Desde luego —aceptó Pierce—, pero, antes que nada, déjeme decirle que ha viajado usted en vano. El ingeniero Bradley ya no se encuentra entre mis pacientes. Se lo han llevado de aquí, de manera inopinada, hace ya algunas semanas…

Con un movimiento de su mano derecha, Stenheimer desestimó aquella información capital. En cambio, dijo:

—Mi estimado colega, aún no he cenado.

Pierce impartió algunas directivas; ordenó que se dispusiera la cena para el recién llegado y le pidió al jardinero que llevara el equipaje a «la habitación de las rosas», aunque el alemán insistió en guardar con él un pequeño portafolio de cuero negro. Obligar a su adversario a dormir en la misma cama en la que sus pacientes se habían solazado tantas veces con las meretrices de Edimburgo era un acto mezquino. Y, sin embargo, el psiquiatra no pudo resistirse a aquel ultraje secreto, como si, a partir de ese instante, otro —una entidad inquietante; Unheimlich, la había llamado Freud— hubiese tomado el gobierno de sus decisiones y sus actos.

Durante la cena, Stenheimer se obstinó en consideraciones de una trivialidad insultante. Mientras masticaba y bebía con avidez, la más alta cabeza de la psiquiatría europea monologaba sobre horarios ferroviarios, chaquetas de tweed, cigarros, cerveza, relojes, y también sobre una cabaña en los Alpes bávaros, lugar donde solía retirarse, sobre todo en la estación estival, cuando sus obligaciones se lo permitían. Hablaba y devoraba sin interrupción, echando, de tanto en tanto, una mirada de reojo al cartapacio que había dejado sobre la mesa. Más que aquel fútil parloteo o la saliva violácea que expulsaba su colega al hablar, lo que irritaba a Pierce era el labio superior amorfo, rajado, que el alemán intentaba en vano disimular bajo el bigote. La anomalía confería a sus rasgos una mueca voraz. Cuando el alemán atacaba el postre, Pierce sintió la primera advertencia del final que le deparaba aquella noche. Nunca hasta entonces el preámbulo a sus neuralgias había sido tan brutal, como si un hierro candente acabara de atravesarle el cráneo.

Cerró los ojos; un gesto de sufrimiento le cruzó la cara.

—¿Se siente bien? —preguntó Stenheimer.

Pierce asintió. Como una ola que se retira de la playa, el dolor retrocedía, pero la tregua, lo sabía, era temporal. Decidió, pues, abreviar en lo posible la velada.

—Doctor, como le dije a su llegada, el ingeniero Bradley ya no es mi paciente —Pierce no pudo evitar cierto patetismo en su voz—. En estas circunstancias, la exposición de mi método

terapéutico será incompleta y parcial. Preferiría, por lo tanto, continuar con nuestra conversación en otro momento…

—Seré franco con usted —Stenheimer exhibió, ya sin ningún recelo, la sonrisa distorsionada que dividía su cara—: en este instante me vienen a la mente dos o tres lugares en los que me encontraría más a gusto que en esta, si me permite la expresión, penitenciaría de lujo para dementes de abolengo. Si estoy aquí, esta noche, es a causa de su obstinada perseverancia, y también porque nuestros colegas más eminentes se han alarmado al leer su informe y me han rogado que tome cartas en el asunto. Pasaré por alto algunos detalles, pero digamos que, con mayor o menor vehemencia, todos insisten en que sería conveniente poner un término a las experimentaciones que lleva usted adelante en este sanatorio. De manera que, cuanto antes reventemos el absceso, mejor será para los dos. En Alemania tenemos una máxima que viene muy al caso: Den inneren Schweinehund besiegen, lo que podría traducirse, de manera aproximada, como «vencer al perro-cerdo que llevamos dentro»; es decir, sobreponernos a uno de nuestros peores enemigos, la pereza, entendida esta no sólo como flojedad o negligencia física sino también y, sobre todo, intelectual. Me gusta el aire casi medieval de ese animal fantástico, el perro-cerdo. Encantador, ¿no le parece? —Stenheimer hizo una breve pausa y aseveró—: Doctor, urge decapitar al Schweinehund que ha hecho su madriguera entre estos muros. Lo haremos juntos, usted y yo. Será un interesante ejercicio de mayéutica. Luego podré irme a dormir con la conciencia tranquila y la satisfacción del deber cumplido. Y mañana, a primera hora, como ya le he dicho, emprenderé el largo viaje de regreso a Múnich, donde me esperan múltiples obligaciones clínicas y académicas, además de mi esposa, mi prole, y, a usted puedo confesárselo, mi joven amante: una voluptuosa estudiante berlinesa.

Stenheimer desgranó aquel humillante discurso de un tirón y se puso de pie. La servilleta, arrugada y sucia, cayó de su regazo. Tomó luego el portafolio y, en un tono que parecía más una orden que una sugerencia, dijo:

—¿Brandy? ¿En la biblioteca?

Repantigado en uno de los sillones, con una copa en una mano y un cigarro en la otra, el doctor Stenheimer se extravió otra vez en una letanía de consideraciones triviales. Volutas de humo giraban alrededor de su cabeza, formando una corona evanescente, nimbo que a Pierce le recordó la atmósfera que envolvía las trincheras, esa nube de tabaco dentro de la cual los soldados intentaban protegerse del hedor que los asediaba. El portafolio reposaba sobre el regazo del visitante, y Pierce lo observaba con recelo, como si se tratara de una caja de Pandora lista a liberar algún mal supremo. El alemán terminó por advertir la mirada de su anfitrión y entonces interrumpió una anécdota irrelevante para dejar su copa sobre una mesita e introducir su mano dentro del portafolios.

—He comprado esto en Londres, es un regalo para mi hijo Klaus.

Stenheimer extrajo del maletín un cofrecito de madera, abrió la tapa y sacó un soldado de plomo, un Sturmtruppen de la infantería alemana. Lo observó durante un rato, haciéndolo girar entre sus dedos. Luego depositó el soldado sobre la mesa, junto a su copa, y dijo:

—Aún no terminamos de contar los muertos y ya estamos preparando a las jóvenes generaciones para una nueva guerra…

—¿Por qué los ha comprado, entonces? —inquirió Pierce—. Podría regalarle a su hijo otra cosa.

—¿De verdad piensa que privarlo de estos juguetes cambiaría algo? —Stenheimer sacó de la caja otro soldado, esta vez inglés, y lo ubicó frente al alemán—. Lo sabe tan bien como yo: Lebenstrieb y Todestrieb, Eros y Tánatos son duales e indisociables. Como cualquier niño,

nosotros también hemos jugado a la guerra, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, Stenheimer volvió a hundir la mano en su portafolios y extrajo un fajo de papeles. En la cubierta, el título aparecía algo borroneado, pero Pierce no tuvo dificultad para descifrarlo: El ojo de Goliat: Psicopatología de guerra e hipnosis.

—¿Por qué tiene usted una copia de mi libro? —preguntó Pierce.

—Formo parte del comité de lectura de la Internationaler Psychoanalytischer Verlag. Pensé que lo sabía…

—No, no estaba al tanto, pero ahora que lo sé no me sorprende.

Stenheimer sonrió, dio una calada a su cigarro y la ceniza se derrumbó sobre los papeles.

—Volviendo al tema anterior —dijo—, pienso que para usted, doctor, la guerra sigue siendo un juego…

—¿A qué se refiere?

—A su libro, desde luego —Stenheimer hizo tamborilear los dedos sobre los folios—. La explicación de su método terapéutico parece más una novela que una obra de psiquiatría. He marcado algunos pasajes. Escuche este, por ejemplo: «Al empujar las puertas del inconsciente, el hipnotizador paga un precio. Y, en ocasiones, se trata de un precio muy alto. El hipnotizador es un médium, la voz que convoca a los demonios, un exorcista con el poder de comandar legiones, expuesto, también él, a los peligros de la alienación y la omnipotencia». ¡Deslumbrante! Digno de la pluma de Hoffmann. Y este otro: «Yo convivo a diario con la enfermedad. Vivo dentro de ella. La huelo, cada minuto. La locura huele a excrementos, a vómito, a sangre. A veces huele a carne cruda, a cera fría, a gasas húmedas, a éter. Mi propia ropa, mi pelo, mis manos están impregnados del olor de la enfermedad. Esta es mi vida y mi guerra. El sanatorium, mi campo de batalla y mi templo. No tengo familia, ni esposa, ni amante a la que acudir al final de la jornada. Mis noches están atravesadas de aullidos. Los reconozco. Ese grito agudo y prolongado es el del ‘antropófago’. Ese otro, entrecortado de sollozos, es Stanton, ‘el resucitado’. Aquel, grave y repetitivo como el golpe de un martillo, es el capellán que habla con Abadón, el ángel exterminador, rey de un ejército de langostas. Mi propia cabeza está impregnada de las imágenes que veo en los cerebros de mis pacientes…». Conmovedor, doctor Pierce. Admito que aquí se desvía usted de lo novelesco para deslizarse hacia una especie de autobiografía espiritual, artificio que renueva a menudo a lo largo de las páginas. Y esa es la palabra clave, el término que mejor define la obra, si podemos llamarla así: «artificio». Es decir, disfraz, simulación, doblez. Nos ha querido vender gato por liebre, o cerdo por perro, si nos atenemos al viejo dictum de mi tierra…

Stenheimer prosiguió desmantelando el libro en los mismos términos. Citaba, comentaba, deslizaba una ironía o un sarcasmo, oponía contraejemplos, criticaba los procedimientos del método y desmantelaba los supuestos resultados. Expansivo y brutal, hasta se permitió enmendar por momentos la sintaxis del texto, en una lengua que no era la suya. Habituado a disertar en hemiciclos universitarios, consciente de sus dotes histriónicas, se dejaba llevar por el sonido de su propia voz y por las imprevisibles ocurrencias que iban puntuando el vituperio general de la obra. Los folios estaban marcados y comentados en los márgenes, pero Stenheimer no necesitaba leerlos, porque había guardado en la memoria cada crítica, cada incongruencia y cada error asentado previamente por su propia mano. Cuanto más se demoraba el alemán en aquel ejercicio de censura, más lejano e inaccesible parecía el inglés. La neuralgia que un rato antes había arañado apenas su cráneo ahora hundía sus garras en él. Pierce sentía los huesos de su cabeza separarse, y —allá adentro— una caprichosa marea de clavos moviéndose de un lado a otro arrastraba en su vaivén fragmentos del escarnio y las diatribas de su enemigo.

—De más está decir que El ojo de Goliat jamás será publicado por la Internationaler Psychoanalytischer Verlag —afirmó Stenheimer en algún momento—. Pero le repito: quizá tenga más suerte en alguna otra casa editorial, una que se dedique a la ficción. Tal vez pueda vender el librito como lo que es: una novela.

Lo que sucedió a continuación —el lento pandemónium que fue desplegándose durante el final de esa noche terrible— Pierce nunca logró recordarlo con exactitud. Las imágenes se mezclaban, como si el descuartizamiento del libro se hubiese diseminado sobre la realidad circundante y aquel caos hubiese penetrado luego todos sus recuerdos.

Edward Pierce se puso de pie. Sentía la cabeza pesada, las sienes le latían. El dolor volvía a retirarse, pero no tardaría en volver. Se alisó la ropa y se dirigió hacia la puerta de la biblioteca.

—Su habitación se encuentra atravesando el jardín, junto a las antiguas caballerizas —murmuró Pierce, evitando mirar al alemán—; lo acompañaré…

—Doctor, ¿no quiere saber por qué he hecho todo esto?

Pierce permaneció junto a la puerta, en silencio, la mano cerrada alrededor del picaporte.

—Se lo diré, de todos modos… En 1918, hacia el final de la guerra, yo trabajaba en el hospital de Pasewalk, en Pomerania, junto con el doctor Edmund Forster. Recibíamos todo tipo de casos provenientes del frente occidental. Entre ellos nos llegó un día un cabo, mensajero de un regimiento bávaro, que había quedado expuesto a un ataque con gas mostaza y estaba ciego. Sufría también de insomnio. Un claro caso de Kriegsneurose, como lo llamábamos nosotros, y que ustedes denominaron shell shock. Se trataba de un hombrecito banal, nervioso, que pasaba los días lamentándose por un perro que había perdido en el frente, y cuya ocupación principal era fastidiar a enfermeras y médicos con innumerables reclamos: acusaba a los otros internos de aprovecharse de su ceguera para robarle comida, se quejaba de los fumadores, de los lamentos de los heridos, de los estertores de los moribundos, pero él se permitía, por ejemplo, importunar a todos con sus caprichos o con extensos y delirantes discursos antisemitas que profería a cualquier hora desde su cama, y en los que endilgaba a judíos y comunistas la culpa por la guerra perdida. Era de ese tipo de persona que en todo momento invocaba y exigía el respeto de unas reglas que debían aplicarse a rajatablas, pero siempre a los otros; esas mismas reglas, desde luego, nunca lo alcanzaban a él, que se consideraba superior a cualquiera de sus semejantes. Se autodefinía librepensador, artista, arquitecto, y soñaba con construir multitudes de óperas en Alemania, para que las masas acudieran a escuchar Wagner, su compositor predilecto. Se trataba, lo repito, de un hombrecito anodino, insustancial, la quintaesencia de la vulgaridad y la imbecilidad más desesperantes —Stenheimer guardó los dos soldaditos de plomo, el inglés y el alemán, en el cofre de madera, y este en su portafolio; lo mismo hizo enseguida con la copia del libro y prosiguió—: Este cabo, cuya ceguera, a mi entender, no era resultado del gas sino de la histeria, como ya le he dicho, fue tratado por el doctor Forster con un método terapéutico muy próximo al suyo, un procedimiento basado en la hipnosis. En pocas semanas el paciente experimentó un cambio extraordinario. Recobró la vista y el sueño, dejó de quejarse por todo y abandonó esa marcada propensión al ridículo que hacía que nadie pudiera tomarlo en serio. Fue, créame que no exagero, como presenciar la eclosión de una crisálida para ver emerger un insecto peculiar, repugnante y venenoso. Todo lo que hacía de aquel personaje alguien insignificante, despreciable y grotesco desapareció bajo una coraza, y en sus delirantes y descosidas opiniones empecé a vislumbrar los cimientos de un sistema. Un sistema de odio y destrucción. En aquel momento no creí o, mejor dicho, no quise creer que aquel engendro llegaría muy lejos. Desaparecerá, pensé, languidecerá en algún regimiento olvidado, hablando de la guerra, rememorando las cosas que suelen recordar los soldados, idealizando esos estúpidos años de horror en el frente como el

mejor momento de su existencia. Lo vi partir del hospital una mañana, con su uniforme raído; la guerra estaba perdida para Alemania, pero tuve la extraña, la misteriosa intuición de que no lo estaba para él. Apenas desapareció de mi vista, lo olvidé. Durante estos últimos años sólo volví a pensar en ese hombre circunstancialmente, cuando usted disertaba sobre las bondades de la hipnosis en algún seminario, o cuando leía un artículo al respecto. Pensará, sin duda, que lo que acabo de relatarle refuerza de algún modo su teoría. Tal vez, doctor. El problema es el siguiente: nunca sabemos con certeza a quién estamos aplicando dicho método. La hipnosis es un arma de doble filo, una irresponsabilidad que puede llegar a tener consecuencias inesperadas e indeseables. Hipnotice usted a un psicópata, por ejemplo, convénzalo de sus capacidades, imprima en su psiquis la seguridad de la que carece y la fuerza de voluntad que nunca tuvo, y el resultado puede ser ese hombrecito del cual le he estado hablando y que, hace cosa de un mes, junto con otros secuaces, ha perpetrado un intento de golpe de Estado en Alemania. Antes de seguir el tratamiento del doctor Forster, aquel cabo ciego y ridículo que conocí en el hospital de Pasewalk no hubiese podido aspirar a gran cosa; deshollinador, zapatero, vendedor de pescado, mozo en alguna cervecería. Hoy es el jefe de un partido político en alza, cuya odiosa elocuencia ejerce un extraño poder sobre sus semejantes; la cabeza de una Gorgona que todavía no ha vomitado todo su odio.

Durante el tiempo que duró la alocución del alemán, Pierce permaneció inmóvil, la mano cerrada alrededor del picaporte. Parecía más viejo; un hombre cansado, vencido. Mientras el eco de la voz de Stenheimer terminaba de apagarse entre las paredes de la biblioteca, Pierce abrió la puerta y susurró:

—Después de usted…

De aquella noche impar, asimétrica, la primera parte había transcurrido bajo el signo de la humillación; la segunda, en cambio, sería para Edward Pierce la confirmación de que aun la más completa y total de las derrotas puede engendrar a veces una moderada dosis de satisfacción, y también que existe cierta voluptuosidad en el hecho de abandonarse al ineluctable devenir de los acontecimientos.

Salieron al jardín nevado. Pierce iluminaba el camino con un farol. La noche se había cubierto de bruma. Mientras avanzaban a través de la nieve y la niebla, Stenheimer retomó su parloteo insustancial. Pierce, que sentía por tercera vez los síntomas inequívocos que anunciaban la neuralgia, apenas lo escuchaba. Sabía que, en esta ocasión, el dolor no remitiría, que en cualquier momento la rata de hierro reanudaría su sádico trabajo, impidiéndole pensar e incluso moverse, y que necesitaba con urgencia la dosis de morfina que desactivara el macabro mecanismo que ya se había puesto en marcha. Vio la jeringa de plata y la ampolla, en su cuarto, sobre la mesa de noche, junto al libro de Stevenson. Se vio a sí mismo, sentado en la cama, inoculándose la morfina. Vio la sustancia entrar en el torrente sanguíneo y seguir el sistema de arterias y venas, congelando a su paso el fuego que lo abrasaba, y alcanzar por fin la madriguera donde la rata de hierro arañaba enloquecida las paredes de hueso. Una campana de hielo caía entonces sobre el animal, que quedaba inmóvil, embalsamado, suspendido entre dos existencias. La voz de Stenheimer lo trajo de nuevo a la realidad, aunque Pierce ya no estaba seguro de que la realidad fuera ese jardín blanco y cubierto de bruma sobre el que avanzaban, a la luz del farol, o la otra, en la que él yacía sobre la cama de fierro esmaltado, en su habitación del tercer piso, observando un islote erizado de camas idénticas a la suya —algunas muy altas, otras diminutas, otras más cuyos barrotes crecían hacia el cielo tormentoso como tallos de metal— adheridas a los flancos de piedra, inclinadas y en precario equilibrio. Las sábanas restallaban en el viento. Edward Pierce se vio a sí mismo en cada una de esas camas, copias exactas de las que atestaban

el hospital de campaña del Somme, ese otro país de las maravillas, adonde había ido a parar a causa de la esquirla incrustada en el parietal derecho. Mientras los heridos seguían llegando sin interrupción desde el frente, y el hospital se colmaba de alaridos y lamentos, el ojo del médico, agrandado por el aumento de una lente, buscaba la chispa de metal hundida en su cabeza, ese fragmento de muerte en suspenso, la negra gota de tortura que, a medida que el tiempo pasara (no el tiempo tal como lo experimenta el común de las personas, aquel rutinario transcurso de días, semanas, meses o años, sino el río subterráneo, de aguas barrosas, custodiado por un dios sanguinario y antiguo, una deidad con cabeza de toro o caballo) se iría convirtiendo en esa rata que vivía dentro de su cráneo.

A lo lejos, Pierce percibió movimiento detrás de los árboles, sombras que avanzaban, agazapadas en la bruma, siguiendo la luz del farol, pero el psiquiatra se desentendió muy pronto de ellas, porque entre el fárrago de trivialidades que Stenheimer iba hilvanando, dejó de pronto caer una reflexión y una pregunta que interpelaron a Pierce; «Toda vida es una guerra», dijo el alemán, y después: «¿Qué hará usted ahora?». Lo único que quedaba por hacer: quemaría su libro, El ojo de Goliat. Dejaría el St. Bartholomew. Otro psiquiatra se haría cargo del lugar y de sus pacientes. Electricidad. Trepanaciones. Todo esto Pierce lo pensó, pero nada dijo. El dolor regresaba, esta vez definitivo. Oyó un aullido, a lo lejos, detrás de los árboles. ¿El antropófago? ¿Stanton, el resucitado? ¿El hombre que habló con el ángel? Ya no importaba.

Faltaban pocos metros para alcanzar las antiguas caballerizas y el cuarto que había destinado a su visitante. Sin embargo, antes de llegar, Stenheimer reparó, hacia la derecha, en los montículos de tierra y las bolsas de arena que marcaban el breve trazado de trincheras que Pierce había ordenado construir para sondear el origen de la alineación de su paciente. El alemán se detuvo, señaló incrédulo el decorado y comentó, entre curioso y risueño:

—Este debe ser el lugar donde llevó a cabo el experimento final que describe en el libro…

Stenheimer arrancó el farol de la mano de Pierce, caminó hacia la trinchera y bajó la escala. Una vez en el fondo, avanzó unos pasos y retrocedió, inspeccionando la factura de la obra. La nieve crujía bajo su peso, y la luz amarillenta del farol, destellando en el interior de la fosa, parecía brotar de las entrañas mismas de la tierra, expulsando en su ascenso figuras que Pierce confundió al principio con los animales mal embalsamados de Bradley: el conejo alado, las ardillas tumefactas, los pájaros deformes. Poco después comprendió que aquellas siluetas no tenían forma definida, sino que cambiaban permanentemente, como las olas del mar o como si estuviesen hechas de tiniebla. La guerra misma parecía vomitarlas. Cuerpos putrefactos, brazos y piernas, entrañas y huesos. Pierce apartó la mirada de esa visión de horror y, al desviar los ojos, creyó que su cabeza iba a estallar: hierros al rojo vivo le atravesaban el cráneo. Vislumbró a su enemigo, allí abajo, en el fondo blanco de la trinchera. Rechoncho y colorado, victorioso, Stenheimer rememoraba la puesta en escena que segundos antes había llamado «el experimento final»; el alemán lanzó entonces una carcajada y llevó las manos a ambos lados de la boca para amplificar el grito que salió de su garganta, un alarido gutural, intermitente, atravesado por una risa de burla:

Deutschland Deutschland

Y en ese instante sus contornos, al principio difusos, adquirieron para Pierce absoluta nitidez. El artificio se había desvanecido y ahora lo veía completo y absoluto, sin máscaras ni disfraces, con la claridad que a veces tienen las pesadillas: un demonio con cabeza de toro o caballo, danzando desnudo en la nieve, a la luz del farol, pisoteando los cuerpos que regurgitaba la tierra.

Pierce agarró una rama gruesa del piso y saltó dentro de la trinchera. Stenheimer se derrumbó

con el primer golpe. Y mientras Pierce descargaba el garrote una y otra vez, el dolor que le atenazaba el cráneo desparecía, se evaporaba, como si la esquirla alojada en el parietal derecho se licuara con cada garrotazo y, una vez disuelta, entrara en el torrente sanguíneo.

Edward Pierce se puso de pie. Amanecía. El silencio parecía irreal. La nieve, su cara y sus manos estaban manchadas de sangre. Los párpados le pesaban, como si los cubriera alguna materia pegajosa. La luz plomiza del amanecer adquirió de pronto una nueva consistencia y la nieve resplandeció bajo el sol. Atravesando los árboles, se acercaban algunos internos: Stanton, desnudo, llevaba una chistera en la cabeza, Cavendish avanzaba agazapado, mientras que Ephistone, el antiguo capellán, lo hacía resuelto, las manos unidas en oración. Los otros, lejanos e indistintos, se movían con cierto temor. Al llegar al borde de la trinchera, «el hombre que habló con el ángel» bajó la escala, se arrodilló frente a Pierce y proclamó:

—Hay un tiempo para nacer y un tiempo para morir, un tiempo para matar y un tiempo para sanar, un tiempo para la guerra y un tiempo para la paz…

Pierce miró a su alrededor. Sus labios se movieron, pero ningún sonido salió de su boca. Los internos se hincaron al borde de la fosa. Ephistone besó las manos ensangrentadas del psiquiatra y susurró:

—Ingeniero, ingeniero…

Recién entonces «el antropófago» se dejó caer hacia el fondo de la trinchera y reptó impaciente hacia el cadáver de Stenheimer, en ese jardín donde una historia antigua —la de un hombre matando a otro hombre— acababa de repetirse una vez más.